

JOSEPH CONRAD

EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

Traducción íntegra



EDICIÓN LITERARIA

2024

CAPÍTULO I

La Nellie, un yate de crucero, giraba sobre su ancla sin que sus velas se agitaran, y estaba en reposo. La marea había subido, el viento estaba casi en calma, y al estar atados al río, lo único que se podía hacer era detenerse y esperar el cambio de la marea.

El tramo marítimo del Támesis se extendía ante nosotros como el comienzo de una vía fluvial interminable. En el horizonte, el mar y el cielo se fusionaban sin una junta, y en el espacio luminoso, las velas curtidas de las barcazas que derivaban con la marea parecían permanecer inmóviles en racimos rojos de lona con picos agudos, con destellos de jarcias barnizadas. Una neblina descansaba en las orillas bajas que se adentraban en el mar en una planicie que desaparecía. El aire estaba oscuro sobre Gravesend, y más allá parecía condensado en una penumbra melancólica, cerniéndose inmóvil sobre la ciudad más grande y grandiosa de la tierra.

El Director de Empresas era nuestro capitán y nuestro anfitrión. Nosotros cuatro mirábamos con cariño su espalda mientras él estaba de pie en la proa mirando hacia el mar. En todo el río no había nada que pareciera ni la mitad de náutico. Parecía un piloto, que para un marinero es la personificación de la confiabilidad. Era difícil darse cuenta de que su trabajo no estaba allá afuera en el luminoso estuario, sino detrás de él, dentro de la penumbra.

Entre nosotros había, como ya he dicho en algún lugar, el vínculo del mar. Además de mantener nuestros corazones unidos a través de largos períodos de separación, tenía el efecto de hacernos tolerantes con las historias de cada uno, e incluso con las convicciones. El Abogado, el mejor de los

viejos compañeros, tenía, debido a sus muchos años y muchas virtudes, el único cojín en la cubierta y estaba tendido en la única alfombra. El Contador ya había sacado una caja de dominó y jugaba arquitectónicamente con las fichas. Marlow estaba sentado con las piernas cruzadas en la popa, apoyado en el palo de mesana. Tenía las mejillas hundidas, el cutis amarillento, la espalda recta, un aspecto ascético y, con los brazos caídos, las palmas de las manos hacia afuera, parecía un ídolo. El Director, satisfecho de que el ancla tuviera buen agarre, se dirigió a la popa y se sentó entre nosotros. Intercambiamos unas pocas palabras perezosamente. Después hubo silencio a bordo del yate. Por alguna razón, no comenzamos ese juego de dominó. Nos sentíamos meditativos y no aptos para nada más que para mirar plácidamente. El día terminaba en una serenidad de brillantez quieta y exquisita. El agua brillaba pacíficamente; el cielo, sin una mancha, era una inmensidad benigna de luz inmaculada; la misma niebla en los pantanos de Essex era como una tela tenue y radiante, colgada de las elevaciones boscosas tierra adentro, y cubriendo las bajas orillas con pliegues diáfanos. Solo la penumbra hacia el oeste, cerniéndose sobre los tramos superiores, se volvía más sombría cada minuto, como si se enojara por la proximidad del sol.

Y al final, en su caída curva e imperceptible, el sol se hundió bajo, y de un blanco brillante cambió a un rojo opaco sin rayos y sin calor, como si estuviera a punto de apagarse de repente, golpeado de muerte por el toque de esa penumbra que se cernía sobre una multitud de hombres.

Inmediatamente, un cambio se apoderó de las aguas, y la serenidad se volvió menos brillante pero más profunda. El viejo río en su amplio tramo descansaba imperturbable al declinar el día, después de siglos de buen servicio prestado a la raza que poblaba sus orillas, extendiéndose en la dignidad tranquila de una vía fluvial que conducía a los confines más remotos de la tierra. Mirábamos el venerable arroyo no en el fulgor vívido de un día corto que llega y se va para siempre, sino en la luz majestuosa de recuerdos perdurables. Y de hecho, nada es más fácil para un hombre que ha, como dice la frase, "seguido el mar" con reverencia y afecto, que evocar el gran espíritu del pasado en los tramos inferiores del Támesis. La corriente de marea va y viene en su servicio incesante, llena de recuerdos de hombres y barcos que había llevado al descanso del hogar o a las batallas del mar. Había conocido y servido a todos los hombres de los que la nación se enorgullece, desde Sir Francis Drake hasta Sir John Franklin, todos caballeros, ti-

tulados y no titulados: los grandes caballeros andantes del mar. Había llevado todos los barcos cuyos nombres son como joyas brillando en la noche del tiempo, desde la Golden Hind regresando con sus flancos redondeados llenos de tesoros, para ser visitada por Su Alteza la Reina y así salir de la gigantesca historia, hasta el Erebus y el Terror, destinados a otras conquistas y que nunca regresaron. Había conocido los barcos y los hombres. Habían zarpado de Deptford, de Greenwich, de Erith: los aventureros y los colonos; los barcos de los reyes y los barcos de los hombres de bolsa; capitanes, almirantes, los oscuros "intrusos" del comercio oriental, y los "generales" comisionados de las flotas de la India Oriental. Cazadores de oro o buscadores de fama, todos habían salido en ese arroyo, llevando la espada y, a menudo, la antorcha, mensajeros del poder dentro de la tierra, portadores de una chispa del fuego sagrado. ¡Qué grandeza no había flotado en el flujo de ese río hacia el misterio de una tierra desconocida!... Los sueños de los hombres, la semilla de las comunidades, los gérmenes de los imperios.

El sol se puso; el crepúsculo cayó sobre el río, y las luces comenzaron a aparecer a lo largo de la orilla. El faro de Chapman, una cosa de tres patas erguida en un banco de lodo, brillaba intensamente. Las luces de los barcos se movían en la vía principal: un gran bullicio de luces subiendo y bajando. Y más al oeste, en los tramos superiores, el lugar de la monstruosa ciudad aún se marcaba ominosamente en el cielo, una penumbra cerniéndose al sol, un resplandor lúgubre bajo las estrellas.

"Y esto también", dijo Marlow de repente, "ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra."

Era el único de nosotros que aún "seguía el mar". Lo peor que se podía decir de él era que no representaba a su clase. Era un marinero, pero también un vagabundo, mientras que la mayoría de los marineros llevan, si se puede decir así, una vida sedentaria. Sus mentes son del tipo hogareño, y su hogar siempre está con ellos: el barco; y también su país: el mar. Un barco es muy parecido a otro, y el mar siempre es el mismo. En la inmutabilidad de sus alrededores, las costas extranjeras, los rostros extranjeros, la inmensidad cambiante de la vida, pasan velozmente, veladas no por un sentido de misterio, sino por una ligera ignorancia desdeñosa; porque no hay nada misterioso para un marinero a menos que sea el propio mar, que es la amante de su existencia y tan inescrutable como el Destino. Por lo demás, después de sus horas de trabajo, un paseo casual o una juega casual en tierra le basta

para desentrañar el secreto de todo un continente, y generalmente encuentra que el secreto no vale la pena de ser conocido. Las historias de los marineros tienen una simplicidad directa, cuyo significado completo se encuentra dentro de la cáscara de una nuez quebrada. Pero Marlow no era típico (si exceptuamos su propensión a contar historias), y para él, el significado de un episodio no estaba dentro como un núcleo, sino afuera, envolviendo el cuento que lo revelaba solo como un resplandor resalta una neblina, a semejanza de uno de esos halos nebulosos que a veces son visibles por la iluminación espectral de la luz de la luna.

Su comentario no pareció en absoluto sorprendente. Era típico de Marlow. Fue aceptado en silencio. Nadie se tomó la molestia de gruñir siquiera; y en seguida dijo, muy lentamente:

"Estaba pensando en tiempos muy antiguos, cuando los romanos llegaron aquí por primera vez, hace mil novecientos años... el otro día. La luz salió de este río desde entonces: ¿dices caballeros? Sí; pero es como una llamada en una llanura, como un relámpago en las nubes. Vivimos en el parpadeo: ¡ojalá dure mientras la vieja tierra siga girando! Pero ayer había oscuridad aquí. Imaginen los sentimientos de un comandante de una magnífica, ¿cómo las llaman?... trirreme en el Mediterráneo, enviado de repente al norte; cruzar a toda prisa las Galias; ponerse a cargo de una de estas naves los legionarios, una maravillosa cantidad de hombres hábiles debían de ser también, acostumbrados a construir, aparentemente por cientos, en un mes o dos, si hemos de creer lo que leemos. Imagínelo aquí: el fin del mundo, un mar del color del plomo, un cielo del color del humo, un tipo de barco tan rígido como un acordeón y subiendo por este río con provisiones, órdenes o lo que sea. Bancos de arena, pantanos, bosques, salvajes, poco que comer para un hombre civilizado, nada más que agua del Támesis para beber. No hay vino Falerniano aquí, no hay desembarco. Aquí y allá un campamento militar perdido en una desolación, como una aguja en un pajar: frío, niebla, tempestades, enfermedades, exilio y muerte, la muerte acechando en el aire, en el agua, en la maleza. Debían estar muriendo como moscas aquí. Oh, sí, lo hicieron. Lo hicieron muy bien, también, sin pensar mucho en ello, excepto después, para alardear de lo que habían pasado en su tiempo, tal vez. Eran hombres suficientes para enfrentar la oscuridad. Y quizás se animaban manteniendo la vista en una oportunidad de ascenso a la flota en Rávena, si tenían buenos amigos en Roma y sobrevivían al clima horrible. O piensen

en un joven ciudadano decente en una toga, tal vez demasiado dado a los dados, ya saben, viniendo aquí en el séquito de algún prefecto, o recaudador de impuestos, o comerciante incluso, para mejorar su fortuna. Desembarcar en un pantano, marchar a través de los bosques, y en algún puesto del interior sentir la salvajía, la total salvajía, cerrarse a su alrededor, toda esa vida misteriosa de la selva que se agita en el bosque, en las junglas, en los corazones de los hombres salvajes. No hay iniciación tampoco en tales misterios. Tiene que vivir en medio de lo incomprensible, que también es detestable. Y tiene una fascinación también, que lo trabaja. La fascinación de la abominación, ya saben, imaginen los crecientes arrepentimientos, el anhelo de escapar, la repugnancia impotente, la rendición, el odio."

Se detuvo.

"Recuerden," comenzó de nuevo, levantando un brazo desde el codo, con la palma de la mano hacia afuera, de modo que, con las piernas cruzadas ante él, tenía la pose de un Buda predicando en ropa europea y sin flor de loto, "recuerden, ninguno de nosotros se sentiría exactamente así. Lo que nos salva es la eficiencia: la devoción a la eficiencia. Pero esos tipos no eran gran cosa, en realidad. No eran colonos; su administración era simplemente un apretón y nada más, sospecho. Eran conquistadores, y para eso solo se necesita fuerza bruta, nada de qué alardear cuando la tienes, ya que tu fuerza es solo un accidente que surge de la debilidad de los demás. Agarraban lo que podían obtener por el simple hecho de obtenerlo. Era solo robo con violencia, asesinato agravado a gran escala, y hombres abocándose a ello a ciegas, como es muy propio de aquellos que se enfrentan a una oscuridad. La conquista de la tierra, que en su mayoría significa arrebatarla a aquellos que tienen un color de piel diferente o una nariz ligeramente más achatada que la nuestra, no es algo bonito cuando lo analizas demasiado. Lo que lo redime es solo la idea. Una idea detrás de todo; no una pretensión sentimental, sino una idea; y una creencia desinteresada en la idea, algo que puedes levantar, y reverenciar, y ofrecer un sacrificio a..."

Se interrumpió. Las llamas se deslizaban en el río, pequeñas llamas verdes, llamas rojas, llamas blancas, persiguiéndose, alcanzándose, uniéndose, cruzándose unas a otras, y luego separándose lenta o apresuradamente. El tráfico de la gran ciudad continuaba en la noche creciente sobre el río insomne. Observábamos, esperando pacientemente: no había otra cosa que hacer hasta el final de la marea; pero solo después de un largo silencio,

cuando dijo en un tono vacilante: "Supongo que recuerdan que una vez me convertí en marinero de agua dulce por un tiempo", supimos que estábamos destinados, antes de que la marea comenzara a bajar, a escuchar una de las inconclusas experiencias de Marlow.

"No quiero molestarlos mucho con lo que me sucedió personalmente", comenzó, mostrando en esta observación la debilidad de muchos narradores que parecen tan a menudo inconscientes de lo que su audiencia desearía escuchar; "pero para entender el efecto que tuvo en mí, deben saber cómo llegué allí, qué vi, cómo subí ese río hasta el lugar donde conocí por primera vez al pobre tipo. Fue el punto más lejano de navegación y el punto culminante de mi experiencia. De alguna manera, parecía arrojar una especie de luz sobre todo a mi alrededor y en mis pensamientos. Era bastante sombrío también, y lamentable, no extraordinario de ninguna manera, no muy claro tampoco. No, no muy claro. Y, sin embargo, parecía arrojar una especie de luz.

"En ese entonces, como recuerdan, acababa de regresar a Londres después de mucho tiempo en el Océano Índico, el Pacífico, los Mares de China, una dosis regular del Este, unos seis años más o menos, y andaba deambulando, molestándolos a ustedes en su trabajo e invadiendo sus hogares, como si hubiera recibido una misión celestial para civilizarlos. Fue muy agradable por un tiempo, pero después de un rato me cansé de descansar. Entonces comencé a buscar un barco: creo que el trabajo más duro en la tierra. Pero los barcos ni siquiera me miraban. Y me cansé de ese juego también.

"Ahora, cuando era un niño pequeño, tenía una pasión por los mapas. Podía mirar durante horas América del Sur, o África, o Australia, y perderme en todas las glorias de la exploración. En ese tiempo había muchos espacios en blanco en la tierra, y cuando veía uno que parecía particularmente invitante en un mapa (pero todos se veían así), ponía mi dedo sobre él y decía: 'Cuando crezca, iré allí'. El Polo Norte era uno de esos lugares, recuerdo. Bueno, no he estado allí todavía y no lo intentaré ahora. El encanto se ha desvanecido. Otros lugares estaban esparcidos por los hemisferios. He estado en algunos de ellos y... bueno, no hablaremos de eso. Pero había uno aún, el más grande, el más vacío, por así decirlo, al que tenía una inclinación especial.

"Es cierto, para entonces ya no era un espacio en blanco. Se había llenado desde mi niñez con ríos y lagos y nombres. Había dejado de ser un espacio en blanco de misterio delicioso, un parche blanco para que un niño soñara gloriosamente sobre él. Se había convertido en un lugar de oscuridad. Pero había en él un río en particular, un río enorme, que podías ver en el mapa, semejante a una serpiente inmensa desenrollada, con su cabeza en el mar, su cuerpo en reposo curvándose lejos sobre un vasto país, y su cola perdida en las profundidades de la tierra. Y mientras miraba el mapa en una vitrina, me fascinaba como una serpiente fascina a un pájaro, un pajarillo tonto. Entonces recordé que había una gran empresa, una Compañía para el comercio en ese río. ¡Por Dios! pensé para mí, no pueden comerciar sin usar algún tipo de embarcación en ese montón de agua dulce, ¡vaporcitos! ¿Por qué no intentar conseguir el mando de uno? Seguí por Fleet Street, pero no pude sacarme la idea de la cabeza. La serpiente me había hechizado.

"Entiendan que era una empresa continental, esa sociedad comercial; pero tengo muchas relaciones viviendo en el continente, porque es barato y no tan desagradable como parece, dicen.

"Me apena confesar que comencé a molestarles. Esto ya era un nuevo rumbo para mí. No estaba acostumbrado a obtener cosas de esa manera, ya saben. Siempre seguí mi propio camino y con mis propias piernas a donde quería ir. No lo habría creído de mí mismo; pero, entonces, ya ven, sentí de alguna manera que debía llegar allí de cualquier manera. Así que los molesté. Los hombres dijeron 'Mi querido amigo' y no hicieron nada. Luego, ¿pueden creerlo?, probé con las mujeres. Yo, Charlie Marlow, puse a las mujeres a trabajar, para conseguir un trabajo. ¡Cielos! Bueno, ya ven, la idea me impulsaba. Tenía una tía, una querida alma entusiasta. Escribió: 'Será encantador. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, cualquier cosa por ti. Es una idea gloriosa. Conozco a la esposa de una persona muy importante en la Administración, y también a un hombre que tiene mucha influencia con', etc., etc. Ella estaba decidida a hacer un gran alboroto para que me nombraran capitán de un vaporcito de río, si eso era lo que yo quería.

"Conseguí mi nombramiento, por supuesto; y lo conseguí muy rápido. Parece que la Compañía había recibido noticias de que uno de sus capitanes había sido asesinado en una pelea con los nativos. Esta era mi oportunidad, y me hizo más ansioso por ir. Solo fue meses y meses después, cuando intenté recuperar lo que quedaba del cuerpo, que me enteré de que la pelea

original había surgido por un malentendido sobre unas gallinas. Sí, dos gallinas negras. Fresleven, así se llamaba el tipo, un danés, se sintió agraviado de alguna manera en el trato, así que desembarcó y empezó a golpear al jefe del pueblo con un bastón. Oh, no me sorprendió en absoluto escuchar esto, y al mismo tiempo que me dijeran que Fresleven era la criatura más amable y tranquila que jamás caminó sobre dos piernas. No cabe duda de que lo era; pero ya llevaba un par de años allí comprometido en la noble causa, ya saben, y probablemente sintió la necesidad al final de afirmar su autoestima de alguna manera. Por eso golpeó al viejo negro despiadadamente, mientras una gran multitud de su gente lo miraba, asombrada, hasta que un hombre, me dijeron que era el hijo del jefe, en desesperación al escuchar al viejo gritar, hizo un intento de apuñalar con una lanza al hombre blanco, y por supuesto fue muy fácil entre los omóplatos. Luego, toda la población se dispersó en el bosque, esperando que sucedieran todo tipo de calamidades, mientras que, por otro lado, el vapor que comandaba Fresleven también se fue en pánico, a cargo del ingeniero, creo. Después, a nadie pareció importarle mucho los restos de Fresleven, hasta que llegué y me puse en su lugar. No podía dejarlo así, aunque; pero cuando finalmente tuve la oportunidad de encontrarme con mi predecesor, la hierba que crecía a través de sus costillas era lo suficientemente alta como para ocultar sus huesos. Estaban todos allí. El ser sobrenatural no había sido tocado después de caer. Y el pueblo estaba desierto, las chozas se abrían negras, pudriéndose, todas torcidas dentro de los recintos caídos. Ciertamente, una calamidad había llegado a él. La gente había desaparecido. El terror loco los había dispersado, hombres, mujeres y niños, por la selva, y nunca habían regresado. Tampoco sé qué pasó con las gallinas. Supongo que la causa del progreso las obtuvo, de alguna manera. Sin embargo, gracias a este glorioso asunto, conseguí mi nombramiento, antes de que realmente comenzara a esperarlo.

"Corrí como loco para prepararme, y antes de cuarenta y ocho horas estaba cruzando el Canal para mostrarme a mis empleadores y firmar el contrato. En muy pocas horas llegué a una ciudad que siempre me hace pensar en un sepulcro blanqueado. Prejuicio, sin duda. No tuve dificultad en encontrar las oficinas de la Compañía. Era lo más grande de la ciudad, y todos los que conocía estaban llenos de ello. Iban a administrar un imperio ultramarino y hacer una fortuna con el comercio.

"Una calle estrecha y desierta en profunda sombra, casas altas, innumerables ventanas con persianas venecianas, un silencio mortal, hierba brotando por todas partes, inmensas puertas dobles pesadamente entreabiertas. Me deslicé por una de estas grietas, subí una escalera barrida y desnuda, tan árida como un desierto, y abrí la primera puerta que encontré. Dos mujeres, una gorda y la otra delgada, estaban sentadas en sillas de fondo de paja, tejiendo lana negra. La delgada se levantó y caminó directamente hacia mí, aún tejiendo con los ojos bajos, y justo cuando empezaba a pensar en apartarme de su camino, como harías con un sonámbulo, se detuvo y miró hacia arriba. Su vestido era tan simple como una funda de paraguas, y se giró sin decir una palabra y me precedió a una sala de espera. Di mi nombre y miré alrededor. Una mesa de trabajo en el medio, sillas simples por todas las paredes, en un extremo un gran mapa brillante, marcado con todos los colores del arco iris. Había una gran cantidad de rojo, bueno de ver en cualquier momento, porque uno sabe que se hace un trabajo real allí, una cantidad enorme de azul, un poco de verde, manchas de naranja y, en la Costa Este, un parche púrpura, para mostrar dónde los alegres pioneros del progreso beben la alegre cerveza lager. Sin embargo, no iba a ninguno de estos. Iba al amarillo. En el centro. Y el río estaba allí, fascinante, mortal, como una serpiente. ¡Uf! Una puerta se abrió, apareció una cabeza de secretario de cabello blanco, pero con una expresión compasiva, y un dedo flaco me hizo señas para que entrara al santuario. La luz era tenue y un pesado escritorio se encorbaba en el medio. Desde detrás de esa estructura salió una impresión de palidez y redondez en un frac. El gran hombre mismo. Medía cinco pies seis, creo, y tenía en su poder el mango de muchos millones. Me dio la mano, murmuró vagamente, quedó satisfecho con mi francés. Bon voyage.

"En unos cuarenta y cinco segundos me encontré de nuevo en la sala de espera con el secretario compasivo, quien, lleno de desolación y simpatía, me hizo firmar un documento. Creo que asumí, entre otras cosas, no divulgar secretos comerciales. Bueno, no voy a hacerlo.

"Comencé a sentirme ligeramente inquieto. Ya saben, no estoy acostumbrado a tales ceremonias, y había algo ominoso en el ambiente. Era como si me hubieran dejado entrar en alguna conspiración, no sé, algo no del todo correcto, y me alegré de salir. En la sala exterior, las dos mujeres tejían lana negra febrilmente. La gente llegaba, y la más joven caminaba de un lado a otro presentándolos. La vieja estaba sentada en su silla. Sus zapatillas de

tela estaban apoyadas en un calentador de pies y un gato reposaba en su regazo. Llevaba una prenda almidonada blanca en la cabeza, tenía una verruga en una mejilla, y unas gafas con montura de plata colgaban de la punta de su nariz. Me miró por encima de las gafas. La rapidez y la indiferencia de esa mirada me inquietaron. Dos jóvenes con caras tontas y alegres estaban siendo guiados, y ella les lanzó la misma mirada rápida de sabiduría indiferente. Parecía saberlo todo sobre ellos y sobre mí también. Un sentimiento extraño se apoderó de mí. Parecía extraña y fatal. A menudo, allá lejos, pensé en estas dos, guardando la puerta de la Oscuridad, tejiendo lana negra como para un sudario cálido, una presentando continuamente a lo desconocido, la otra escrutando los rostros alegres y tontos con sus ojos indiferentes y viejos. Ave, vieja tejedora de lana negra. Morituri te salutant. No muchos de los que miró la volvieron a ver, no la mitad, ni mucho menos.

"Aún quedaba una visita al doctor. 'Una simple formalidad', me aseguró el secretario, con un aire de participar inmensamente en todas mis penas. En consecuencia, un joven con su sombrero inclinado sobre la ceja izquierda, algún empleado, supongo, debían haber empleados en el negocio, aunque la casa estaba tan silenciosa como una casa en una ciudad de muertos, vino de algún lugar arriba y me condujo fuera. Estaba desaliñado y descuidado, con manchas de tinta en las mangas de su chaqueta, y su corbata era grande y ondulante, bajo una barbilla que parecía la punta de una bota vieja. Era un poco temprano para el doctor, así que propuse una bebida, y entonces desarrolló una vena de jovialidad. Mientras estábamos sentados sobre nuestros vermouths, glorificó el negocio de la Compañía, y después de un rato expresé casualmente mi sorpresa de que no saliera al exterior. Se volvió muy frío y reservado de repente. 'No soy tan tonto como parezco, dijo Platón a sus discípulos', dijo sentenciosamente, vació su vaso con gran resolución y nos levantamos.

"El viejo doctor me tomó el pulso, evidentemente pensando en otra cosa al mismo tiempo. 'Bueno, bueno para allí', murmuró, y luego, con cierta ansiedad, me preguntó si le permitiría medir mi cabeza. Bastante sorprendido, dije que sí, cuando sacó algo parecido a un calibrador y tomó las dimensiones de un lado y otro, tomando notas cuidadosamente. Era un hombrecillo sin afeitar, con un abrigo raído como una gabardina, con sus pies en pantuflas, y lo consideré un tonto inofensivo. 'Siempre pido permiso, en interés

de la ciencia, para medir el cráneo de aquellos que van allá', dijo. '¿Y cuando regresan también?', pregunté. 'Oh, nunca los veo', comentó; 'y además, los cambios ocurren en el interior, ya saben'. Sonrió, como si ante algún chiste privado. 'Entonces vas para allá. Famoso. Interesante también'. Me lanzó una mirada inquisitiva y hizo otra nota. '¿Alguna vez ha habido locura en su familia?', preguntó en un tono casual. Me sentí muy molesto. '¿Esa pregunta es en interés de la ciencia también?' 'Lo sería', dijo, sin prestar atención a mi irritación, 'interesante para la ciencia observar los cambios mentales de los individuos, en el lugar, pero...'. '¿Es usted alienista?', interrumpí. 'Todo doctor debería serlo, un poco', respondió aquel original, imperturbable. 'Tengo una pequeña teoría que ustedes, señores, que van allá, deben ayudarme a probar. Esta es mi contribución a los beneficios que mi país obtendrá de la posesión de tan magnífica dependencia. La mera riqueza la dejo a otros. Perdón por mis preguntas, pero usted es el primer inglés que pasa bajo mi observación...' Me apresuré a asegurarle que no era en absoluto típico. 'Si lo fuera', dije, 'no estaría hablando así con usted'. 'Lo que dice es bastante profundo y probablemente erróneo', dijo, riendo. 'Evite la irritación más que la exposición al sol. Adieu. ¿Cómo dicen ustedes los ingleses, eh? Good-bye. ¡Ah! Good-bye. Adieu. En los trópicos, uno debe ante todo mantenerse calmado.'... Levantó un dedo de advertencia... 'Du calme, du calme. Adieu.'

"Aún quedaba una cosa por hacer: despedirme de mi excelente tía. La encontré triunfante. Tomé una taza de té, la última taza de té decente en muchos días, y en una sala que tenía el aspecto más reconfortante de cómo se espera que luzca el salón de una dama, tuvimos una larga y tranquila charla junto al fuego. Durante estas confidencias, me quedó bastante claro que me habían representado ante la esposa del alto dignatario, y Dios sabe ante cuántas personas más, como una criatura excepcional y dotada, una fortuna para la Compañía, un hombre que no se encuentra todos los días. ¡Cielos! y yo iba a tomar el mando de un vaporcito de dos peniques y medio con un silbato de centavo adjunto. Parecía, sin embargo, que también era uno de los Trabajadores, con mayúscula, ya saben. Algo así como un emisario de luz, algo así como una especie de apóstol menor. Se había soltado mucha tontería impresa y hablada sobre eso en ese tiempo, y la excelente mujer, viviendo en medio de toda esa tontería, se dejó llevar. Habló de 'alejarse a esos millones ignorantes de sus horribles costumbres', hasta que, palabra de

honor, me hizo sentir bastante incómodo. Me atreví a insinuar que la Compañía se dirigía con fines de lucro.

"'Olvidas, querido Charlie, que el obrero es digno de su salario', dijo, alegremente. Es curioso lo desconectadas que están las mujeres de la verdad. Viven en un mundo propio, y nunca ha habido nada igual, y nunca podrá haberlo. Es demasiado hermoso en conjunto, y si lo establecieran, se desmoronaría antes de la primera puesta de sol. Algún hecho condenadamente real con el que los hombres hemos estado viviendo contentos desde el día de la creación surgiría y derribaría todo.

"Después de esto fui abrazado, me dijeron que usara franela, que escribiera a menudo, y así sucesivamente, y me fui. En la calle, no sé por qué, me invadió un sentimiento extraño de que era un impostor. Es raro que yo, que solía salir de cualquier parte del mundo con veinticuatro horas de aviso, con menos pensamiento del que la mayoría de los hombres le dedica a cruzar una calle, tuviera un momento, no diré de vacilación, pero sí de pausa sorprendida, ante este asunto común. La mejor manera en que puedo explicarlo es diciendo que, por uno o dos segundos, sentí como si, en lugar de ir al centro de un continente, estuviera a punto de partir hacia el centro de la tierra.

"Partí en un vapor francés, y ella hizo escala en todos los puertos que tienen allá, por lo que pude ver, con el único propósito de desembarcar soldados y oficiales de aduanas. Observé la costa. Observar una costa al pasar en un barco es como pensar en un enigma. Ahí está ante ti, sonriendo, frunciendo el ceño, invitando, grandiosa, insignificante, insípida o salvaje, y siempre muda con un aire de susurrar: 'Ven y descúbrela'. Esta era casi sin rasgos, como si aún se estuviera formando, con un aspecto de monotonía sombría. El borde de una jungla colosal, tan verde oscura que parecía casi negra, bordeada por oleaje blanco, se extendía recta, como una línea trazada, lejos, muy lejos a lo largo de un mar azul cuyo brillo estaba difuminado por una niebla que se arrastraba. El sol era feroz, la tierra parecía brillar y gotear vapor. Aquí y allá aparecían manchas grisáceas-blanquecinas agrupadas dentro del oleaje blanco, tal vez con una bandera ondeando sobre ellas. Asentamientos de varios siglos de antigüedad, y aún no más grandes que cabezas de alfiler en la extensión intacta de su fondo. Navegamos adelante, nos detuvimos, desembarcamos soldados; seguimos adelante, desembarcamos empleados de aduanas para cobrar peajes en lo que parecía un desierto

abandonado, con un cobertizo de hojalata y un mástil con una bandera perdida en él; desembarcamos más soldados, para cuidar de los empleados de aduanas, presumiblemente. Algunos, escuché, se ahogaron en el oleaje; pero si lo hicieron o no, a nadie pareció importarle particularmente. Fueron arrojados allí, y seguimos adelante. Cada día la costa parecía la misma, como si no nos hubiéramos movido; pero pasamos por varios lugares, lugares comerciales, con nombres como Gran Bassam, Pequeño Popo; nombres que parecían pertenecer a alguna farsa sórdida actuada frente a un telón de fondo siniestro. La ociosidad de un pasajero, mi aislamiento entre todos estos hombres con los que no tenía ningún punto de contacto, el mar aceitoso y lánguido, la uniformidad sombría de la costa, parecían mantenerme alejado de la verdad de las cosas, dentro del trabajo de una ilusión melancólica y sin sentido. La voz del oleaje, escuchada de vez en cuando, era un placer positivo, como el habla de un hermano. Era algo natural, que tenía su razón, que tenía un significado. De vez en cuando, un bote desde la orilla daba un contacto momentáneo con la realidad. Era remado por hombres negros. Podías ver de lejos el blanco de sus globos oculares brillando. Gritaban, cantaban; sus cuerpos chorreaban sudor; tenían caras como máscaras grotescas, estos tipos; pero tenían hueso, músculo, una vitalidad salvaje, una energía intensa de movimiento, que era tan natural y verdadera como el oleaje a lo largo de su costa. No necesitaban excusa para estar allí. Eran un gran consuelo para mirar. Por un tiempo sentía que aún pertenecía a un mundo de hechos simples y directos; pero el sentimiento no duraba mucho. Algo surgía para asustarlo. Una vez, recuerdo, nos encontramos con un barco de guerra anclado frente a la costa. No había ni siquiera un cobertizo allí, y ella estaba bombardeando la selva. Parece que los franceses tenían una de sus guerras en marcha por allí. Su bandera cayó lánguida como un trapo; las bocas de los largos cañones de seis pulgadas sobresalían por todo el casco bajo; el oleaje grasiento y resbaladizo la levantaba perezosamente y la dejaba caer, balanceando sus delgados mástiles. En la inmensidad vacía de la tierra, el cielo y el agua, allí estaba ella, incomprensible, disparando contra un continente. ¡Pum!, iba uno de los cañones de seis pulgadas; una pequeña llama saltaba y desaparecía, un poco de humo blanco desaparecía, un proyectil diminuto daba un chillido débil, y no pasaba nada. No podía pasar nada. Había un toque de locura en el proceder, un sentido de drollery lúgubre en la vista; y no se disipó cuando alguien a bordo me aseguró ferviente-

mente que había un campamento de nativos, los llamó enemigos, escondido fuera de vista en algún lugar.

"Le entregamos sus cartas (escuché que los hombres en ese barco solitario morían de fiebre a razón de tres por día) y seguimos adelante. Hicimos escala en más lugares con nombres ridículos, donde el alegre baile de la muerte y el comercio continuaba en una atmósfera pesada y terrestre, como de una catacumba sobrecalentada; todo a lo largo de la costa informe bordeada por un oleaje peligroso, como si la Naturaleza misma hubiera intentado mantener alejados a los intrusos; dentro y fuera de los ríos, arroyos de muerte en vida, cuyas orillas se estaban pudriendo en lodo, cuyas aguas, espesas como limo, invadían los manglares retorcidos, que parecían retorcerse hacia nosotros en la extremidad de una desesperación impotente. En ninguna parte nos detuvimos lo suficiente como para obtener una impresión particularizada, pero el sentido general de una vaga y opresiva maravilla creció en mí. Fue como una peregrinación cansada entre pistas para pesadillas.

"Pasaron más de treinta días antes de que viera la desembocadura del gran río. Anclamos frente a la sede del gobierno. Pero mi trabajo no comenzaría hasta unos doscientos kilómetros más adelante. Así que tan pronto como pude, partí hacia un lugar treinta kilómetros más arriba.

"Tenía mi pasaje en un pequeño vapor de navegación marítima. Su capitán era un sueco, y al conocerme como marino, me invitó al puente. Era un joven, delgado, rubio y moroso, con cabello lacio y un andar arrastrado. Al dejar el miserable pequeño muelle, sacudió la cabeza con desprecio hacia la orilla. '¿Has vivido allí?', preguntó. Dije: 'Sí'. 'Bonita gente esos tipos del gobierno, ¿no?' continuó, hablando inglés con gran precisión y considerable amargura. 'Es gracioso lo que algunas personas harán por unos pocos francos al mes. Me pregunto qué será de esa clase cuando se interna en el país'. Le dije que esperaba verlo pronto. '¡Vaya!', exclamó. Se movió de un lado a otro, vigilando con un ojo al frente. 'No estés tan seguro', continuó. 'El otro día llevé a un hombre que se ahorcó en el camino. También era sueco'. '¿Se ahorcó! ¿Por qué, en el nombre de Dios?', exclamé. Siguió mirando vigilante. '¿Quién sabe? Quizás el sol fue demasiado para él, o tal vez el país'.

"Finalmente, abrimos un tramo. Apareció un acantilado rocoso, montones de tierra removida junto a la orilla, casas en una colina, otras con techos de hierro, entre un desperdicio de excavaciones, o colgadas en la pendiente.

Un ruido continuo de los rápidos arriba flotaba sobre esta escena de devastación habitada. Un montón de gente, en su mayoría negra y desnuda, se movía como hormigas. Un embarcadero se proyectaba en el río. Un sol cegador ahogaba todo esto a veces en un resplandor repentino. 'Ahí está la estación de tu Compañía', dijo el sueco, señalando tres estructuras de madera parecidas a barracones en la ladera rocosa. 'Enviaré tus cosas arriba. ¿Dijiste cuatro cajas? Bueno. Adiós.'

"Me encontré con una caldera revolcándose en la hierba, luego encontré un camino que subía la colina. Se desvió por las rocas y también por un vagón de tren pequeño que yacía allí de espaldas con las ruedas en el aire. Una estaba suelta. La cosa parecía tan muerta como el cadáver de algún animal. Me encontré con más piezas de maquinaria en descomposición, una pila de rieles oxidados. A la izquierda, un grupo de árboles hacía un lugar sombreado, donde cosas oscuras parecían moverse débilmente. Parpadeé, el camino era empinado. Un claxon sonó a la derecha, y vi a los negros correr. Una detonación pesada y sorda sacudió el suelo, una bocanada de humo salió del acantilado y eso fue todo. No apareció ningún cambio en la cara de la roca. Estaban construyendo un ferrocarril. El acantilado no estaba en el camino ni nada; pero esta voladura sin propósito era todo el trabajo en curso.

"Un ligero tintineo detrás de mí me hizo girar la cabeza. Seis hombres negros avanzaban en fila, trabajando cuesta arriba. Caminaban erguidos y lentamente, equilibrando pequeñas cestas llenas de tierra en sus cabezas, y el tintineo marcaba el ritmo de sus pasos. Harapos negros estaban enrollados alrededor de sus lomos, y los extremos cortos detrás se agitaban de un lado a otro como colas. Podía ver cada costilla, las articulaciones de sus miembros eran como nudos en una cuerda; cada uno tenía un collar de hierro en el cuello y todos estaban conectados con una cadena cuyas anillas oscilaban entre ellos, tintineando rítmicamente. Otro disparo desde el acantilado me hizo pensar de repente en aquel barco de guerra que había visto disparando contra un continente. Era el mismo tipo de voz ominosa; pero estos hombres, por ningún esfuerzo de imaginación, podían ser llamados enemigos. Eran llamados criminales, y la ley ultrajada, como los proyectiles explosivos, había llegado a ellos, un misterio insoluble desde el mar. Todos sus pechos escuálidos jadeaban al unísono, las fosas nasales dilatadas violentamente temblaban, los ojos miraban fijamente hacia arriba. Pasaron a

seis pulgadas de mí, sin una mirada, con esa completa indiferencia mortuoria de los salvajes infelices. Detrás de esta materia cruda, uno de los redimidos, el producto de las nuevas fuerzas en acción, paseaba desganadamente, llevando un rifle por el medio. Tenía una chaqueta de uniforme con un botón menos, y al ver a un hombre blanco en el camino, alzó su arma al hombre con rapidez. Esta era una simple prudencia, los hombres blancos eran tan parecidos a distancia que no podía decir quién podría ser yo. Rápidamente se tranquilizó, y con una amplia sonrisa blanca y astuta, y una mirada a su carga, pareció aceptarme como socio en su elevada confianza. Después de todo, yo también era parte de la gran causa de estos altos y justos procedimientos.

"En lugar de subir, giré y descendí a la izquierda. Mi idea era dejar que esa cadena de presos desapareciera antes de subir la colina. Ya saben, no soy particularmente tierno; he tenido que golpear y defenderme. He tenido que resistir y atacar a veces, que es solo una forma de resistir, sin contar el costo exacto, según lo demandaba la vida en la que me había metido. He visto al diablo de la violencia, y al diablo de la codicia, y al diablo del deseo ardiente; pero, ¡por todas las estrellas!, esos eran demonios fuertes, vigorosos, de ojos rojos, que empujaban y conducían a los hombres, ¡hombres, les digo! Pero mientras estaba en esta colina, preví que en la cegadora luz del sol de esa tierra me familiarizaría con un demonio flácido, pretendiente, de ojos débiles, de una locura codiciosa y despiadada. Qué insidioso podría ser también, solo lo descubriría varios meses después y mil millas más adelante. Por un momento me quedé estupefacto, como si hubiera recibido una advertencia. Finalmente descendí la colina, oblicuamente, hacia los árboles que había visto.

"Evité un vasto agujero artificial que alguien había estado cavando en la pendiente, cuyo propósito no pude entender. No era una cantera ni un pozo de arena, de todos modos. Solo era un agujero. Podría haber estado relacionado con el deseo filantrópico de dar a los criminales algo que hacer. No lo sé. Luego casi caí en un barranco muy estrecho, casi no más que una cicatriz en la ladera. Descubrí que una gran cantidad de tuberías de drenaje importadas para el asentamiento habían sido arrojadas allí. No había una que no estuviera rota. Fue una destrucción gratuita. Finalmente llegué a los árboles. Mi propósito era pasear a la sombra por un momento; pero tan pronto como estuve dentro, me pareció que había entrado en el círculo lúgubre de

algún Infierno. Los rápidos estaban cerca, y un ruido ininterrumpido, uniforme y veloz llenaba la quietud triste del bosque, donde no se movía una hoja, con un sonido misterioso, como si el ritmo acelerado de la tierra lanzada se hubiera vuelto audible de repente.

"Formas negras se agachaban, yacían, se sentaban entre los árboles apoyándose en los troncos, aferrándose a la tierra, medio saliendo, medio borradas dentro de la luz tenue, en todas las actitudes de dolor, abandono y desesperación. Otra mina en el acantilado explotó, seguida de un ligero estremecimiento del suelo bajo mis pies. El trabajo continuaba. ¡El trabajo! Y este era el lugar donde algunos de los ayudantes se habían retirado para morir.

"Estaban muriendo lentamente, estaba muy claro. No eran enemigos, no eran criminales, ahora no eran nada terrenal, nada más que sombras negras de enfermedad y hambre, tendidas confusamente en la penumbra verdosa. Traídos de todos los rincones de la costa en toda la legalidad de los contratos de tiempo, perdidos en entornos inadecuados, alimentados con comida desconocida, enfermaron, se volvieron ineficaces y luego se les permitió arrastrarse y descansar. Estas formas moribundas eran libres como el aire, y casi tan delgadas. Comencé a distinguir el brillo de los ojos bajo los árboles. Luego, mirando hacia abajo, vi una cara cerca de mi mano. Los huesos negros descansaban completamente extendidos con un hombro contra el árbol, y lentamente los párpados se levantaron y los ojos hundidos me miraron, enormes y vacíos, una especie de parpadeo blanco ciego en las profundidades de las órbitas, que se apagó lentamente. El hombre parecía joven, casi un niño, pero ya saben, con ellos es difícil de decir. No encontré otra cosa que hacer más que ofrecerle una de las galletas de barco de mi buen sueco que tenía en el bolsillo. Los dedos se cerraron lentamente sobre ella y la sostuvieron; no hubo otro movimiento ni otra mirada. Había atado un trozo de lana blanca alrededor de su cuello, ¿por qué? ¿Dónde la consiguió? ¿Era un distintivo, un adorno, un amuleto, un acto propiciatorio? ¿Había alguna idea conectada con ello? Se veía sorprendente alrededor de su cuello negro, este trozo de hilo blanco desde más allá de los mares.

"Cerca del mismo árbol, dos más de esos bultos de ángulos agudos se sentaban con las piernas dobladas. Uno, con la barbilla apoyada en las rodillas, miraba a la nada, de una manera intolerable y espantosa; su hermano fantasma descansaba la frente, como si estuviera abrumado por un gran can-

sancio; y alrededor de ellos otros estaban esparcidos en cada pose de colapso contorsionado, como en una imagen de una masacre o una peste. Mientras estaba allí, horrorizado, una de esas criaturas se levantó sobre sus manos y rodillas, y se fue a cuatro patas hacia el río para beber. Bebió con la mano, luego se sentó al sol, cruzando las espinillas frente a él, y después de un tiempo dejó caer su cabeza lanuda sobre el esternón.

"No quería permanecer más tiempo en la sombra, y me apresuré hacia la estación. Cerca de los edificios me encontré con un hombre blanco, en una elegancia de vestimenta tan inesperada que en un primer momento lo tomé por una especie de visión. Vi un cuello rígido, puños blancos, una chaqueta de alpaca clara, pantalones blancos, una corbata limpia y zapatos de charol. Sin sombrero. Cabello peinado, peinado, aceitado, bajo una sombrilla forrada de verde sostenida en una gran mano blanca. Era asombroso, y tenía un portaplumas detrás de la oreja.

"Le di la mano a este milagro y supe que era el contable jefe de la Compañía, y que toda la contabilidad se hacía en esta estación. Había salido por un momento, dijo, 'a tomar un poco de aire fresco'. La expresión sonaba maravillosamente extraña, con su sugerencia de vida sedentaria de escritorio. No habría mencionado al tipo en absoluto, excepto que fue de sus labios que escuché por primera vez el nombre del hombre que está tan indisolublemente ligado a los recuerdos de ese tiempo. Además, respetaba al tipo. Sí; respetaba sus cuellos, sus enormes puños, su cabello peinado. Su aspecto era ciertamente el de un maniquí de peluquería; pero en la gran desmoralización de la tierra, mantenía su apariencia. Eso es carácter. Sus cuellos almidonados y pecheras bien arregladas eran logros de carácter. Había estado fuera casi tres años; y, más tarde, no pude evitar preguntarle cómo lograba llevar semejante ropa. Tenía solo el más leve sonrojo y dijo modestamente: 'He estado enseñando a una de las mujeres nativas en la estación. Fue difícil. No le gustaba el trabajo'. Así este hombre había logrado algo. Y estaba dedicado a sus libros, que estaban en perfecto orden.

"Todo lo demás en la estación era un caos: cabezas, cosas, edificios. Cadenas de negros polvorientos con pies planos llegaban y se iban; una corriente de mercancías manufacturadas, algodones baratos, cuentas y alambre de latón se adentraba en las profundidades de la oscuridad, y a cambio llegaba un precioso goteo de marfil.

"Tuve que esperar en la estación durante diez días, una eternidad. Vivía en una cabaña en el patio, pero para salir del caos a veces entraba en la oficina del contable. Estaba construida de tablones horizontales, y tan mal ensamblada que, mientras se inclinaba sobre su escritorio alto, estaba atravesado de cuello a talones por estrechas franjas de luz solar. No había necesidad de abrir la gran persiana para ver. También hacía calor allí; grandes moscas zumbaban ferozmente y no picaban, sino que apuñalaban. Generalmente me sentaba en el suelo, mientras, de apariencia impecable (e incluso ligeramente perfumado), encaramado en un taburete alto, él escribía, escribía. A veces se levantaba para hacer ejercicio. Cuando una cama con ruedas con un hombre enfermo (algún agente inválido del interior) fue colocada allí, mostró una leve molestia. 'Los gemidos de esta persona enferma', dijo, 'distraen mi atención. Y sin eso, es extremadamente difícil evitar errores clericales en este clima'.

"Un día comentó, sin levantar la cabeza: 'En el interior, sin duda, se encontrará con el Sr. Kurtz'. Al preguntar quién era el Sr. Kurtz, dijo que era un agente de primera clase; y al ver mi decepción por esta información, agregó lentamente, dejando su pluma, 'Es una persona muy notable'. Más preguntas le sacaron que el Sr. Kurtz estaba actualmente a cargo de un puesto comercial, uno muy importante, en el verdadero país del marfil, en 'el fondo mismo de allí. Envía tanto marfil como todos los demás juntos...' Empezó a escribir de nuevo. El hombre enfermo estaba demasiado enfermo para gemir. Las moscas zumbaban en una gran paz.

"De repente, hubo un murmullo creciente de voces y un gran pisoteo de pies. Había llegado una caravana. Un violento balbuceo de sonidos ininteligibles estalló al otro lado de los tablones. Todos los porteadores hablaban a la vez, y en medio del alboroto se escuchaba la voz lastimosa del agente jefe 'rindiéndose' entre lágrimas por vigésima vez ese día... Se levantó lentamente. 'Qué ruido tan espantoso', dijo. Cruzó la habitación suavemente para mirar al hombre enfermo, y al regresar, me dijo: 'No escucha'. '¿Qué? ¿Muerto?', pregunté, sobresaltado. 'No, no todavía', respondió con gran compostura. Luego, aludiendo con un movimiento de cabeza al tumulto en el patio de la estación, 'Cuando uno tiene que hacer anotaciones correctas, llega a odiar a esos salvajes, odiarlos a muerte'. Permaneció pensativo por un momento. 'Cuando veas al Sr. Kurtz', continuó, 'dile de mi parte que todo aquí' (echó un vistazo a la cubierta) 'es muy satisfactorio. No me gusta es-

cribirle, con esos mensajeros nunca se sabe quién puede recibir tu carta, en esa Estación Central'. Me miró por un momento con sus ojos suaves y saltos. 'Oh, él irá lejos, muy lejos', comenzó de nuevo. 'Será alguien importante en la Administración antes de mucho tiempo. Ellos, allá arriba, en el Consejo en Europa, ya sabes, lo tienen previsto para eso'.

"Se volvió a su trabajo. El ruido afuera había cesado, y al salir, me detuve en la puerta. En el zumbido constante de las moscas, el agente que se dirigía a casa yacía acabado e insensible; el otro, inclinado sobre sus libros, hacía anotaciones correctas de transacciones perfectamente correctas; y cincuenta pies por debajo del umbral, podía ver las copas de los árboles del bosque de la muerte.

"Al día siguiente, finalmente, dejé esa estación con una caravana de sesenta hombres para una caminata de doscientos kilómetros.

"No sirve de mucho contarles sobre eso. Senderos, senderos por todas partes; una red de senderos estampados que se extendía sobre la tierra vacía, a través de la hierba alta, a través de la hierba quemada, a través de matorrales, bajando y subiendo barrancos fríos, subiendo y bajando colinas pedregosas abrasadas por el calor; y una soledad, una soledad, nadie, ni una choza. La población se había marchado hacía mucho tiempo. Bueno, si un montón de negros misteriosos armados con todo tipo de armas temibles de repente empezaran a viajar por el camino entre Deal y Gravesend, atrapan-do a los campesinos de aquí y allá para que llevaran cargas pesadas para ellos, supongo que cada granja y cabaña por allí se vaciaría muy pronto. Solo que aquí también se habían ido las viviendas. Sin embargo, pasé por varios pueblos abandonados. Hay algo patéticamente infantil en las ruinas de paredes de hierba. Día tras día, con el estampido y el arrastre de sesenta pares de pies descalzos detrás de mí, cada par bajo una carga de 60 libras. Acampar, cocinar, dormir, levantar el campamento, marchar. De vez en cuando, un porteador muerto en su arnés, descansando en la hierba alta junto al sendero, con una calabaza de agua vacía y su bastón largo a su lado. Un gran silencio alrededor y por encima. Tal vez en alguna noche tranquila, el temblor de tambores lejanos, subiendo y bajando, un temblor vasto, débil; un sonido extraño, apelativo, sugestivo y salvaje, y tal vez con un significado tan profundo como el sonido de las campanas en un país cristiano. Una vez, un hombre blanco en un uniforme desabrochado, acampando en el sendero con una escolta armada de zanzibares delgados, muy hospitalario y

festivo, por no decir borracho. Estaba cuidando el mantenimiento del camino, declaró. No puedo decir que vi algún camino o mantenimiento, a menos que el cuerpo de un negro de mediana edad, con un agujero de bala en la frente, sobre el que tropecé absolutamente tres millas más adelante, pueda considerarse una mejora permanente. También tenía un compañero blanco, no un mal tipo, pero un poco demasiado corpulento y con el exasperante hábito de desmayarse en las colinas calientes, a millas de la más mínima sombra y agua. Molesto, ya saben, sostener tu propio abrigo como una sombrilla sobre la cabeza de un hombre mientras se recupera. No pude evitar preguntarle una vez qué quería decir con venir allí. 'Para ganar dinero, por supuesto. ¿Qué piensas?' dijo, despectivamente. Luego contrajo fiebre y tuvo que ser llevado en una hamaca colgada de un palo. Como pesaba dieciséis piedras, tuve un sinfín de discusiones con los porteadores. Se resistían, huían, se escabullían con sus cargas en la noche, una verdadera insurrección. Así que, una noche, di un discurso en inglés con gestos, ninguno de los cuales se perdió en los sesenta pares de ojos ante mí, y a la mañana siguiente envié la hamaca al frente en perfectas condiciones. Una hora después, me encontré con todo el conjunto destrozado en un arbusto, hombre, hamaca, gemidos, mantas, horrores. El palo pesado había pelado su pobre nariz. Estaba muy ansioso por que matara a alguien, pero no había ni la sombra de un porteador cerca. Recordé al viejo doctor: 'Sería interesante para la ciencia observar los cambios mentales de los individuos en el lugar'. Sentí que me estaba volviendo científicamente interesante. Sin embargo, todo eso no tiene propósito. En el día quince vi de nuevo el gran río y llegué a la Estación Central. Estaba en un remanso rodeado de matorrales y selva, con una bonita franja de barro maloliente en un lado, y en los otros tres lados rodeada por una cerca ruinososa de juncos. Una brecha descuidada era toda la puerta que tenía, y la primera mirada al lugar bastaba para ver que el demonio flácido estaba a cargo de ese espectáculo. Hombres blancos con largos bastones en sus manos aparecían lánguidamente entre los edificios, paseando para echarme un vistazo, y luego se retiraban fuera de la vista en algún lugar. Uno de ellos, un tipo corpulento y excitable con bigotes negros, me informó con gran volubilidad y muchas digresiones, tan pronto como le dije quién era, que mi vapor estaba en el fondo del río. Me quedé atónito. ¿Qué, cómo, por qué? Oh, estaba 'todo bien'. El 'propio gerente' estaba allí. Todo estaba correcto. ¡Todos se habían comportado espléndidamente, es-

pléndidamente!' 'Debes', dijo agitado, 'ir a ver al gerente general de inmediato. ¡Él está esperando!'

"No entendí el verdadero significado de ese naufragio de inmediato. Creo que lo veo ahora, pero no estoy seguro, en absoluto. Ciertamente, el asunto era demasiado estúpido, cuando lo pienso, para ser del todo natural. Aun así... Pero en ese momento se me presentó simplemente como una confusión condenada. El vapor se había hundido. Habían salido dos días antes, con prisa repentina, río arriba con el gerente a bordo, a cargo de algún capitán voluntario, y antes de que hubieran estado fuera tres horas, rompieron el fondo sobre piedras y se hundió cerca de la orilla sur. Me pregunté qué debía hacer allí, ahora que mi barco estaba perdido. En realidad, tenía mucho que hacer para sacar mi mando del río. Tuve que ponerme a trabajar al día siguiente. Eso, y las reparaciones cuando llevé las piezas a la estación, tomaron varios meses.

"Mi primera entrevista con el gerente fue curiosa. No me pidió que me sentara después de mi caminata de veinte millas esa mañana. Era común en tez, rasgos, modales y voz. Era de tamaño mediano y de constitución ordinaria. Sus ojos, de un azul habitual, eran quizás notablemente fríos, y ciertamente podía hacer que su mirada cayera sobre uno tan contundente y pesada como un hacha. Pero incluso en esos momentos, el resto de su persona parecía desmentir la intención. De lo contrario, había solo una expresión indefinible y leve en sus labios, algo furtivo, una sonrisa, no una sonrisa. La recuerdo, pero no puedo explicarla. Era inconsciente, esa sonrisa, aunque justo después de decir algo se intensificaba por un instante. Venía al final de sus discursos como un sello aplicado a las palabras para hacer que el significado de la frase más común pareciera absolutamente inescrutable. Era un comerciante común, desde su juventud empleado en esas partes, nada más. Obedecían, pero no inspiraba amor ni miedo, ni siquiera respeto. Inspiraba inquietud. ¡Eso era! Inquietud. No una desconfianza definida, solo inquietud, nada más. No tienen idea de cuán efectiva puede ser tal... una... facultad. No tenía genio para organizar, para iniciativa o para el orden, incluso. Eso era evidente en cosas como el deplorable estado de la estación. No tenía educación, ni inteligencia. Su posición le había llegado, ¿por qué? Tal vez porque nunca estuvo enfermo... Había servido tres períodos de tres años allí... Porque la salud triunfante en la derrota general de las constituciones es un tipo de poder en sí misma. Cuando iba a casa de permiso, se entregaba

a lo grande, pomposamente. Marinero en tierra, con una diferencia, solo en los aspectos externos. Esto se podía deducir de su charla casual. No originaba nada, podía mantener la rutina en marcha, eso es todo. Pero era grande. Era grande por esa pequeña cosa que era imposible decir qué podía controlar a tal hombre. Nunca reveló ese secreto. Tal vez no había nada dentro de él. Tal sospecha te hacía detenerte, porque allá no había controles externos. Una vez, cuando varias enfermedades tropicales habían dejado fuera de combate a casi todos los 'agentes' en la estación, se le oyó decir: 'Los hombres que vienen aquí no deberían tener entrañas'. Selló la declaración con esa sonrisa suya, como si hubiera sido una puerta abriéndose a una oscuridad que tenía en su poder. Podías pensar que habías visto cosas, pero el sello estaba allí. Cuando se molestaba durante las comidas por las constantes disputas de los hombres blancos sobre la precedencia, ordenaba hacer una mesa redonda inmensa, para la cual se tenía que construir una casa especial. Este era el comedor de la estación. Donde se sentaba era el primer lugar, el resto no eran nada. Uno sentía que esta era su convicción inalterable. No era ni cortés ni descortés. Era tranquilo. Permitía que su 'chico', un joven negro sobrealimentado de la costa, tratara a los hombres blancos, bajo sus propios ojos, con una insolencia provocadora.

"Comenzó a hablar tan pronto como me vio. Había estado mucho tiempo en el camino. No podía esperar. Tenía que empezar sin mí. Las estaciones río arriba tenían que ser relevadas. Había habido tantos retrasos ya que no sabía quién estaba muerto y quién vivo, y cómo estaban yendo las cosas, y así sucesivamente. No prestó atención a mis explicaciones, y, jugando con un palo de lacre, repitió varias veces que la situación era 'muy grave, muy grave'. Había rumores de que una estación muy importante estaba en peligro, y su jefe, el Sr. Kurtz, estaba enfermo. Esperaba que no fuera cierto. El Sr. Kurtz era... Me sentí cansado e irritable. Al diablo con Kurtz, pensé. Lo interrumpí diciendo que había oído hablar del Sr. Kurtz en la costa. 'Ah, así que hablan de él allá abajo', murmuró para sí mismo. Luego comenzó de nuevo, asegurándose que el Sr. Kurtz era el mejor agente que tenía, un hombre excepcional, de la mayor importancia para la Compañía; por lo tanto, podía entender su ansiedad. Estaba, dijo, 'muy, muy inquieto'. Ciertamente se agitaba mucho en su silla, exclamaba: '¡Ah, Sr. Kurtz!', rompía el palo de lacre y parecía atónito por el accidente. Lo siguiente que quería saber era 'cuánto tiempo tomaría para...' Lo interrumpí de nuevo. Tenía hambre, ya saben, y estaba de pie también. Me estaba volviendo salvaje.

'¿Cómo puedo saber?', dije. 'Ni siquiera he visto el naufragio aún, probablemente varios meses'. Toda esta charla me parecía tan inútil. 'Varios meses', dijo. 'Bueno, digamos tres meses antes de que podamos empezar. Sí. Eso debería resolver el asunto'. Salí de su cabaña (vivía solo en una cabaña de barro con una especie de veranda) murmurando para mí mismo mi opinión sobre él. Era un idiota parlante. Después lo retracté cuando me di cuenta sorprendentemente de con cuánta precisión había calculado el tiempo necesario para el 'asunto'.

"Me puse a trabajar al día siguiente, dándole la espalda a esa estación. De esa manera, me parecía, podía mantener mi control sobre los hechos redentores de la vida. Aun así, uno debe mirar a veces; y entonces vi esta estación, estos hombres deambulando sin rumbo bajo el sol del patio. Me pregunté a veces qué significaba todo. Vagaban aquí y allá con sus absurdos bastones largos en las manos, como un montón de peregrinos infieles hechizados dentro de una cerca podrida. La palabra 'marfil' resonaba en el aire, se susurraba, se suspiraba. Pensarías que estaban rezando por ello. Un hálito de rapacidad imbécil soplabá a través de todo, como un soplo de algún cadáver. ¡Por Júpiter! Nunca he visto algo tan irreal en mi vida. Y afuera, la selva silenciosa que rodeaba esta mancha despejada en la tierra me parecía algo grande e invencible, como el mal o la verdad, esperando pacientemente el paso de esta invasión fantástica.

"Oh, esos meses, no importa. Varias cosas sucedieron. Una noche, un cobertizo de hierba lleno de calicó, estampados de algodón, cuentas y no sé qué más, estalló en llamas tan repentinamente que pensarías que la tierra se había abierto para dejar que un fuego vengador consumiera toda esa basura. Estaba fumando mi pipa tranquilamente junto a mi vapor desmantelado, y los vi a todos dando saltos en la luz, con los brazos levantados, cuando el hombre corpulento con bigotes vino corriendo hacia el río, un balde de hojalata en la mano, asegurándome que todos se estaban 'portando espléndidamente, espléndidamente', sumergió cerca de un cuarto de agua y corrió de regreso. Noté que había un agujero en el fondo de su balde.

"Caminé hacia arriba. No había prisa. Verán, la cosa había estallado como una caja de fósforos. Había sido inútil desde el principio. La llama había saltado alto, empujado a todos hacia atrás, iluminado todo y colapsado. El cobertizo ya era una pila de brasas resplandecientes. Un negro estaba siendo golpeado cerca. Decían que había causado el incendio de alguna ma-

nera; sea como sea, estaba gritando horriblemente. Lo vi, más tarde, durante varios días, sentado en un poco de sombra, viéndose muy enfermo y tratando de recuperarse; luego se levantó y se fue, y la selva sin un sonido lo acogió nuevamente en su seno. Al acercarme al resplandor desde la oscuridad, me encontré detrás de dos hombres hablando. Escuché pronunciar el nombre de Kurtz, luego las palabras 'aprovechar esta desafortunada situación'. Uno de los hombres era el gerente. Le deseé buenas noches. '¿Alguna vez has visto algo así, eh? Es increíble', dijo y se fue. El otro hombre permaneció. Era un agente de primera clase, joven, caballeroso, un poco reservado, con una barba pequeña y bifurcada y una nariz aguileña. Era distante con los otros agentes, y ellos por su parte decían que era el espía del gerente sobre ellos. En cuanto a mí, casi nunca había hablado con él antes. Empezamos a hablar, y poco a poco nos alejamos de las ruinas chisporroteantes. Luego me invitó a su habitación, que estaba en el edificio principal de la estación. Encendió una cerilla y percibí que este joven aristócrata no solo tenía un estuche de tocador con montura de plata, sino también una vela entera para él. Justo en ese momento, el gerente era el único hombre que se suponía tenía derecho a velas. Esteras nativas cubrían las paredes de arcilla; una colección de lanzas, azagayas, escudos y cuchillos estaba colgada en trofeos. El trabajo confiado a este tipo era la fabricación de ladrillos, según me habían informado; pero no había ni un fragmento de ladrillo en toda la estación, y él había estado allí más de un año, esperando. Parece que no podía hacer ladrillos sin algo, no sé qué, tal vez paja. De todos modos, no se podía encontrar allí y como no era probable que se enviara desde Europa, no me parecía claro qué estaba esperando. Tal vez un acto de creación especial. Sin embargo, todos estaban esperando, todos los dieciséis o veinte peregrinos de ellos, por algo; y les aseguro que no parecía una ocupación poco acogedora, por la forma en que lo tomaban, aunque lo único que les llegaba era la enfermedad, por lo que pude ver. Pasaban el tiempo calumniando y intrigando unos contra otros de una manera tonta. Había un aire de conspiración en esa estación, pero no resultaba nada, por supuesto. Era tan irreal como todo lo demás, como la pretensión filantrópica de todo el asunto, como sus discursos, como su gobierno, como su muestra de trabajo. El único sentimiento real era el deseo de ser nombrado en un puesto comercial donde se podía obtener marfil, para poder ganar comisiones. Intrigaban, calumniaban y se odiaban solo por eso, pero en cuanto a levantar efectivamente un dedo, oh, no. ¡Por los cielos! hay algo en el mundo que permite a

un hombre robar un caballo mientras otro no puede ni mirar una cuerda. Robar un caballo directamente. Muy bien. Lo ha hecho. Tal vez pueda montar. Pero hay una forma de mirar una cuerda que provocaría que el más caritativo de los santos propinara una patada.

"No tenía idea de por qué quería ser sociable, pero mientras charlábamos, de repente se me ocurrió que el tipo estaba tratando de averiguar algo, de hecho, sonsacarme. Aludía constantemente a Europa, a las personas que se suponía que conocía allí, haciendo preguntas indirectas sobre mis conocidos en la ciudad sepulcral, y así sucesivamente. Sus pequeños ojos brillaban como discos de mica, llenos de curiosidad, aunque trataba de mantener un aire de superioridad. Al principio me sorprendió, pero muy pronto me dio una curiosidad tremenda ver qué descubriría de mí. No podía imaginar qué tenía yo para hacer que valiera la pena. Era muy divertido ver cómo se frustraba a sí mismo, porque en verdad mi cuerpo solo estaba lleno de escalofríos, y mi cabeza no tenía nada más que ese miserable asunto del vapor. Era evidente que me tomaba por un prevaricador descarado. Al final se enojó y, para ocultar un movimiento de furiosa molestia, bostezó. Me levanté. Entonces noté una pequeña pintura al óleo, en un panel, que representaba a una mujer, vestida y con los ojos vendados, llevando una antorcha encendida. El fondo era sombrío, casi negro. El movimiento de la mujer era majestuoso, y el efecto de la luz de la antorcha en el rostro era siniestro.

"Me detuvo, y él se quedó allí cortésmente, sosteniendo una botella de champaña vacía (conforte medicinal) con la vela clavada en ella. A mi pregunta, dijo que el Sr. Kurtz había pintado esto, en esta misma estación, más de un año antes, mientras esperaba medios para ir a su puesto comercial. 'Dígame, por favor', dije, '¿quién es este Sr. Kurtz?'

"'El jefe de la Estación Interna', respondió en tono seco, mirando hacia otro lado. 'Muy agradecido', dije, riendo. 'Y tú eres el fabricante de ladrillos de la Estación Central. Todos lo saben'. Guardó silencio por un momento. 'Es un prodigio', dijo finalmente. 'Es un emisario de la piedad, la ciencia, el progreso y el diablo sabe qué más. Necesitamos', comenzó a declamar de repente, 'para la guía de la causa que nos ha sido encomendada por Europa, por así decirlo, una inteligencia superior, amplias simpatías, una determinación única'. '¿Quién dice eso?' pregunté. 'Muchos de ellos', respondió. 'Algunos incluso escriben eso; y así él viene aquí, un ser especial, como deberías saber'. '¿Por qué debería saber?' interrumpí, realmente sorprendido. No

prestó atención. 'Sí. Hoy es el jefe de la mejor estación, el próximo año será asistente del gerente, dos años más y... pero supongo que sabes lo que será en dos años. Eres de la nueva pandilla, la pandilla de la virtud. Las mismas personas que lo enviaron especialmente también te recomendaron a ti. Oh, no digas que no. Tengo mis propios ojos en los que confiar.' La luz se hizo en mí. Las conexiones influyentes de mi querida tía estaban produciendo un efecto inesperado en ese joven. Casi me eché a reír. '¿Lees la correspondencia confidencial de la Compañía?' pregunté. No tuvo nada que decir. Fue muy divertido. 'Cuando el Sr. Kurtz', continué, severamente, 'sea Gerente General, no tendrás la oportunidad'.

"Apagó la vela de repente, y salimos afuera. La luna había salido. Figuras negras deambulaban sin interés, vertiendo agua sobre las brasas, de donde procedía un sonido de siseo; el vapor ascendía a la luz de la luna, el negro golpeado gemía en algún lugar. '¡Qué ruido hace el bruto!' dijo el hombre incansable con los bigotes, apareciendo cerca de nosotros. 'Le está bien merecido. Transgresión, castigo, ¡bang! Despiadado, despiadado. Esa es la única manera. Esto evitará todas las conflagraciones en el futuro. Le estaba diciendo al gerente...' Notó a mi compañero y de repente se desanimó. 'No en la cama aún', dijo, con una especie de cordialidad servil; 'es tan natural. ¡Ah! Peligro, agitación'. Desapareció. Me dirigí hacia la orilla del río, y el otro me siguió. Escuché un murmullo mordaz en mi oído, 'Montón de tontos, váyanse'. Se podía ver a los peregrinos en grupos gesticulando, discutiendo. Varios aún tenían sus bastones en las manos. Creo realmente que llevaban estos palos a la cama con ellos. Más allá de la cerca, el bosque se erguía espectralmente a la luz de la luna, y a través de ese leve movimiento, a través de los sonidos apagados de ese patio lamentable, el silencio de la tierra se adentraba en el corazón de uno, su misterio, su grandeza, la asombrosa realidad de su vida oculta. El negro herido gemía débilmente en algún lugar cercano, y luego emitió un suspiro profundo que me hizo acelerar el paso para alejarme de allí. Sentí una mano introduciéndose bajo mi brazo. 'Mi querido señor', dijo el tipo, 'no quiero ser malinterpretado, y especialmente por usted, que verá al Sr. Kurtz mucho antes de que yo tenga ese placer. No me gustaría que él tenga una idea equivocada de mi disposición...'

"Lo dejé seguir, este Mefistófeles de papel maché, y me pareció que si intentaba, podría atravesarlo con mi dedo índice, y no encontraría nada dentro, solo un poco de suciedad suelta, tal vez. Él, ya ven, había estado pla-

neando ser asistente del gerente más adelante bajo el hombre actual, y pude ver que la llegada de ese Kurtz los había perturbado a ambos no poco. Hablaba precipitadamente, y no traté de detenerlo. Tenía mis hombros apoyados en los restos de mi vapor, varado en la pendiente como el cadáver de algún gran animal del río. El olor del barro, ¡del barro primigenio, por Júpiter!, estaba en mis narices, la gran quietud de la selva primigenia estaba ante mis ojos; había manchas brillantes en el arroyo negro. La luna había extendido sobre todo una capa delgada de plata, sobre la hierba densa, sobre el barro, sobre la pared de vegetación enmarañada que se elevaba más alto que la pared de un templo, sobre el gran río que podía ver a través de una brecha sombría, brillando, brillando, mientras fluía ampliamente sin un murmullo. Todo esto era grande, expectante, mudo, mientras el hombre balbuceaba sobre sí mismo. Me preguntaba si la quietud en la cara de la inmensidad que nos miraba a ambos estaba destinada como una súplica o una amenaza. ¿Qué éramos nosotros que nos habíamos extraviado aquí? ¿Podríamos manejar esa cosa muda, o nos manejaría a nosotros? Sentí cuán grande, cuán condenadamente grande, era esa cosa que no podía hablar, y tal vez también era sorda. ¿Qué había ahí dentro? Podía ver un poco de marfil saliendo de allí, y había oído que el Sr. Kurtz estaba ahí dentro. Había oído suficiente sobre él también, ¡Dios sabe! Sin embargo, de alguna manera, no traía ninguna imagen consigo, no más que si me hubieran dicho que un ángel o un demonio estaba allí. Lo creía de la misma manera que uno de ustedes podría creer que hay habitantes en el planeta Marte. Conocí una vez a un velero escocés que estaba seguro, absolutamente seguro, de que había gente en Marte. Si le pedías alguna idea de cómo se veían y se comportaban, se ponía tímido y murmuraba algo sobre 'caminar en cuatro patas'. Si apenas sonreías, te ofrecía, aunque tenía sesenta años, pelear. Yo no habría llegado tan lejos como para pelear por Kurtz, pero me acerqué lo suficiente a una mentira. Saben que odio, detesto y no puedo soportar una mentira, no porque sea más recto que el resto de nosotros, sino simplemente porque me horroriza. Hay una mancha de muerte, un sabor a mortalidad en las mentiras, que es exactamente lo que odio y detesto en el mundo, lo que quiero olvidar. Me hace miserable y enfermo, como morder algo podrido. Temperamento, supongo. Bueno, me acerqué lo suficiente al dejar que el joven tonto creyera lo que quisiera imaginar sobre mi influencia en Europa. Me convertí en un instante en tanta pretensión como el resto de los peregrinos hechizados. Simplemente porque tenía la noción de que de alguna ma-

nera sería de ayuda para ese Kurtz, a quien en ese momento no veía, entienden. Solo era una palabra para mí. No veía al hombre en el nombre más de lo que ustedes lo ven. ¿Lo ven? ¿Ven la historia? ¿Ven algo? Me parece que estoy tratando de contarles un sueño, haciendo un intento vano, porque ninguna relación de un sueño puede transmitir la sensación del sueño, esa mezcla de absurdidad, sorpresa y desconcierto en un temblor de lucha rebelde, esa noción de ser capturado por lo increíble que es la esencia misma de los sueños...”

Guardó silencio por un rato.

“No, es imposible; es imposible transmitir la sensación de vida de cualquier época dada de la propia existencia, lo que le da su verdad, su significado, su esencia sutil y penetrante. Es imposible. Vivimos, como soñamos, solos...”

Pausó de nuevo como reflexionando, luego añadió:

“Por supuesto, en esto ustedes ven más de lo que yo podía entonces. Me ven a mí, a quien conocen...”

Se había vuelto tan oscuro que nosotros, los oyentes, apenas podíamos vernos unos a otros. Durante mucho tiempo ya, él, sentado aparte, no había sido más para nosotros que una voz. No hubo una palabra de nadie. Los demás podrían haber estado dormidos, pero yo estaba despierto. Escuché, escuché atento a la frase, a la palabra, que me daría la clave de la leve inquietud inspirada por esta narrativa que parecía tomar forma sin labios humanos en el aire nocturno y pesado del río.

“Sí, lo dejé continuar”, comenzó Marlow de nuevo, “y pensar lo que quisiera sobre los poderes que estaban detrás de mí. ¡Lo hice! Y no había nada detrás de mí, no había nada más que ese miserable y viejo vapor destrozado en el que estaba apoyado, mientras él hablaba fluidamente sobre 'la necesidad de que cada hombre progrese'. 'Y cuando uno llega aquí, se concibe, no es para contemplar la luna'. El Sr. Kurtz era un 'genio universal', pero incluso un genio encontraría más fácil trabajar con 'herramientas adecuadas, hombres inteligentes'. No hacía ladrillos, había una imposibilidad física en el camino, como bien sabía; y si hacía trabajo secretarial para el gerente, era porque 'ningún hombre sensato rechaza caprichosamente la confianza de sus superiores'. ¿Lo entendía? Lo entendía. ¿Qué más quería? Lo que realmente

quería eran remaches, ¡por Dios! Remaches. Para continuar con el trabajo, para tapar el agujero. Remaches quería. Había cajas de ellos en la costa, cajas, apiladas, rotas, ¡abiertas! Pisabas un remache suelto a cada dos pasos en ese patio de la estación en la ladera. Los remaches habían rodado en el bosque de la muerte. Podías llenar tus bolsillos de remaches con solo agacharte, y no había ni un remache donde se necesitaba. Teníamos placas que servirían, pero nada para sujetarlas. Y cada semana el mensajero, un negro largo, con una bolsa de correo al hombro y un bastón en la mano, salía de nuestra estación hacia la costa. Y varias veces a la semana llegaba una caravana de la costa con mercancías comerciales, algodones vidriados espantosos que te hacían estremecer solo con mirarlos, cuentas de vidrio con un valor de un penique por cuarto, malditos pañuelos de algodón con manchas. Y ningún remache. Tres porteadores podrían haber traído todo lo necesario para poner ese vapor en marcha.

"Se estaba volviendo confidencial ahora, pero imagino que mi actitud poco receptiva debió exasperarlo al final, porque juzgó necesario informarme que no temía ni a Dios ni al diablo, mucho menos a ningún mero hombre. Dije que podía ver eso muy

bien, pero lo que quería era una cierta cantidad de remaches, y los remaches eran lo que realmente el Sr. Kurtz quería, si solo lo supiera. Ahora, las cartas iban a la costa cada semana. 'Mi querido señor', gritó, 'escribo por dictado'. Exigí remaches. Había una manera, para un hombre inteligente. Cambió su actitud; se volvió muy frío, y de repente comenzó a hablar de un hipopótamo; se preguntaba si al dormir a bordo del vapor (me aferré a mi salvamento día y noche) no me molestaba. Había un viejo hipopótamo que tenía la mala costumbre de salir a la orilla y deambular por la noche por los terrenos de la estación. Los peregrinos solían salir en grupo y vaciar cada rifle que podían conseguir en él. Algunos incluso se habían quedado despiertos por las noches para él. Toda esta energía se desperdiciaba, sin embargo. 'Ese animal tiene una vida encantada', dijo; 'pero solo puedes decir esto de las bestias en este país. Ningún hombre, ¿entiendes? ningún hombre aquí lleva una vida encantada'. Se quedó allí por un momento a la luz de la luna con su delicada nariz aguileña un poco torcida, y sus ojos de mica brillando sin pestañear, luego, con un breve 'Buenas noches', se alejó. Podía ver que estaba perturbado y considerablemente perplejo, lo que me hizo sentir más esperanzado de lo que había estado en días. Fue un gran consue-

lo volverme de ese tipo a mi amigo influyente, el vapor destrozado, torcido, arruinado y de lata. Me subí a bordo. Resonó bajo mis pies como una lata de galletas Huntley & Palmer vacía pateada por una cuneta; no era nada tan sólido en su fabricación, y bastante menos bonita en forma, pero había gastado suficiente trabajo duro en ella para amarla. Ningún amigo influyente me habría servido mejor. Me había dado la oportunidad de salir un poco, de descubrir qué podía hacer. No, no me gusta trabajar. Preferiría holgazanear y pensar en todas las cosas buenas que se pueden hacer. No me gusta trabajar, a nadie le gusta, pero me gusta lo que está en el trabajo, la oportunidad de encontrarte a ti mismo. Tu propia realidad, para ti mismo, no para otros, lo que ningún otro hombre puede saber nunca. Solo pueden ver el mero espectáculo y nunca pueden decir qué significa realmente.

"No me sorprendió ver a alguien sentado a popa, en la cubierta, con las piernas colgando sobre el barro. Verán, me llevaba bien con los pocos mecánicos que había en esa estación, a quienes los otros peregrinos naturalmente despreciaban, supongo que debido a sus modales imperfectos. Este era el capataz, un calderero de oficio, un buen trabajador. Era un hombre largo, huesudo, de rostro amarillo, con ojos grandes e intensos. Su aspecto era preocupado, y su cabeza estaba tan calva como la palma de mi mano; pero su cabello, al caer, parecía haberse pegado a su barbilla, y había prosperado en el nuevo lugar, porque su barba colgaba hasta su cintura. Era viudo con seis hijos pequeños (los había dejado al cuidado de una hermana para venir allí), y la pasión de su vida eran las palomas mensajeras. Era un entusiasta y un conocedor. Hablaba con entusiasmo de las palomas. Después de las horas de trabajo, a veces venía desde su cabaña para hablar sobre sus hijos y sus palomas; en el trabajo, cuando tenía que arrastrarse en el barro bajo el fondo del vapor, se ataba esa barba en una especie de servilleta blanca que traía para ese propósito. Tenía lazos para ir sobre sus orejas. Por la noche se le podía ver acuclillado en la orilla enjuagando esa envoltura en el arroyo con gran cuidado, luego extendiéndola solemnemente sobre un arbusto para que se secase.

"Le di una palmada en la espalda y grité: '¡Tendremos remaches!' Se puso de pie exclamando: '¡No! ¿Remaches?' como si no pudiera creer en sus oídos. Luego, en voz baja, 'Tú... eh?' No sé por qué nos comportamos como lunáticos. Me llevé el dedo al costado de la nariz y asentí misteriosamente. '¡Bien por ti!' exclamó, chasqueando los dedos por encima de su cabeza, le-

vantando un pie. Intenté un baile. Bailamos sobre la cubierta de hierro. Un ruido espantoso salió de ese casco, y la selva virgen en la otra orilla del arroyo lo devolvió en un estruendoso eco sobre la estación dormida. Debió haber hecho que algunos de los peregrinos se sentaran en sus chozas. Una figura oscura oscureció la puerta iluminada de la cabaña del gerente, desapareció, luego, un segundo después, la puerta misma también desapareció. Nos detuvimos, y el silencio, ahuyentado por el estampido de nuestros pies, volvió desde las profundidades de la tierra. La gran pared de vegetación, una masa exuberante y enmarañada de troncos, ramas, hojas, ramas, festones, inmóviles a la luz de la luna, era como una invasión desbordante de vida sin sonido, una ola rodante de plantas, apiladas, crestadas, listas para volcar sobre el arroyo, para barrer a cada uno de nosotros fuera de su pequeña existencia. Y no se movió. Un estallido amortiguado de grandes salpicaduras y resoplidos nos llegó desde lejos, como si un ictiosaurio hubiera estado tomando un baño de brillo en el gran río. 'Después de todo', dijo el calderero en tono razonable, '¿por qué no deberíamos conseguir los remaches?' ¿Por qué no, de hecho? No sabía ninguna razón por la que no deberíamos. 'Vendrán en tres semanas', dije con confianza.

"Pero no vinieron. En lugar de remaches, vino una invasión, una aflicción, una visitación. Llegó en secciones durante las siguientes tres semanas, cada sección encabezada por un burro que llevaba a un hombre blanco en ropas nuevas y zapatos de cuero, inclinándose desde esa elevación a derecha e izquierda ante los peregrinos impresionados. Un grupo pendenciero de negros con los pies doloridos pisoteaba los talones del burro; un montón de tiendas, taburetes de campamento, cajas de hojalata, estuches blancos, fardos marrones se arrojaban en el patio, y el aire de misterio se profundizaba un poco sobre el caos de la estación. Llegaron cinco de esas entregas, con su absurdo aire de huida desordenada con el botín de innumerables tiendas de equipo y provisiones, que uno pensaría que estaban arrastrando, después de una incursión, hacia la selva para una división equitativa. Era un lío inextricable de cosas decentes en sí mismas pero que la locura humana hacía parecer como los despojos del robo.

"Este grupo devoto se llamaba a sí mismo la Expedición Exploradora del Eldorado, y creo que juraron guardar secreto. Sin embargo, su charla era la charla de bucaneros sórdidos: era temeraria sin valentía, codiciosa sin audacia y cruel sin coraje; no había un átomo de previsión o de intención seria

en todo el grupo, y no parecían conscientes de que estas cosas se necesitan para el trabajo del mundo. Arrancar tesoros de las entrañas de la tierra era su deseo, sin más propósito moral detrás de ello que el que tienen los ladrones al entrar en una caja fuerte. No sé quién pagaba los gastos de la noble empresa, pero el tío de nuestro gerente era el líder de ese grupo.

"En el exterior se asemejaba a un carnicero de un barrio pobre, y sus ojos tenían una mirada de astucia soñolienta. Llevaba su barriga gorda con ostentación sobre sus piernas cortas, y durante el tiempo que su grupo infestó la estación, no habló con nadie más que con su sobrino. Podías ver a estos dos deambulando todo el día con sus cabezas juntas en una confabulación interminable.

"Había dejado de preocuparme por los remaches. La capacidad de uno para ese tipo de tonterías es más limitada de lo que se supone. Dije, '¡Que se vaya al diablo!' y dejé que las cosas siguieran su curso. Tenía mucho tiempo para meditar, y de vez en cuando pensaba en Kurtz. No estaba muy interesado en él. No. Aun así, tenía curiosidad por ver si este hombre, que había llegado equipado con ideas morales de algún tipo, ascendería a la cima después de todo y cómo se pondría a trabajar cuando estuviera allí".

CAPÍTULO II

Una tarde, mientras estaba acostado en la cubierta de mi barco de vapor, escuché voces que se acercaban, y allí estaban el sobrino y el tío paseando por la orilla. Apoyé mi cabeza en el brazo nuevamente y casi me perdí en un sueño, cuando alguien dijo en mi oído, por así decirlo: ‘Soy tan inofensivo como un niño pequeño, pero no me gusta que me dicten. ¿Soy el gerente o no lo soy? Me ordenaron enviarlo allí. Es increíble.’... Me di cuenta de que los dos estaban parados en la orilla junto a la parte delantera del barco de vapor, justo debajo de mi cabeza. No me moví; no se me ocurrió moverme: tenía sueño. ‘Es desagradable,’ gruñó el tío. ‘Ha pedido a la Administración que lo envíen allí,’ dijo el otro, ‘con la idea de mostrar lo que podía hacer; y me dieron las instrucciones correspondientes. Mira la influencia que debe tener ese hombre. ¿No es espantoso?’ Ambos coincidieron en que era espantoso, y luego hicieron varios comentarios extraños: ‘Hacer llover y buen tiempo—un hombre—el Consejo—por la nariz’—fragmentos de frases absurdas que superaron mi somnolencia, de modo que recuperé casi todos mis sentidos cuando el tío dijo: ‘El clima puede resolver esta dificultad para ti. ¿Está solo allí?’ ‘Sí,’ respondió el gerente; ‘envió a su asistente río abajo con una nota para mí en estos términos: “Limpia a este pobre diablo del país y no te molestes en enviar más de ese tipo. Prefiero estar solo que tener a los tipos de hombres que puedes disponer conmigo.” Fue hace más de un año. ¿Puedes imaginar tal descaro?’ ‘¿Algo desde entonces?’ preguntó el otro con voz ronca. ‘Marfil,’ respondió el sobrino; ‘mucho—de primera clase—mucho—muy molesto, de su parte.’ ‘¿Y con eso?’ cuestionó el retumbo pesado. ‘Factura,’ fue la respuesta disparada, por así decirlo. Luego silencio. Habían estado hablando de Kurtz.

"Para entonces estaba completamente despierto, pero, acostado perfectamente a gusto, permanecí quieto, sin tener ningún incentivo para cambiar de posición. '¿Cómo llegó ese marfil hasta aquí?' gruñó el hombre mayor, que parecía muy molesto. El otro explicó que había llegado con una flota de canoas a cargo de un empleado mestizo inglés que Kurtz tenía con él; que Kurtz aparentemente había tenido la intención de regresar él mismo, ya que la estación en ese momento estaba vacía de mercancías y provisiones, pero después de recorrer trescientas millas, había decidido repentinamente regresar, lo que comenzó a hacer solo en una pequeña canoa con cuatro remeros, dejando al mestizo continuar río abajo con el marfil. Los dos hombres parecían asombrados de que alguien intentara tal cosa. No encontraban un motivo adecuado. En cuanto a mí, parecía ver a Kurtz por primera vez. Fue un atisbo claro: la canoa, cuatro salvajes remando, y el hombre blanco solitario dándole la espalda repentinamente a la sede, al alivio, a los pensamientos de hogar—quizás; dirigiéndose hacia las profundidades de la selva, hacia su estación vacía y desolada. No conocía el motivo. Tal vez simplemente era un buen tipo que se apegaba a su trabajo por el propio bien del trabajo. Su nombre, entienden, no había sido mencionado ni una vez. Era 'ese hombre.' El mestizo, que, hasta donde pude ver, había llevado a cabo un viaje difícil con gran prudencia y valentía, era invariablemente aludido como 'ese sinvergüenza.' El 'sinvergüenza' había informado que el 'hombre' había estado muy enfermo—se había recuperado imperfectamente... Los dos bajo mi posición se alejaron unos pasos, y pasearon de un lado a otro a cierta distancia. Escuché: 'Puesto militar—doctor—doscientas millas—completamente solo ahora—retrasos inevitables—nueve meses—sin noticias—rumores extraños.' Se acercaron de nuevo, justo cuando el gerente estaba diciendo, 'Nadie, que yo sepa, a menos que una especie de comerciante ambulante—un tipo pestilente, arrebatando marfil a los nativos.' ¿De quién estaban hablando ahora? Capté en fragmentos que se trataba de un hombre que se suponía estaba en el distrito de Kurtz, y del cual el gerente no aprobaba. 'No estaremos libres de competencia desleal hasta que uno de estos tipos sea colgado como ejemplo,' dijo. 'Ciertamente,' gruñó el otro; '¿que lo cuelguen! ¿Por qué no? Cualquier cosa—cualquier cosa se puede hacer en este país. Eso es lo que digo; nadie aquí, entiendes, aquí, puede poner en peligro tu posición. ¿Y por qué? Soportas el clima—superas a todos. El peligro está en Europa; pero allí, antes de que me fuera, me aseguré de...' Se alejaron y susurraron, luego sus voces se elevaron de nuevo. 'La extraordinaria serie

de retrasos no es culpa mía. Hice lo mejor que pude.’ El hombre gordo suspiró. ‘Muy triste.’ ‘Y la pestilente absurdidad de su charla,’ continuó el otro; ‘me molestó bastante cuando estaba aquí. “Cada estación debería ser como un faro en el camino hacia cosas mejores, un centro de comercio por supuesto, pero también de humanización, mejora, instrucción.” Imagínate— aquel asno! Y quiere ser gerente! No, es...!’ Aquí se atragantó de indignación excesiva, y levanté la cabeza un poquito. Me sorprendió ver lo cerca que estaban—justo debajo de mí. Podría haberles escupido en los sombreros. Estaban mirando al suelo, absortos en sus pensamientos. El gerente estaba azotando su pierna con una ramita delgada: su sagaz pariente levantó la cabeza. ‘¿Has estado bien desde que llegaste esta vez?’ preguntó. El otro se sobresaltó. ‘¿Quién? ¿Yo? ¡Oh! Como un encanto—como un encanto. Pero los demás—¡oh, Dios mío! Todos enfermos. Mueren tan rápido, también, que no tengo tiempo de sacarlos del país—¡es increíble!’ ‘Hm’m. Así es,’ gruñó el tío. ‘¡Ah! mi chico, confía en esto—digo, confía en esto.’ Vi cómo extendía su corto brazo a modo de gesto que abarcaba el bosque, el arroyo, el barro, el río—parecía señalar con un deshonesto ademán ante la cara iluminada del sol del país una traicionera apelación a la muerte acechante, al mal oculto, a la profunda oscuridad de su corazón. Fue tan sorprendente que salté de pie y miré hacia el borde del bosque, como si esperara una respuesta de algún tipo a esa negra exhibición de confianza. Ya sabes las nociones tontas que a veces se le ocurren a uno. La alta quietud enfrentaba a estas dos figuras con su ominosa paciencia, esperando el paso de una invasión fantástica.

"Juntos juraron en voz alta—por puro miedo, creo—luego, fingiendo no saber nada de mi existencia, regresaron a la estación. El sol estaba bajo; y, inclinándose hacia adelante uno al lado del otro, parecían estar tirando dolorosamente cuesta arriba de sus dos ridículas sombras de longitud desigual, que se arrastraban lentamente detrás de ellos sobre la hierba alta sin doblar una sola brizna.

"En unos días, la Expedición Eldorado se internó en la paciente selva, que se cerró sobre ella como el mar se cierra sobre un buzo. Mucho después llegó la noticia de que todos los burros estaban muertos. No sé nada sobre el destino de los animales menos valiosos. Ellos, sin duda, como el resto de nosotros, encontraron lo que se merecían. No indagué. En ese momento estaba bastante emocionado con la perspectiva de conocer a Kurtz muy pron-

to. Cuando digo muy pronto, quiero decirlo comparativamente. Fueron solo dos meses desde el día que dejamos el arroyo cuando llegamos a la orilla, debajo de la estación de Kurtz.

"Subir por ese río era como viajar de regreso a los primeros comienzos del mundo, cuando la vegetación dominaba la tierra y los grandes árboles eran los reyes. Un arroyo vacío, un gran silencio, una selva impenetrable. El aire era cálido, espeso, pesado, lento. No había alegría en el brillo del sol. Las largas extensiones de la vía fluvial corrían desiertas, hacia la penumbra de distancias sombreadas. En bancos de arena plateados, hipopótamos y cocodrilos se asoleaban uno al lado del otro. Las aguas que se ensanchaban fluían a través de una multitud de islas boscosas; te perdías en ese río como te perderías en un desierto, y te topabas todo el día con bancos de arena, tratando de encontrar el canal, hasta que pensabas que estabas hechizado y aislado para siempre de todo lo que alguna vez habías conocido—en algún lugar—lejos—en otra existencia quizás. Había momentos en los que el pasado de uno volvía, como a veces ocurre cuando no tienes un momento para ti mismo; pero venía en forma de un sueño inquieto y ruidoso, recordado con asombro entre las abrumadoras realidades de este extraño mundo de plantas, agua y silencio. Y esa quietud de la vida no se parecía en lo más mínimo a una paz. Era la quietud de una fuerza implacable que se cernía sobre una intención inescrutable. Te miraba con un aspecto vengativo. Me acostumbré a ello después; ya no lo veía; no tenía tiempo. Tenía que seguir adivinando el canal; tenía que discernir, en su mayoría por inspiración, los signos de bancos ocultos; vigilaba las piedras sumergidas; estaba aprendiendo a chasquear mis dientes rápidamente antes de que mi corazón saliera volando, cuando por casualidad rozaba algún viejo y astuto tronco infernal que podría haber destrozado la vida de la lancha de vapor de hojalata y ahogado a todos los peregrinos; tenía que estar atento a los signos de madera muerta que pudiéramos cortar en la noche para el vapor del día siguiente. Cuando tienes que atender a cosas de ese tipo, a los meros incidentes de la superficie, la realidad—la realidad, te digo—se desvanece. La verdad interior está oculta—afortunadamente, afortunadamente. Pero lo sentía de todos modos; a menudo sentía su misteriosa quietud observándome en mis trucos de mono, así como los observa a ustedes realizando sus respectivas acrobacias por—¿qué es? media corona por caída— —"

“Intenta ser civil, Marlow,” gruñó una voz, y supe que al menos había un oyente despierto además de mí.

“Te pido perdón. Olvidé la angustia que compone el resto del precio. Y en verdad, ¿qué importa el precio, si el truco está bien hecho? Haces tus trucos muy bien. Y yo tampoco lo hice tan mal, ya que logré no hundir esa lancha de vapor en mi primer viaje. Todavía me sorprende. Imagina a un hombre con los ojos vendados conduciendo un carro por un camino en mal estado. Sudé y temblé bastante con ese asunto, puedo decírtelo. Después de todo, para un marinero, raspar el fondo de la cosa que se supone debe flotar todo el tiempo bajo su cuidado es el pecado imperdonable. Nadie puede saberlo, pero nunca olvidas el golpe—¿eh? Un golpe en el mismo corazón. Lo recuerdas, lo sueñas, te despiertas en la noche y piensas en ello— años después—y te pones caliente y frío por todas partes. No pretendo decir que esa lancha de vapor flotaba todo el tiempo. Más de una vez tuvo que vadear un poco, con veinte caníbales chapoteando alrededor y empujando. Habíamos reclutado a algunos de estos tipos en el camino para formar una tripulación. Buenos tipos—caníbales—en su lugar. Eran hombres con los que se podía trabajar, y estoy agradecido con ellos. Y, después de todo, no se comieron unos a otros delante de mi cara: habían traído una provisión de carne de hipopótamo que se pudrió, y hizo que el misterio de la selva apestara en mis fosas nasales. ¡Puf! Puedo olerlo ahora. Tenía al gerente a bordo y tres o cuatro peregrinos con sus bastones—todos completos. A veces llegábamos a una estación cerca de la orilla, aferrada a las faldas de lo desconocido, y los hombres blancos salían corriendo de una choza derruida, con grandes gestos de alegría, sorpresa y bienvenida, parecían muy extraños—tenían la apariencia de estar allí cautivos bajo un hechizo. La palabra marfil resonaba en el aire por un rato—y luego seguíamos adelante de nuevo en el silencio, a lo largo de tramos vacíos, alrededor de las curvas quietas, entre las altas paredes de nuestro camino sinuoso, reverberando en golpes huecos el pesado golpe de la rueda de popa. Árboles, árboles, millones de árboles, masivos, inmensos, elevándose alto; y a sus pies, abrazando la orilla contra la corriente, se arrastraba la pequeña lancha de vapor ennegrecida, como un escarabajo perezoso arrastrándose por el suelo de un alto pórtico. Te hacía sentir muy pequeño, muy perdido, y sin embargo no era del todo deprimente, esa sensación. Después de todo, si eras pequeño, el escarabajo ennegrecido seguía arrastrándose—que era justo lo que querías que hiciera. Dónde imaginaban los peregrinos que se arrastraba, no lo sé. ¡A algún lugar donde

esperaban conseguir algo! ¡Apuesto! Para mí, se arrastraba hacia Kurtz—exclusivamente; pero cuando las tuberías de vapor comenzaron a gotear, avanzamos muy lentamente. Las extensiones se abrían ante nosotros y se cerraban detrás, como si el bosque hubiera dado un paso tranquilo a través del agua para bloquear el camino de nuestro regreso. Nos adentramos más y más en el corazón de las tinieblas. Estaba muy tranquilo allí. Por la noche, a veces, el retumbar de tambores detrás de la cortina de árboles corría río arriba y permanecía sostenido débilmente, como si flotara en el aire alto sobre nuestras cabezas, hasta el primer amanecer. Si significaba guerra, paz o oración, no podíamos decirlo. Los amaneceres eran anunciados por el descenso de una quietud helada; los leñadores dormían, sus fuegos ardían bajos; el crujir de una ramita te hacía sobresaltar. Éramos vagabundos en una tierra prehistórica, en una tierra que tenía el aspecto de un planeta desconocido. Podríamos habernos imaginado ser los primeros hombres tomando posesión de una herencia maldita, a ser sometida al costo de profunda angustia y de un trabajo excesivo. Pero de repente, mientras luchábamos por una curva, habría un vistazo de paredes de juncos, de techos de pasto en pico, un estallido de gritos, un torbellino de extremidades negras, una masa de manos aplaudiendo, de pies pisoteando, de cuerpos balanceándose, de ojos rodando, bajo la caída de un follaje denso e inmóvil. El vapor avanzaba lentamente en el borde de un frenesí negro e incomprensible. El hombre prehistórico nos maldecía, rezaba por nosotros, nos daba la bienvenida—¿quién podía decirlo? Estábamos cortados de la comprensión de nuestro entorno; nos deslizábamos como fantasmas, maravillados y secretamente aterrados, como hombres cuerdos ante un estallido entusiasta en un manicomio. No podíamos entender porque estábamos demasiado lejos y no podíamos recordar porque estábamos viajando en la noche de los primeros tiempos, de esos tiempos que se han ido, dejando apenas un rastro—y sin recuerdos.

"La tierra parecía extraterrestre. Estamos acostumbrados a mirar la forma encadenada de un monstruo conquistado, pero allí—podías ver algo monstruoso y libre. Era extraterrestre, y los hombres eran—No, no eran inhumanos. Bueno, ya sabes, eso era lo peor de todo—esta sospecha de que no eran inhumanos. Llegaría lentamente a uno. Gritaban y saltaban, y giraban, y hacían caras horribles; pero lo que te emocionaba era simplemente el pensamiento de su humanidad—como la tuya—el pensamiento de tu parentesco remoto con este bullicio salvaje y apasionado. Feo. Sí, era bastante feo; pero si eras lo suficientemente hombre, te admitirías a ti mismo que había

en ti solo el más leve rastro de una respuesta a la terrible franqueza de ese ruido, una vaga sospecha de que había un significado en ello que tú—tan alejado de la noche de los primeros tiempos—podías comprender. ¿Y por qué no? La mente del hombre es capaz de cualquier cosa—porque todo está en ella, todo el pasado así como todo el futuro. ¿Qué había después de todo? Alegría, miedo, tristeza, devoción, valor, ira—¿quién puede decirlo?—pero la verdad—la verdad despojada de su manto de tiempo. Que el tonto mire boquiabierto y tiemble—el hombre sabe, y puede mirar sin pestañear. Pero debe ser al menos tan hombre como esos en la orilla. Debe enfrentarse a esa verdad con su propia verdad interior—con su propia fuerza innata. Los principios no servirán. Las adquisiciones, la ropa, los trapos bonitos—trapos que volarían con el primer buen sacudón. No; necesitas una creencia deliberada. ¿Una apelación a mí en este ruido infernal? Muy bien; escucho; admito, pero también tengo una voz, y para bien o para mal, la mía es la voz que no puede ser silenciada. Por supuesto, un tonto, con puro miedo y sentimientos nobles, siempre está a salvo. ¿Quién es ese que gruñe? ¿Te sorprende que no fuera a la orilla a aullar y bailar? Bueno, no, no fui. ¿Sentimientos nobles, dices? ¡Que se cuelguen los sentimientos nobles! No tenía tiempo. Tenía que andar con plomo blanco y tiras de manta de lana ayudando a poner vendajes en esas tuberías de vapor con fugas—te lo digo. Tenía que vigilar el timón, y burlar esos obstáculos, y hacer avanzar el bote de hojalata de alguna manera. Había suficiente verdad superficial en estas cosas para salvar a un hombre más sabio. Y entre tanto, tenía que cuidar del salvaje que era fogonero. Era un espécimen mejorado; podía alimentar una caldera vertical. Estaba allí debajo de mí, y, te juro, mirarlo era tan edificante como ver a un perro en una parodia de pantalones y un sombrero de plumas, caminando sobre sus patas traseras. Unos pocos meses de entrenamiento habían hecho maravillas con ese tipo realmente bueno. Miraba el manómetro de vapor y el indicador de agua con un evidente esfuerzo de intrepidez—y también tenía dientes limados, el pobre diablo, y la lana de su cabeza afeitada en patrones extraños, y tres cicatrices ornamentales en cada una de sus mejillas. Debería haber estado aplaudiendo y pisoteando la orilla, en lugar de lo cual estaba trabajando arduamente, esclavo de una brujería extraña, lleno de conocimiento mejorado. Era útil porque había sido instruido; y lo que sabía era esto—que si el agua en esa cosa transparente desaparecía, el espíritu maligno dentro de la caldera se enojaría por la grandeza de su sed, y tomaría una terrible venganza. Así que sudaba y encendía el fuego y miraba

el vidrio con temor (con un amuleto improvisado, hecho de trapos, atado a su brazo, y un trozo de hueso pulido, del tamaño de un reloj, incrustado de lado en su labio inferior), mientras los bancos arbolados se deslizaban lentamente, el ruido corto quedaba atrás, las interminables millas de silencio—y nos arrastrábamos, hacia Kurtz. Pero los obstáculos eran numerosos, el agua traicionera y poco profunda, la caldera parecía tener de hecho un diablo malhumorado dentro, y por lo tanto, ni ese fogonero ni yo teníamos tiempo para asomarnos a nuestros pensamientos inquietantes.

"Unos cincuenta millas abajo de la Estación Interior, encontramos una choza de juncos, un poste inclinado y melancólico, con los restos irreconocibles de lo que había sido una bandera de algún tipo ondeando en él, y una pila de madera cuidadosamente apilada. Esto fue inesperado. Llegamos a la orilla, y en la pila de leña encontramos una tabla plana con algunas letras descoloridas escritas en lápiz. Cuando se descifró, decía: 'Madera para ti. Apresúrate. Acércate con cautela.' Había una firma, pero era ilegible—no era Kurtz—una palabra mucho más larga. 'Apresúrate.' ¿Adónde? ¿Río arriba? 'Acércate con cautela.' No lo habíamos hecho. Pero la advertencia no podría haber sido destinada al lugar donde solo se podría encontrar después de acercarse. Algo estaba mal río arriba. Pero, ¿qué—y cuánto? Esa era la cuestión. Comentamos negativamente sobre la imbecilidad de ese estilo telegráfico. El arbusto alrededor no decía nada, y no nos dejaba ver muy lejos, tampoco. Una cortina rota de tela roja colgaba en la entrada de la choza, y ondeaba tristemente en nuestras caras. La vivienda estaba desmantelada; pero podíamos ver que un hombre blanco había vivido allí no hace mucho tiempo. Quedaba una mesa rústica—una tabla sobre dos postes; un montón de basura reposaba en una esquina oscura, y junto a la puerta recogí un libro. Había perdido sus cubiertas, y las páginas habían sido manoseadas hasta un estado de extrema suavidad sucia; pero el lomo había sido amorosamente cosido de nuevo con hilo de algodón blanco, que aún parecía limpio. Fue un hallazgo extraordinario. Su título era, 'Una Investigación sobre algunos Puntos de Maniobra,' por un tal Towser, Towson—un nombre así—Capitán de la Marina de su Majestad. El contenido parecía lo suficientemente aburrido, con diagramas ilustrativos y tablas de cifras repulsivas, y la copia tenía sesenta años. Manipulé esta asombrosa antigüedad con la mayor ternura posible, por temor a que se disolviera en mis manos. Dentro, Towson o Towser indagaba con seriedad sobre la resistencia de las cadenas y aparejos de los barcos, y otros asuntos similares. No era un libro muy emo-

cionante; pero a primera vista se podía ver en él una intención sincera, una preocupación honesta por la manera correcta de trabajar, lo que hacía que estas humildes páginas, pensadas hace tantos años, fueran luminosas con una luz diferente a la profesional. El simple marinero viejo, con su charla de cadenas y aparejos, me hizo olvidar la jungla y los peregrinos en una deliciosa sensación de haber encontrado algo inconfundiblemente real. Que un libro así estuviera allí ya era bastante maravilloso; pero aún más asombrosas eran las notas escritas a lápiz en el margen, y que claramente se referían al texto. ¡No podía creer mis ojos! ¡Estaban en cifrado! Sí, parecían cifrado. Imagínate a un hombre llevando consigo un libro de esa descripción a este lugar desconocido y estudiándolo—y tomando notas—¡en cifrado además! Era un misterio extravagante.

"Hacía un tiempo que estaba vagamente consciente de un ruido inquietante, y cuando levanté la vista vi que la pila de madera había desaparecido, y el gerente, asistido por todos los peregrinos, me estaba gritando desde la orilla. Metí el libro en mi bolsillo. Te aseguro que dejar de leer fue como arrancarme de la protección de una vieja y sólida amistad.

"Arranqué el motor cojo adelante. 'Debe ser este miserable comerciante—este intruso,' exclamó el gerente, mirando hacia atrás con malevolencia el lugar que habíamos dejado. 'Debe ser inglés,' dije. 'No le salvará de meterse en problemas si no tiene cuidado,' murmuró el gerente oscuramente. Observé con fingida inocencia que nadie estaba a salvo de problemas en este mundo.

"La corriente era más rápida ahora, la lancha de vapor parecía en sus últimos suspiros, la rueda de popa golpeaba lánguidamente, y me descubrí escuchando en puntillas el próximo golpe del bote, porque en verdad esperaba que la miserable cosa se rindiera en cualquier momento. Era como ver los últimos destellos de una vida. Pero aun así, nos arrastrábamos. A veces elegía un árbol un poco más adelante para medir nuestro progreso hacia Kurtz, pero invariablemente lo perdía antes de llegar a la misma altura. Mantener la vista tanto tiempo en una cosa era demasiado para la paciencia humana. El gerente mostraba una hermosa resignación. Yo me inquietaba y enfurecía y comenzaba a discutir conmigo mismo si hablaría abiertamente con Kurtz; pero antes de que pudiera llegar a una conclusión, me di cuenta de que mi discurso o mi silencio, en realidad cualquier acción mía, sería una mera futilidad. ¿Qué importaba lo que alguien supiera o ignorara? ¿Qué importaba

quién fuera el gerente? A veces uno tiene un destello de comprensión. Los elementos esenciales de este asunto estaban profundamente debajo de la superficie, fuera de mi alcance, y más allá de mi poder de interferir.

"Hacia la tarde del segundo día, calculamos estar a unas ocho millas de la estación de Kurtz. Quería seguir adelante; pero el gerente se veía grave, y me dijo que la navegación allá arriba era tan peligrosa que sería aconsejable, ya que el sol ya estaba muy bajo, esperar donde estábamos hasta la mañana siguiente. Además, señaló que si la advertencia de acercarse con cautela debía ser seguida, debíamos acercarnos de día—no al anochecer o en la oscuridad. Esto era lo suficientemente sensato. Ocho millas significaban casi tres horas de navegación para nosotros, y también podía ver ondulaciones sospechosas en el extremo superior de la extensión. Sin embargo, estaba más allá de la expresión de mi molestia, y muy irrazonablemente, también, ya que una noche más no podía importar mucho después de tantos meses. Como teníamos mucha madera, y la cautela era la palabra, atracamos en medio del río. La extensión era estrecha, recta, con lados altos como un corte de ferrocarril. El crepúsculo se deslizaba en ella mucho antes de que el sol se hubiera puesto. La corriente corría suave y rápida, pero una inmovilidad muda se asentaba en las orillas. Los árboles vivos, atados juntos por las enredaderas y cada arbusto vivo del sotobosque, podrían haber sido convertidos en piedra, incluso hasta la ramita más delgada, la hoja más ligera. No era sueño—parecía antinatural, como un estado de trance. No se escuchaba el más leve sonido de ningún tipo. Mirabas asombrado, y comenzabas a sospechar que estabas sordo—entonces la noche llegaba de repente, y te dejaba ciego también. Alrededor de las tres de la mañana, un gran pez saltó, y el fuerte chapoteo me hizo saltar como si se hubiera disparado un arma. Cuando salió el sol, había una niebla blanca, muy cálida y pegajosa, y más cegadora que la noche. No se movía ni se desplazaba; simplemente estaba allí, rodeándote como algo sólido. A las ocho o nueve, quizás, se levantó como se levanta una persiana. Tuvimos un vistazo de la multitud imponente de árboles, de la inmensa selva enmarañada, con la pequeña bola brillante del sol colgando sobre ella—todo perfectamente quieto—y luego la persiana blanca bajó de nuevo, suavemente, como si se deslizara en ranuras engrasadas. Ordené que la cadena, que habíamos comenzado a levantar, se volviera a soltar. Antes de que dejara de correr con un traqueteo apagado, un grito, un grito muy fuerte, como de infinita desolación, se elevó lentamente en el aire opaco. Cesó. Un clamor quejumbroso, modulando en dis-

cords salvajes, llenó nuestros oídos. La pura inesperabilidad de ello hizo que mi cabello se erizara bajo mi gorra. No sé cómo afectó a los demás: para mí, parecía como si la niebla misma hubiera gritado, tan de repente, y aparentemente de todos lados a la vez, surgió este tumultuoso y triste clamor. Culminó en un estallido apresurado de gritos casi intolerablemente excesivos, que se detuvo de repente, dejándonos rígidos en una variedad de actitudes ridículas, y obstinadamente escuchando el casi igualmente aterrador y excesivo silencio. ‘¡Dios mío! ¿Cuál es el significado—?’ balbuceó a mi lado uno de los peregrinos, —un hombre pequeño y gordo, con cabello rubio y patillas rojas, que llevaba botas de resorte lateral, y pijamas rosas metidas en sus calcetines. Otros dos permanecieron boquiabiertos por un momento, luego se precipitaron en la pequeña cabina, para salir corriendo inmediatamente y pararse lanzando miradas asustadas, con rifles Winchester en las manos, listos para disparar. Lo que podíamos ver era solo el barco en el que estábamos, sus contornos borrosos como si estuviera a punto de disolverse, y una franja de agua nebulosa, quizás de dos pies de ancho, a su alrededor—y eso era todo. El resto del mundo no existía, en lo que a nuestros ojos y oídos respecta. Simplemente no estaba. Desaparecido, desaparecido; barrido sin dejar un susurro o una sombra detrás.

"Avancé, y ordené que se subiera la cadena para estar listos para levantar el ancla y mover la lancha de vapor de inmediato si era necesario. ‘¿Nos atacarán?’ susurró una voz asustada. ‘Nos masacrarán en esta niebla,’ murmuró otro. Las caras se contraían con la tensión, las manos temblaban ligeramente, los ojos olvidaban parpadear. Era muy curioso ver el contraste de expresiones entre los hombres blancos y los hombres negros de nuestra tripulación, que eran tan extraños a esa parte del río como nosotros, aunque sus hogares estaban solo a ochocientas millas de distancia. Los blancos, por supuesto, muy desconcertados, tenían además una curiosa expresión de estar dolorosamente conmocionados por semejante alboroto indignante. Los otros tenían una expresión alerta, naturalmente interesada; pero sus rostros eran esencialmente tranquilos, incluso los de los uno o dos que sonreían mientras tiraban de la cadena. Varios intercambiaban frases cortas y gruñonas, que parecían resolver el asunto a su satisfacción. Su jefe, un joven negro de pecho ancho, vestido severamente con telas azules con flecos, con fosas nasales fieras y su cabello todo arreglado en rizos aceitosos, estaba cerca de mí. ‘¡Aha!’ dije, solo por el bien de la camaradería. ‘Atrápalo,’ soltó, con una ampliación de ojos inyectados en sangre y un destello de dientes

afilados — ‘atrápalo. Dánoslo.’ ‘¿Para ustedes, eh?’ pregunté; ‘¿qué harían con ellos?’ ‘¡Comérselo!’ dijo cortante, y, apoyando su codo en la barandilla, miró hacia la niebla en una actitud digna y profundamente pensativa. Sin duda, me habría horrorizado adecuadamente, si no se me hubiera ocurrido que él y sus compañeros debían tener mucha hambre: que debían haber estado cada vez más hambrientos al menos durante este último mes. Habían sido contratados por seis meses (no creo que ninguno de ellos tuviera una idea clara del tiempo, como nosotros al final de incontables edades. Todavía pertenecían a los inicios del tiempo — no tenían experiencia heredada para enseñarles, por así decirlo), y por supuesto, mientras hubiera un pedazo de papel escrito de acuerdo con alguna ley ridícula hecha río abajo, a nadie se le ocurría preocuparse de cómo vivirían. Ciertamente habían traído consigo algo de carne de hipopótamo podrida, que no podría haber durado mucho tiempo, de todos modos, incluso si los peregrinos no hubieran, en medio de un escándalo espantoso, arrojado una cantidad considerable de ella por la borda. Parecía un proceder autoritario; pero en realidad era un caso de legítima defensa. No puedes respirar hipopótamo muerto despierto, durmiendo y comiendo, y al mismo tiempo mantener tu frágil control sobre la existencia. Además, les habían dado cada semana tres piezas de alambre de bronce, cada una de unas nueve pulgadas de largo; y la teoría era que debían comprar sus provisiones con esa moneda en las aldeas ribereñas. Puedes ver cómo funcionaba eso. O no había aldeas, o la gente era hostil, o el director, que como el resto de nosotros se alimentaba de latas, con una ocasional vieja cabra lanzada, no quería detener el barco por alguna razón más o menos oculta. Así que, a menos que se tragaran el alambre mismo, o hicieran lazos con él para atrapar peces, no veo de qué les serviría su salario extravagante. Debo decir que se pagaba con una regularidad digna de una gran y honorable empresa comercial. Por lo demás, lo único que tenían para comer — aunque no parecía comestible en lo más mínimo — que vi en su posesión eran algunos bultos de una especie de masa a medio cocer, de un color lavanda sucio, que mantenían envueltos en hojas, y de vez en cuando se tragaban un pedazo, pero tan pequeño que parecía más por apariencia que por algún propósito serio de sustento. ¿Por qué en el nombre de todos los demonios de hambre no nos atacaron — eran treinta contra cinco — y se dieron un buen festín por una vez, me asombra ahora cuando lo pienso. Eran hombres grandes y poderosos, con no mucha capacidad para sopesar las consecuencias, con coraje, con fuerza, incluso aún, aunque sus pieles ya no eran brillantes

y sus músculos ya no eran duros. Y vi que algo restringente, uno de esos secretos humanos que desconciertan la probabilidad, había entrado en juego allí. Los miré con un interés rápido—no porque se me ocurriera que podrían comerme antes de mucho tiempo, aunque te confieso que en ese momento percibí—en una nueva luz, por así decirlo—lo poco saludable que se veían los peregrinos, y esperaba, sí, positivamente esperaba, que mi aspecto no fuera tan—¿cómo decirlo?—tan—desapetitoso: un toque de vanidad fantástica que encajaba bien con la sensación de sueño que impregnaba todos mis días en ese momento. Quizás tenía un poco de fiebre también. No se puede vivir con el dedo eternamente en el pulso. A menudo tenía ‘un poco de fiebre,’ o un poco de otras cosas—los juguetones golpes de la selva, el preludio trivial antes del ataque más serio que llegaba a su debido tiempo. Sí; los miré como mirarías a cualquier ser humano, con una curiosidad por sus impulsos, motivos, capacidades, debilidades, cuando se enfrentan a la prueba de una necesidad física inexorable. ¡Restricción! ¿Qué posible restricción? ¿Era superstición, disgusto, paciencia, miedo—o algún tipo de honor primitivo? Ningún miedo puede enfrentarse al hambre, ninguna paciencia puede agotarlo, el disgusto simplemente no existe donde hay hambre; y en cuanto a la superstición, creencias y lo que puedas llamar principios, son menos que paja en una brisa. ¿No conoces la diablura de la hambruna prolongada, su tormento exasperante, sus pensamientos negros, su ferocidad sombría y rumiadora? Bueno, yo sí. Se necesita toda la fuerza innata de un hombre para luchar contra el hambre adecuadamente. Es realmente más fácil enfrentar la pérdida, el deshonor y la perdición del alma de uno—que este tipo de hambre prolongada. Triste, pero cierto. Y estos tipos tampoco tenían ninguna razón terrenal para algún tipo de escrúpulo. ¡Restricción! Tan pronto habría esperado restricción de una hiena merodeando entre los cadáveres de un campo de batalla. Pero ahí estaba el hecho ante mí—el hecho deslumbrante, para ser visto, como la espuma en las profundidades del mar, como un rizo en un enigma insondable, un misterio mayor—cuando pensaba en ello—que la nota curiosa e inexplicable de dolor desesperado en este clamor salvaje que había pasado por nosotros en la orilla del río, detrás de la ceguera blanca de la niebla.

"Dos peregrinos estaban discutiendo en susurros apresurados sobre qué orilla. ‘Izquierda.’ ‘No, no; ¿cómo puedes? Derecha, derecha, por supuesto.’ ‘Es muy serio,’ dijo la voz del gerente detrás de mí; ‘me sentiría desolado si algo le sucediera al Sr. Kurtz antes de que llegáramos.’ Lo miré,

y no tuve la menor duda de que era sincero. Era exactamente el tipo de hombre que desearía mantener las apariencias. Esa era su restricción. Pero cuando murmuró algo sobre seguir adelante de inmediato, ni siquiera me tomé la molestia de responderle. Sabía, y él sabía, que era imposible. Si soltáramos nuestro agarre del fondo, estaríamos absolutamente en el aire—en el espacio. No sabríamos a dónde íbamos—a si río arriba o río abajo, o cruzando—hasta que chocáramos contra una orilla u otra—y entonces no sabríamos al principio cuál era. Por supuesto, no hice ningún movimiento. No tenía intención de estrellarme. No podrías imaginar un lugar más mortal para un naufragio. Ya sea que nos ahogáramos de inmediato o no, seguramente pereceríamos rápidamente de una manera u otra. ‘Te autorizo a tomar todos los riesgos,’ dijo, después de un corto silencio. ‘Me niego a tomar ninguno,’ dije en breve; lo cual era justo la respuesta que esperaba, aunque su tono podría haberlo sorprendido. ‘Bueno, debo deferirme a tu juicio. Tú eres el capitán,’ dijo con marcada cortesía. Le di la espalda en señal de mi aprecio, y miré hacia la niebla. ¿Cuánto tiempo duraría? Era la perspectiva más desesperanzadora. El acercamiento a este Kurtz buscando marfil en la miserable selva estaba lleno de tantos peligros como si hubiera sido una princesa encantada durmiendo en un castillo fabuloso. ‘¿Crees que atacarán?’ preguntó el gerente en un tono confidencial.

"No pensé que atacarían, por varias razones obvias. La densa niebla era una. Si dejaban la orilla en sus canoas, se perderían en ella, como lo estaríamos nosotros si intentáramos movernos. Sin embargo, también había juzgado que la jungla de ambas orillas era bastante impenetrable—y sin embargo, había ojos en ella, ojos que nos habían visto. Los arbustos a orillas del río eran ciertamente muy espesos; pero el sotobosque detrás era evidentemente penetrable. Sin embargo, durante el breve levantamiento no vi canoas en ningún lugar de la extensión—ciertamente no frente a la lancha. Pero lo que hacía inconcebible para mí la idea de un ataque era la naturaleza del ruido—de los gritos que habíamos escuchado. No tenían el carácter feroz que presagiaba una intención hostil inmediata. Inesperados, salvajes y violentos como habían sido, me dieron una impresión irresistible de tristeza. El vistazo de la lancha, por alguna razón, había llenado a esos salvajes de un dolor desenfrenado. El peligro, si es que había alguno, expuse, provenía de nuestra proximidad a una gran pasión humana desatada. Incluso la tristeza extrema puede, en última instancia, manifestarse en violencia—pero más generalmente toma la forma de apatía...

"¡Deberías haber visto a los peregrinos mirar fijamente! No tenían corazón para sonreír, ni siquiera para maldecirme: pero creo que pensaban que me había vuelto loco—de miedo, tal vez. Di una conferencia regular. Mis queridos chicos, no valía la pena preocuparse. ¿Mantener una vigilancia? Bueno, puedes adivinar que vigilé la niebla buscando signos de levantamiento como un gato observa un ratón; pero para cualquier otra cosa, nuestros ojos no eran más útiles para nosotros que si hubiéramos estado enterrados a millas de profundidad en un montón de algodón. También se sentía así—sofocante, cálido, asfixiante. Además, todo lo que dije, aunque sonaba extravagante, era absolutamente cierto. Lo que luego aludimos como un ataque fue realmente un intento de repulsión. La acción estaba muy lejos de ser agresiva—ni siquiera fue defensiva, en el sentido habitual: se emprendió bajo la presión de la desesperación, y en su esencia fue puramente protectora.

"Se desarrolló, diría, dos horas después de que la niebla se levantara, y su comienzo fue en un lugar, hablando en términos generales, a unas milla y media abajo de la estación de Kurtz. Acabábamos de tambalearnos y revolotear alrededor de una curva, cuando vi un islote, una simple colina verde brillante, en medio del río. Era lo único de ese tipo; pero al abrir más la extensión, percibí que era la cabeza de un largo banco de arena, o más bien de una cadena de bancos poco profundos que se extendían por el medio del río. Estaban descoloridos, apenas a nivel del agua, y todo el conjunto se veía justo bajo el agua, exactamente como se ve la columna vertebral de un hombre corriendo por el medio de su espalda bajo la piel. Ahora, hasta donde pude ver, podría ir hacia la derecha o hacia la izquierda de esto. No conocía ninguno de los canales, por supuesto. Las orillas se veían bastante iguales, la profundidad parecía la misma; pero como me habían informado que la estación estaba en el lado oeste, naturalmente me dirigí al pasaje occidental.

"No bien habíamos entrado en él cuando me di cuenta de que era mucho más estrecho de lo que había supuesto. A la izquierda de nosotros estaba el largo banco de arena ininterrumpido, y a la derecha una alta orilla empinada densamente cubierta de arbustos. Sobre el arbusto, los árboles se alineaban en filas cerradas. Las ramitas sobresalían del corriente densamente, y de distancia en distancia, una gran rama de algún árbol se proyectaba rígidamente sobre el río. Era entonces bien entrada la tarde, la cara del bosque era som-

bría, y una ancha franja de sombra ya había caído sobre el agua. En esa sombra avanzamos a vapor— muy lentamente, como puedes imaginar. La conduje bien hacia la orilla— el agua era más profunda cerca de la orilla, como me informaba el palo de sondeo.

"Uno de mis hambrientos y pacientes amigos estaba sondeando en la proa justo debajo de mí. Esta lancha de vapor era exactamente como una barcaza con cubierta. En la cubierta, había dos pequeñas casitas de madera de teca, con puertas y ventanas. La caldera estaba en la parte delantera, y la maquinaria justo en la popa. Sobre todo, había un techo ligero, sostenido en postes. La chimenea sobresalía a través de ese techo, y frente a la chimenea, una pequeña cabina construida de tablas ligeras servía de casa de pilotaje. Contenía un sofá, dos taburetes de campamento, un Martini-Henry cargado apoyado en una esquina, una mesa diminuta, y el timón. Tenía una puerta ancha al frente y una persiana ancha a cada lado. Todas estas siempre estaban abiertas, por supuesto. Pasaba mis días encaramado allí en el extremo delantero de ese techo, frente a la puerta. Por la noche dormía, o intentaba dormir, en el sofá. Un negro atlético perteneciente a alguna tribu costera y educado por mi pobre predecesor, era el timonel. Llevaba un par de pendientes de bronce, vestía una túnica de tela azul desde la cintura hasta los tobillos, y se tenía en alta estima. Era el tipo más inestable de tonto que había visto. Timoneaba con un aire de arrogancia mientras estabas cerca; pero si perdía de vista a uno, se convertía instantáneamente en presa de un pánico abyecto, y dejaba que ese lisiado de lancha de vapor se le escapara de las manos en un minuto.

"Estaba mirando el palo de sondeo, y me sentía muy molesto al ver que cada vez más de él sobresalía de ese río, cuando vi que mi sondeador abandonaba el negocio de repente, y se tendía en la cubierta, sin siquiera tomarse la molestia de recoger su palo. Sin embargo, lo sostuvo, y se arrastraba en el agua. Al mismo tiempo, el fogonero, a quien también podía ver debajo de mí, se sentó bruscamente frente a su caldera y agachó la cabeza. Me sorprendí. Entonces tuve que mirar el río rápidamente, porque había un obstáculo en el canal. Palos, pequeños palos, volaban por todas partes— densos: pasaban zumbando ante mi nariz, cayendo debajo de mí, golpeando detrás de mí contra la casa de pilotaje. Todo este tiempo, el río, la orilla, los bosques, estaban muy tranquilos— perfectamente tranquilos. Solo podía escuchar el pesado chapoteo de la rueda de popa y el golpeteo de esas cosas.

Evitamos el obstáculo torpemente. ¡Flechas, por Dios! ¡Nos estaban disparando! Entré rápidamente para cerrar la persiana en el lado de la tierra. Ese tonto de timonel, con las manos en los radios, levantaba las rodillas alto, pisoteando los pies, masticando la boca, como un caballo frenado. ¡Maldita sea! Y estábamos tambaleándonos a diez pies de la orilla. Tuve que asomarme para cerrar la pesada persiana, y vi una cara entre las hojas a la altura de la mía, mirándome muy feroz y firme; y entonces, de repente, como si se hubiera quitado un velo de mis ojos, distinguí, en lo profundo de la enmarañada penumbra, pechos desnudos, brazos, piernas, ojos brillantes; el arbusto estaba lleno de miembros humanos en movimiento, relucientes de color bronce. Las ramitas temblaban, se balanceaban y susurraban, las flechas salían de ellas, y luego la persiana se cerró. ‘Guíala derecho,’ le dije al timonel. Mantuvo la cabeza rígida, cara al frente; pero sus ojos rodaban, seguía levantando y bajando los pies suavemente, su boca espumaba un poco. ‘¡Tranquilo!’ le dije furioso. Hubiera sido lo mismo que ordenar a un árbol que no se balanceara con el viento. Me precipité afuera. Debajo de mí había un gran alboroto de pies en la cubierta de hierro; exclamaciones confusas; una voz gritó, ‘¿Puedes regresar?’ Vislumbré un rizo en forma de V en el agua adelante. ¿Qué? ¡Otro obstáculo! Un tiroteo estalló bajo mis pies. Los peregrinos habían abierto fuego con sus Winchesters, y simplemente estaban rociando plomo en ese arbusto. Una gran cantidad de humo subió y avanzó lentamente. Lo maldije. Ahora no podía ver el rizo ni el obstáculo tampoco. Me paré en la puerta, mirando, y las flechas venían en enjambres. Podrían haber estado envenenadas, pero parecían que no matarían ni a un gato. El arbusto comenzó a aullar. Nuestros leñadores lanzaron un grito de guerra; el informe de un rifle justo detrás de mí me ensordeció. Miré por encima del hombro, y la casa de pilotaje aún estaba llena de ruido y humo cuando me lancé hacia el timón. El tonto negro había dejado todo, para abrir la persiana y disparar el Martini-Henry. Estaba frente a la abertura ancha, mirando con furia, y le grité que regresara, mientras enderezaba el giro repentino de esa lancha de vapor. No había espacio para girar, incluso si hubiera querido, el obstáculo estaba en algún lugar muy cerca adelante en ese humo condenado, no había tiempo que perder, así que simplemente la empujé hacia la orilla—directamente hacia la orilla, donde sabía que el agua era profunda.

"Rompimos lentamente a lo largo de los arbustos colgantes en un torbellino de ramitas rotas y hojas volando. El tiroteo abajo se detuvo de repente,

como había previsto que sucedería cuando los cargadores se vaciaran. Incliné la cabeza hacia atrás ante un zumbido reluciente que atravesó la casa de pilotaje, entrando por una abertura de la persiana y saliendo por la otra. Mirando más allá de ese timonel loco, que agitaba el rifle vacío y gritaba hacia la orilla, vi formas vagas de hombres corriendo encorvados, saltando, deslizándose, distintas, incompletas, evanescentes. Algo grande apareció en el aire frente a la persiana, el rifle cayó al agua, y el hombre retrocedió rápidamente, mirándome por encima del hombro de una manera extraordinaria, profunda, familiar, y cayó sobre mis pies. El lado de su cabeza golpeó el timón dos veces, y el extremo de lo que parecía una caña larga repiqueteó y derribó un pequeño taburete de campamento. Parecía que, después de arrancar eso de alguien en la orilla, había perdido el equilibrio en el esfuerzo. El humo delgado se había disipado, estábamos libres del obstáculo, y mirando adelante pude ver que en unos cien metros más o menos estaría libre para alejarme, lejos de la orilla; pero mis pies se sentían tan cálidos y mojados que tuve que mirar hacia abajo. El hombre había rodado sobre su espalda y me miraba fijamente; ambas manos agarraban esa caña. Era el asta de una lanza que, ya sea lanzada o empujada a través de la abertura, lo había alcanzado en el costado, justo debajo de las costillas; la hoja había entrado fuera de vista, después de hacer un corte espantoso; mis zapatos estaban llenos; un charco de sangre yacía muy quieto, brillando de un rojo oscuro bajo el timón; sus ojos brillaban con un brillo asombroso. El tiroteo estalló de nuevo. Me miró ansiosamente, agarrando la lanza como algo precioso, con un aire de miedo de que intentara quitársela. Tuve que hacer un esfuerzo para apartar mis ojos de su mirada y atender al timón. Con una mano busqué sobre mi cabeza la línea del silbato de vapor, y tiré screech tras screech apresuradamente. El tumulto de gritos airados y belicosos se detuvo instantáneamente, y luego, desde las profundidades del bosque, surgió un lamento tembloroso y prolongado de miedo triste y desesperación total, como puede imaginarse que sigue a la huida de la última esperanza de la tierra. Hubo una gran conmoción en el arbusto; la lluvia de flechas se detuvo, unos pocos disparos sueltos sonaron con fuerza—luego silencio, en el que el golpe lento de la rueda de popa llegó claramente a mis oídos. Puse el timón completamente a estribor en el momento en que el peregrino en pijamas rosas, muy agitado y acalorado, apareció en la puerta. ‘El gerente me envía — —’ comenzó en tono oficial, y se detuvo de golpe. ‘¡Dios mío!’ dijo, mirando al hombre herido.

"Nosotros dos blancos estábamos de pie sobre él, y su mirada luminosa y curiosa nos envolvía a ambos. Te juro que parecía como si estuviera a punto de hacernos algunas preguntas en un idioma comprensible; pero murió sin emitir un sonido, sin mover un miembro, sin contraer un músculo. Solo en el último momento, como si respondiera a alguna señal que no podíamos ver, a algún susurro que no podíamos oír, frunció el ceño pesadamente, y ese ceño dio a su máscara de muerte negra una expresión increíblemente sombría, rumiativa y amenazante. El brillo de la mirada curiosa se desvaneció rápidamente en una vacía vidriosidad. '¿Puedes timonear?' le pregunté al agente con ansiedad. Parecía muy dudoso; pero agarré su brazo, y entendió de inmediato que quería que timoneara, quisiera o no. Para decirte la verdad, estaba morbosamente ansioso por cambiarme los zapatos y los calcetines. 'Está muerto,' murmuró el tipo, inmensamente impresionado. 'Sin duda,' dije, tirando como un loco de los cordones de los zapatos. 'Y, por cierto, supongo que el Sr. Kurtz también está muerto a estas alturas.'

"Por el momento, ese era el pensamiento dominante. Había una sensación de extrema decepción, como si hubiera descubierto que había estado esforzándome por algo completamente sin sustancia. No podría haberme sentido más disgustado si hubiera viajado todo este camino con el único propósito de hablar con el Sr. Kurtz. Hablar con. ... Tiré un zapato por la borda, y me di cuenta de que eso era exactamente lo que había estado esperando—una charla con Kurtz. Hice el extraño descubrimiento de que nunca lo había imaginado haciendo, ya sabes, sino como discurseando. No me dije a mí mismo, 'Ahora nunca lo veré,' o 'Ahora nunca le daré la mano,' sino, 'Ahora nunca lo escucharé.' El hombre se presentaba como una voz. Por supuesto, no es que no lo relacionara con algún tipo de acción. ¿No me habían dicho en todos los tonos de celos y admiración que había recogido, comerciado, estafado, o robado más marfil que todos los otros agentes juntos? Ese no era el punto. El punto estaba en que era una criatura dotada, y que de todos sus dones, el que destacaba de manera preeminente, que llevaba consigo una sensación de verdadera presencia, era su habilidad para hablar, sus palabras—el don de la expresión, lo desconcertante, lo iluminador, lo más exaltado y lo más despreciable, la corriente pulsante de luz, o el flujo engañoso del corazón de una oscuridad impenetrable.

El otro zapato voló hacia el dios demonio de ese río. Pensé: "¡Por Júpiter! Todo ha terminado. Llegamos demasiado tarde; ha desaparecido—el don ha

desaparecido, por medio de alguna lanza, flecha o garrote. No escucharé a ese tipo hablar después de todo" — y mi pena tuvo una extravagancia de emoción sorprendente, como la que había notado en la pena aullante de esos salvajes en la selva. No podría haberme sentido más desolado, de alguna manera, si me hubieran robado una creencia o hubiera perdido mi destino en la vida. ... ¿Por qué suspiras de esta manera bestial, alguien? ¿Absurdo? Bueno, absurdo. ¡Dios mío! ¿No debe un hombre alguna vez — — Aquí, dame algo de tabaco" ...

Hubo una pausa de profundo silencio, luego se encendió una cerilla, y el rostro delgado de Marlow apareció, desgastado, hueco, con pliegues descendentes y párpados caídos, con un aspecto de atención concentrada; y mientras tomaba vigorosas bocanadas de su pipa, parecía retroceder y avanzar desde la noche en el parpadeo regular de la pequeña llama. La cerilla se apagó.

"¡Absurdo!" gritó. "Esto es lo peor de intentar contar... Aquí están todos ustedes, cada uno anclado con dos buenas direcciones, como un casco con dos anclas, un carnicero en una esquina, un policía en otra, excelentes apetitos y temperatura normal — escuchan — normal de un año a otro. Y dicen, ¡Absurdo! ¡Absurdo sea — explotado! ¡Absurdo! Mis queridos amigos, ¿qué pueden esperar de un hombre que por pura nerviosidad acaba de tirar por la borda un par de zapatos nuevos! Ahora que lo pienso, es asombroso que no derramara lágrimas. En general, estoy orgulloso de mi fortaleza. Me dolió profundamente la idea de haber perdido el inestimable privilegio de escuchar al talentoso Kurtz. Por supuesto que estaba equivocado. El privilegio me estaba esperando. Oh, sí, escuché más que suficiente. Y tenía razón, también. Una voz. Era muy poco más que una voz. Y escuché — a él — a eso — esta voz — otras voces — todas eran tan poco más que voces — y la memoria de ese tiempo mismo perdura a mi alrededor, impalpable, como una vibración moribunda de una inmensa parrafada, tonta, atroz, sórdida, salvaje, o simplemente mezquina, sin ningún tipo de sentido. Voces, voces — incluso la propia chica — ahora — —"

Guardó silencio durante mucho tiempo.

"Al final enterré el fantasma de sus dones con una mentira," comenzó de repente. "¡Chica! ¿Qué? ¿Mencioné a una chica? Oh, ella está fuera de esto — completamente. Ellas — las mujeres, quiero decir — están fuera de esto —"

deberían estar fuera de esto. Debemos ayudarlas a quedarse en ese hermoso mundo propio, para que el nuestro no empeore. Oh, ella tenía que estar fuera de esto. Deberías haber oído al desenterrado cuerpo del Sr. Kurtz diciendo, 'Mi Prometida'. Directamente habrías percibido entonces lo completamente fuera de esto que estaba ella. ¡Y el alto hueso frontal del Sr. Kurtz! Dicen que el cabello sigue creciendo a veces, pero este—ah—especimen, era impresionantemente calvo. La selva lo había acariciado en la cabeza, y, ¡he aquí! era como una bola—una bola de marfil; lo había acariciado, y— ¡lo!—se había marchitado; lo había tomado, lo había amado, lo había abrazado, había entrado en sus venas, había consumido su carne y había sellado su alma con sus propios inconcebibles ceremoniales de alguna iniciación diabólica. Era su favorito malcriado y mimado. ¿Marfil? ¡Yo diría que sí! Montones de él, pilas de él. La vieja choza de barro estaba reventando de él. Pensarías que no quedaba un solo colmillo ni por encima ni por debajo del suelo en todo el país. 'En su mayoría fósil,' había comentado el gerente, despectivamente. No era más fósil que yo; pero lo llaman fósil cuando lo desentierran. Parece que estos negros a veces entierran los colmillos—pero evidentemente no pudieron enterrar este paquete lo suficientemente profundo como para salvar al talentoso Sr. Kurtz de su destino. Llenamos la lancha de vapor con él, y tuvimos que apilar mucho en la cubierta. Así él podía ver y disfrutar mientras pudiera ver, porque la apreciación de este favor permaneció con él hasta el final. Deberías haberlo oído decir, 'Mi marfil'. Oh, sí, lo oí. 'Mi Prometida, mi marfil, mi estación, mi río, mi — —' todo le pertenecía a él. Me hizo contener la respiración en expectativa de escuchar a la selva estallar en una carcajada prodigiosa que sacudiría las estrellas fijas en sus lugares. Todo le pertenecía a él—pero eso era una nimiedad. La cuestión era saber a qué pertenecía él, cuántos poderes de la oscuridad lo reclamaban como suyo. Esa fue la reflexión que te ponía los pelos de punta. Era imposible—tampoco era bueno para uno—tratar de imaginar. Había tomado un alto asiento entre los demonios de la tierra—lo digo literalmente. No puedes entender. ¿Cómo podrías?—con pavimento sólido bajo tus pies, rodeado de vecinos amables listos para animarte o para atacarte, caminando delicadamente entre el carnicero y el policía, en el santo terror del escándalo y la horca y los manicomios—¿cómo puedes imaginar a qué región particular de las primeras eras pueden llevar a un hombre sus pies desenfrenados por el camino de la soledad—soledad total sin un policía—por el camino del silencio—silencio total, donde no se puede escuchar la voz de advertencia de

un vecino amable susurrando sobre la opinión pública? Estas pequeñas cosas marcan toda la gran diferencia. Cuando se van, debes recurrir a tu propia fuerza innata, a tu propia capacidad para la fidelidad. Por supuesto, puedes ser demasiado tonto para equivocarte—demasiado torpe incluso para saber que estás siendo asaltado por los poderes de la oscuridad. Creo que ningún tonto ha hecho nunca un pacto por su alma con el diablo; el tonto es demasiado tonto, o el diablo demasiado diablo—no sé cuál. O puedes ser una criatura tan extraordinariamente exaltada que seas completamente sorda y ciega a cualquier cosa que no sean visiones y sonidos celestiales. Entonces la tierra para ti es solo un lugar para pararse—y si ser así es tu pérdida o tu ganancia, no pretendo decirlo. Pero la mayoría de nosotros no somos ni lo uno ni lo otro. La tierra para nosotros es un lugar para vivir, donde debemos soportar vistas, sonidos, olores también, ¡por Júpiter!—respirar hipopótamo muerto, por así decirlo, y no contaminarnos. Y ahí, ¿no ves? Ahí entra tu fuerza, la fe en tu capacidad para cavar agujeros discretos para enterrar las cosas—tu poder de devoción, no a ti mismo, sino a un oscuro y agotador negocio. Y eso es bastante difícil. Fíjate, no estoy tratando de excusar ni siquiera explicar—estoy tratando de darme cuenta de—de—el Sr. Kurtz—del espectro del Sr. Kurtz. Esta sombra iniciada desde el trasfondo de la Nada me honró con su asombrosa confianza antes de desvanecerse por completo. Esto fue porque podía hablar inglés conmigo. El Kurtz original había sido educado en parte en Inglaterra, y—como él mismo dijo—sus simpatías estaban en el lugar correcto. Su madre era mitad inglesa, su padre mitad francés. Toda Europa contribuyó a la creación de Kurtz; y poco a poco aprendí que, muy apropiadamente, la Sociedad Internacional para la Supresión de Costumbres Salvajes le había encargado hacer un informe, para su futura orientación. Y lo había escrito, también. Lo he visto. Lo he leído. Era elocuente, vibrante de elocuencia, pero demasiado exaltado, creo. ¡Diecisiete páginas de escritura apretada para las que encontró tiempo! Pero esto debe haber sido antes de que sus—digamos—nervios, fallaran, y lo llevaran a presidir ciertos bailes de medianoche que terminaban con ritos indescriptibles, que—hasta donde he comprendido a regañadientes por lo que escuché en varias ocasiones—le eran ofrecidos a él—¿entiendes?—al Sr. Kurtz mismo. Pero era un hermoso escrito. El párrafo de apertura, sin embargo, a la luz de la información posterior, me parece ahora ominoso. Comenzaba con el argumento de que nosotros los blancos, desde el punto de desarrollo al que habíamos llegado, 'debemos necesariamente aparecer ante

ellos [los salvajes] como seres sobrenaturales—nos acercamos a ellos con el poder de una deidad,' y así sucesivamente. 'Por el simple ejercicio de nuestra voluntad podemos ejercer un poder para el bien prácticamente ilimitado,' etc., etc. Desde ese punto se elevó y me llevó con él. La peroración fue magnífica, aunque difícil de recordar, ya sabes. Me dio la idea de una Inmensidad exótica gobernada por una Augusta Benevolencia. Me hizo estremecerme de entusiasmo. Este era el poder ilimitado de la elocuencia—de las palabras—de las nobles palabras ardientes. No había consejos prácticos para interrumpir la corriente mágica de frases, a menos que una especie de nota al pie de la última página, evidentemente escrita mucho más tarde, con una mano temblorosa, pueda considerarse como la exposición de un método. Era muy simple, y al final de ese conmovedor llamado a cada sentimiento altruista, brillaba ante ti, luminoso y aterrador, como un rayo en un cielo sereno: '¡Exterminen a todos los salvajes!' Lo curioso era que aparentemente había olvidado todo sobre ese valioso postscriptum, porque, más tarde, cuando en cierto sentido volvió en sí, repetidamente me suplicó que cuidara bien de 'mi folleto' (lo llamaba así), ya que seguramente tendría en el futuro una buena influencia en su carrera. Tenía información completa sobre todas estas cosas, y además, como resultó, debía cuidar de su memoria. He hecho lo suficiente para tener el derecho indiscutible de dejarla, si quiero, para un descanso eterno en el basurero del progreso, entre todos los desechos y, figuradamente hablando, todos los gatos muertos de la civilización. Pero entonces, ¿ves? No puedo elegir. No será olvidado. Sea lo que sea, no era común. Tenía el poder de encantar o asustar almas rudimentarias en una danza bruñil agravada en su honor; también podía llenar las pequeñas almas de los peregrinos con amargas dudas: tenía al menos un amigo devoto, y había conquistado una alma en el mundo que no era rudimentaria ni estaba contaminada con el egoísmo. No; no puedo olvidarlo, aunque no estoy preparado para afirmar que el tipo valía exactamente la vida que perdimos al llegar a él. Extrañé terriblemente a mi timonel fallecido,—lo extrañé incluso mientras su cuerpo aún yacía en la casa de pilotaje. Quizás pienses que es algo extraño este lamento por un salvaje que no tenía más valor que un grano de arena en un Sahara negro. Bueno, ¿no ves? Había hecho algo, había dirigido; durante meses lo tuve a mis espaldas—una ayuda—un instrumento. Fue una especie de sociedad. Él dirigía para mí—yo tenía que cuidarlo, me preocupaba por sus deficiencias, y así se creó un vínculo sutil, del cual solo me di cuenta cuando se rompió de repente. Y la profunda intimidad de esa

mirada que me dio cuando recibió su herida permanece hasta hoy en mi memoria—como una afirmación de parentesco distante en un momento supremo.

"¡Pobre tonto! Si tan solo hubiera dejado esa persiana en paz. No tenía restricción, no tenía restricción—igual que Kurtz—un árbol balanceado por el viento. Tan pronto como me puse un par de zapatillas secas, lo arrastré afuera, después de sacar la lanza de su costado, operación que confieso realicé con los ojos bien cerrados. Sus talones se unieron sobre el pequeño escalón; sus hombros se presionaron contra mi pecho; lo abracé por detrás desesperadamente. ¡Oh! Era pesado, pesado; más pesado que cualquier hombre en la tierra, imagino. Luego, sin más preámbulos, lo tiré por la borda. La corriente lo agarró como si hubiera sido una brizna de hierba, y vi el cuerpo rodar dos veces antes de perderlo de vista para siempre. Todos los peregrinos y el gerente estaban entonces congregados en la cubierta con todo alrededor de la casa de pilotaje, parloteando entre sí como un grupo de urracas emocionadas, y hubo un murmullo escandalizado ante mi prontitud despiadada. No puedo adivinar qué querían hacer con ese cuerpo colgando. Embalsamarlo, tal vez. Pero también había escuchado otro murmullo, y muy ominoso, en la cubierta de abajo. Mis amigos los leñadores también estaban escandalizados, y con una mejor muestra de razón—aunque admito que la razón misma era completamente inadmisibles. ¡Oh, completamente! Había decidido que si mi timonel fallecido iba a ser comido, solo los peces debían tenerlo. Había sido un timonel de segunda categoría mientras estaba vivo, pero ahora que estaba muerto podría haber llegado a ser una tentación de primera clase, y posiblemente causar algún problema sorprendente. Además, estaba ansioso por tomar el timón, ya que el hombre en pijamas rosas se mostró completamente incompetente en el negocio.

"Esto lo hice directamente después de que terminó el simple funeral. Íbamos a media velocidad, manteniéndonos justo en el medio del río, y escuché la conversación a mi alrededor. Habían renunciado a Kurtz, habían renunciado a la estación; Kurtz estaba muerto, y la estación había sido quemada—y así sucesivamente—y así sucesivamente. El peregrino pelirrojo estaba fuera de sí con la idea de que al menos este pobre Kurtz había sido adecuadamente vengado. '¡Díganme! Debimos haber hecho una matanza gloriosa de ellos en la selva. ¿Eh? ¿Qué piensan? ¡Díganme!' Positivamente bailaba, el sanguinario pequeño diablo pelirrojo. ¡Y casi se había desmaya-

do cuando vio al hombre herido! No pude evitar decir, 'Hicieron una gloriosa cantidad de humo, en todo caso.' Había visto, por la forma en que las copas de los arbustos se movían y volaban, que casi todos los disparos habían ido demasiado altos. No puedes acertar a nada a menos que apuntes y dispa- res desde el hombro; pero estos tipos disparaban desde la cadera con los ojos cerrados. La retirada, sostuve—y tenía razón—fue causada por los chillidos del silbato de vapor. Ante esto olvidaron a Kurtz, y comenzaron a au- llarme con protestas indignadas.

"El gerente estaba junto al timón murmurando confidencialmente sobre la necesidad de alejarse bien río abajo antes del anochecer en cualquier caso, cuando vi a lo lejos un claro en la orilla del río y los contornos de algún tipo de edificio. '¿Qué es esto?' pregunté. Aplaudió con asombro. '¡La estación!' gritó. Me acerqué de inmediato, todavía yendo a media velocidad.

"A través de mis binoculares vi la pendiente de una colina salpicada de árboles raros y perfectamente libre de maleza. Un edificio largo y en des- composición en la cima estaba medio enterrado en la hierba alta; los gran- des agujeros en el techo puntiagudo se abrían negros desde lejos; la jungla y los bosques formaban un fondo. No había ningún cercado o valla de ningún tipo; pero aparentemente había uno, ya que cerca de la casa quedaban me- dio a docena de postes delgados en una fila, toscamente recortados, y con sus extremos superiores ornamentados con bolas redondas talladas. Los rie- les, o lo que fuera que había entre ellos, habían desaparecido. Por supuesto, el bosque rodeaba todo eso. La orilla del río estaba despejada, y en el borde del agua vi a un hombre blanco bajo un sombrero como una rueda de carre- ta haciendo señas persistentemente con todo el brazo. Examinando el borde del bosque arriba y abajo, casi estaba seguro de ver movimientos—formas humanas deslizándose aquí y allá. Navegué prudentemente, luego detuve los motores y dejé que la lancha derivara río abajo. El hombre en la orilla comenzó a gritar, instándonos a desembarcar. 'Nos han atacado,' gritó el gerente. 'Lo sé—lo sé. Está bien,' gritó de vuelta el otro, tan alegre como se puede. 'Vengan. Está bien. Estoy contento.'

"Su aspecto me recordó algo que había visto—algo divertido que había visto en algún lugar. Mientras maniobraba para acercarme, me preguntaba, '¿A qué se parece este tipo?' De repente lo capté. Se parecía a un arlequín. Su ropa probablemente había sido hecha de algún material marrón holan-

dés, pero estaba cubierta de parches por todas partes, con parches brillantes, azules, rojos y amarillos—parches en la espalda, parches en el frente, parches en los codos, en las rodillas; ribetes de colores alrededor de su chaqueta, borde escarlata en la parte inferior de sus pantalones; y la luz del sol lo hacía parecer extremadamente alegre y maravillosamente limpio, porque podías ver cuán hermosamente se había hecho todo este parcheo. Un rostro sin barba, juvenil, muy claro, sin rasgos notables, nariz pelada, pequeños ojos azules, sonrisas y ceños fruncidos persiguiéndose uno a otro sobre ese rostro abierto como el sol y la sombra en una llanura barrida por el viento. ‘¡Cuidado, capitán!’ gritó; ‘hay un obstáculo atascado aquí desde anoche.’ ‘¿Qué? ¿Otro obstáculo? Confieso que maldije vergonzosamente. Casi había agujereado mi barco lisiado, para terminar ese encantador viaje. El arlequín en la orilla levantó su pequeña nariz respingona hacia mí. ‘¿Inglés?’ preguntó, todo sonrisas. ‘¿Eres?’ grité desde el timón. Las sonrisas desaparecieron, y sacudió la cabeza como si lamentara mi decepción. Luego se animó. ‘¡No importa!’ gritó alentador. ‘¿Llegamos a tiempo?’ pregunté. ‘Está ahí arriba,’ respondió, con un movimiento de cabeza hacia la colina, y volviéndose sombrío de repente. Su rostro era como el cielo otoñal, nublado un momento y brillante al siguiente.

"Cuando el gerente, escoltado por los peregrinos, todos armados hasta los dientes, se fue a la casa, este tipo subió a bordo. ‘Digo, no me gusta esto. Estos nativos están en la selva,’ dije. Me aseguró con vehemencia que estaba bien. ‘Son gente sencilla,’ añadió; ‘bueno, me alegro de que hayas venido. Me llevó todo mi tiempo mantenerlos alejados.’ ‘Pero dijiste que estaba bien,’ grité. ‘Oh, no querían hacer daño,’ dijo; y mientras lo miraba, se corrigió a sí mismo, ‘No exactamente.’ Luego, vivazmente, ‘¡Por mi fe, tu casa de pilotaje necesita una limpieza!’ En el siguiente aliento me aconsejó mantener suficiente vapor en la caldera para hacer sonar el silbato en caso de cualquier problema. ‘Un buen chillido hará más por ti que todos tus rifles. Son gente sencilla,’ repitió. Parloteaba a tal velocidad que casi me abrumó. Parecía estar tratando de compensar por mucho silencio, y realmente insinuó, riendo, que ese era el caso. ‘¿No hablas con el Sr. Kurtz?’ dije. ‘No hablas con ese hombre—lo escuchas,’ exclamó con severa exaltación. ‘Pero ahora—’ Agitó el brazo, y en un abrir y cerrar de ojos estaba en las profundidades más extremas de la desesperación. En un momento volvió a subir de un salto, se apoderó de mis manos, las sacudió continuamente, mientras parloteaba: ‘Hermano marinero... honor... placer... deleite... pre-

sentarme... ruso... hijo de un archipreste... Gobierno de Tambov... ¿Qué? ¡Tabaco! Tabaco inglés; ¡el excelente tabaco inglés! Ahora, eso es fraternidad. ¿Fumas? ¿Dónde está un marinero que no fuma?’

"La pipa lo calmó, y poco a poco me enteré de que se había escapado de la escuela, se había embarcado en un barco ruso; se volvió a escapar; sirvió algún tiempo en barcos ingleses; ahora estaba reconciliado con el archipreste. Hizo hincapié en eso. ‘Pero cuando uno es joven debe ver cosas, acumular experiencias, ideas; ensanchar la mente.’ ‘¡Aquí!’ interrumpí. ‘¡Nunca se sabe! Aquí he conocido al Sr. Kurtz,’ dijo, solemne y reprochador. Guardé silencio después de eso. Parece que había persuadido a una casa comercial holandesa en la costa para que lo equipara con provisiones y bienes, y había partido hacia el interior con un corazón ligero y sin más idea de lo que le sucedería que un bebé. Había estado vagando por ese río durante casi dos años solo, aislado de todos y de todo. ‘No soy tan joven como parezco. Tengo veinticinco,’ dijo. ‘Al principio, el viejo Van Shuyten me decía que me fuera al diablo,’ narró con gran disfrute; ‘pero me mantuve firme, y hablé y hablé, hasta que al final tuvo miedo de que hablara la pata trasera de su perro favorito, así que me dio algunas cosas baratas y unos pocos rifles, y me dijo que esperaba no volver a ver mi cara nunca más. Buen viejo holandés, Van Shuyten. Le envié un pequeño lote de marfil hace un año, para que no me llamara pequeño ladrón cuando regresara. Espero que lo haya recibido. Y por lo demás no me importa. Te había apilado algo de madera. Esa era mi vieja casa. ¿La viste?’

"Le di el libro de Towson. Hizo como si me fuera a besar, pero se contuvo. ‘El único libro que me quedaba, y pensé que lo había perdido,’ dijo, mirándolo extasiado. ‘Tantas cosas le suceden a un hombre que anda solo, ya sabes. A veces se vuelcan las canoas—y a veces tienes que salir corriendo tan rápido cuando la gente se enoja.’ Pasó las páginas. ‘¿Hiciste anotaciones en ruso?’ pregunté. Asintió. ‘Pensé que estaban escritas en cifra,’ dije. Se rió, luego se puso serio. ‘Tuve muchos problemas para mantener a esta gente alejada,’ dijo. ‘¿Querían matarte?’ pregunté. ‘¡Oh, no!’ gritó, y se contuvo. ‘¿Por qué nos atacaron?’ continué. Dudó, luego dijo avergonzado, ‘No quieren que él se vaya.’ ‘¿No?’ dije con curiosidad. Asintió con la cabeza lleno de misterio y sabiduría. ‘Te lo digo,’ gritó, ‘este hombre ha ampliado mi mente.’ Abrió los brazos de par en par, mirándome con sus pequeños ojos azules perfectamente redondos."

CAPÍTULO III

"Lo miré, perdido en el asombro. Allí estaba ante mí, con su vestimenta de arlequín, como si se hubiera escapado de una troupe de mimos, entusiasmado, fabuloso. Su existencia misma era improbable, inexplicable y completamente desconcertante. Era un problema insoluble. Era inconcebible cómo había existido, cómo había logrado llegar tan lejos, cómo había conseguido permanecer allí—por qué no había desaparecido instantáneamente. ‘Fui un poco más lejos,’ dijo, ‘luego un poco más lejos—hasta que fui tan lejos que no sé cómo regresaré. No importa. Hay mucho tiempo. Puedo manejarlo. Llévate a Kurtz rápido—rápido, te digo.’ El encanto de la juventud envolvía sus harapos multicolores, su desamparo, su soledad, la desolación esencial de sus andanzas fútiles. Durante meses—durante años—su vida no había valido ni un día; y allí estaba, gallardamente, sin pensar, vivo, a todas luces indestructible, únicamente por la virtud de sus pocos años y de su audacia irreflexiva. Me sentí seducido por algo parecido a la admiración—a la envidia. El glamour lo impulsaba, el glamour lo mantenía ileso. Seguramente no quería nada del desierto, salvo espacio para respirar y seguir adelante. Su necesidad era existir y avanzar con el mayor riesgo posible y con la máxima privación. Si alguna vez el espíritu absolutamente puro, no calculador, no práctico de la aventura había gobernado a un ser humano, gobernaba a este joven lleno de remiendos. Casi lo envidié por poseer esta llama modesta y clara. Parecía haber consumido todo pensamiento de sí mismo tan completamente que, incluso mientras te hablaba, olvidabas que era él—el hombre ante tus ojos—quien había pasado por estas cosas. Sin embargo, no envidié su devoción por Kurtz. No la había meditado. Le llegó, y la aceptó con una

especie de fatalismo ansioso. Debo decir que, para mí, parecía la cosa más peligrosa en todos los sentidos con la que se había encontrado hasta ahora.

"Habían llegado juntos inevitablemente, como dos barcos a la deriva cerca uno del otro, y al final se rozaron. Supongo que Kurtz quería una audiencia, porque en una ocasión, cuando estaban acampados en el bosque, habían hablado toda la noche, o más probablemente Kurtz había hablado. 'Hablamos de todo,' dijo, completamente transportado por el recuerdo. 'Olvidé que existía algo como el sueño. La noche no pareció durar una hora. ¡Todo! ¡Todo!... También del amor.' 'Ah, te habló de amor,' dije, muy divertido. 'No es lo que piensas,' gritó, casi apasionadamente. 'Era en general. Me hizo ver cosas—cosas.'

"Levantó los brazos. Estábamos en la cubierta en ese momento, y el capataz de mis leñadores, descansando cerca, dirigió hacia él sus ojos pesados y brillantes. Miré alrededor, y no sé por qué, pero te aseguro que nunca, nunca antes, esta tierra, este río, esta jungla, el mismo arco de este cielo abrasador, me parecieron tan desesperados y tan oscuros, tan impenetrables al pensamiento humano, tan despiadados con la debilidad humana. 'Y desde entonces, ¿has estado con él, por supuesto?' dije.

"Al contrario. Parece que su relación había sido muy interrumpida por varias causas. Había, como me informó orgullosamente, logrado cuidar a Kurtz durante dos enfermedades (lo mencionó como si se tratara de una hazaña arriesgada), pero por lo general Kurtz vagaba solo, en lo profundo del bosque. 'Muy a menudo al venir a esta estación, tenía que esperar días y días antes de que apareciera,' dijo. '¡Ah, valía la pena esperar!—a veces.' '¿Qué estaba haciendo? ¿Explorando o qué?' pregunté. 'Oh, sí, por supuesto;' había descubierto muchos pueblos, un lago también—no sabía exactamente en qué dirección; era peligroso indagar demasiado—pero principalmente sus expediciones eran por marfil. 'Pero no tenía bienes para comerciar en ese momento,' objeté. 'Aún quedaban muchas balas,' respondió, mirando hacia otro lado. 'Para hablar claramente, estaba saqueando el país,' dije. Asintió. 'No solo, seguro.' Murmuró algo sobre los pueblos alrededor de ese lago. 'Kurtz consiguió que la tribu lo siguiera, ¿verdad?' sugerí. Se movió inquieto. 'Lo adoraban,' dijo. El tono de estas palabras era tan extraordinario que lo miré con atención. Era curioso ver su mezcla de entusiasmo y renuencia a hablar de Kurtz. El hombre llenaba su vida, ocupaba sus pensamientos, influía en sus emociones. '¿Qué puedes esperar?' exclamó;

‘vino a ellos con truenos y relámpagos, ¿sabes?—y nunca habían visto nada igual—y era muy terrible. Podía ser muy terrible. No puedes juzgar al Sr. Kurtz como juzgarías a un hombre corriente. ¡No, no, no! Ahora—solo para darte una idea—no me importa decirte, un día quiso dispararme también—pero no lo juzgo.’ ‘¡Dispararte!’ grité ‘¿Para qué?’ ‘Bueno, tenía un pequeño lote de marfil que el jefe de ese pueblo cerca de mi casa me dio. Verás, solía cazar para ellos. Bueno, lo quería, y no aceptaba razones. Declaró que me dispararía a menos que le diera el marfil y luego me largara del país, porque podía hacerlo, y tenía ganas, y no había nada en la tierra que le impidiera matar a quien se le antojara. Y era verdad también. Le di el marfil. ¡Qué me importaba! Pero no me fui. No, no. No podía dejarlo. Tenía que ser cuidadoso, por supuesto, hasta que volviéramos a ser amigos por un tiempo. Luego tuvo su segunda enfermedad. Después de eso, tuve que mantenerme alejado; pero no me importó. Vivía la mayor parte del tiempo en esos pueblos del lago. Cuando bajaba al río, a veces se acercaba a mí, y a veces era mejor que tuviera cuidado. Este hombre sufrió demasiado. Odiaba todo esto, y de alguna manera no podía irse. Cuando tenía la oportunidad le suplicaba que intentara irse mientras hubiera tiempo; me ofrecí a regresar con él. Y decía que sí, y luego se quedaba; se iba de caza de marfil nuevamente; desaparecía durante semanas; se olvidaba de sí mismo entre esta gente—se olvidaba de sí mismo, ¿sabes?’ ‘¡Está loco!’ dije. Protestó indignado. El Sr. Kurtz no podía estar loco. Si lo hubiera oído hablar, solo dos días atrás, no me atrevería a insinuar tal cosa... Había tomado mis binoculares mientras hablábamos, y miraba la orilla, recorriendo el límite del bosque a cada lado y detrás de la casa. La conciencia de que había gente en esos arbustos, tan silenciosa, tan quieta—tan silenciosa y quieta como la casa en ruinas en la colina—me inquietaba. No había señales en la faz de la naturaleza de esta sorprendente historia que no se me había contado tanto como sugerido en exclamaciones desoladas, completadas con encogimientos de hombros, en frases interrumpidas, en insinuaciones que terminaban en profundos suspiros. Los bosques estaban inmóviles, como una máscara—pesados, como la puerta cerrada de una prisión—parecían con su aire de conocimiento oculto, de paciente expectativa, de silencio inalcanzable. El ruso me estaba explicando que solo últimamente el Sr. Kurtz había bajado al río, trayendo consigo a todos los hombres de pelea de esa tribu del lago. Había estado ausente durante varios meses—ganándose la adoración, supongo—y había bajado inesperadamente, con la intención al parecer de hacer una incursión ya sea

al otro lado del río o río abajo. Evidentemente, el apetito por más marfil había superado a las —¿cómo decirlo?— aspiraciones menos materiales. Sin embargo, había empeorado mucho repentinamente. ‘Escuché que estaba tirado, indefenso, así que subí—me arriesgué,’ dijo el ruso. ‘Oh, está mal, muy mal.’ Dirigí mis binoculares a la casa. No había señales de vida, pero allí estaba el techo en ruinas, la larga pared de barro asomando por encima de la hierba, con tres pequeñas ventanas cuadradas, no dos del mismo tamaño; todo esto al alcance de mi mano, por así decirlo. Y luego hice un movimiento brusco, y uno de los postes restantes de esa valla desaparecida saltó en el campo de mis binoculares. ¿Recuerdas que te dije que me había sorprendido a la distancia por ciertos intentos de ornamentación, bastante notables en el aspecto ruinoso del lugar? Ahora tenía de repente una vista más cercana, y su primer resultado fue hacerme echar la cabeza hacia atrás como ante un golpe. Luego fui cuidadosamente de poste en poste con mis binoculares, y vi mi error. Estos botones redondos no eran ornamentales sino simbólicos; eran expresivos y desconcertantes, llamativos y perturbadores—alimento para el pensamiento y también para los buitres si hubiera habido alguno mirando desde el cielo; pero en todo caso para las hormigas industriales que subían por el poste. Habrían sido aún más impresionantes, esas cabezas en los postes, si sus rostros no hubieran estado vueltos hacia la casa. Solo una, la primera que había visto, estaba mirando hacia mí. No estaba tan sorprendido como podrías pensar. El sobresalto que tuve fue realmente nada más que un movimiento de sorpresa. Esperaba ver un botón de madera allí, ya sabes. Volví deliberadamente a la primera que había visto—y allí estaba, negra, seca, hundida, con los párpados cerrados—una cabeza que parecía dormir en la cima de ese poste, y, con los labios secos y encogidos mostrando una estrecha línea blanca de los dientes, sonreía, también, sonreía continuamente en algún sueño interminable y jocoso de ese eterno letargo.

"No estoy revelando ningún secreto comercial. De hecho, el gerente dijo después que los métodos del Sr. Kurtz habían arruinado el distrito. No tengo opinión al respecto, pero quiero que entiendas claramente que no había nada exactamente rentable en esas cabezas allí. Solo mostraban que al Sr. Kurtz le faltaba moderación en la gratificación de sus diversos deseos, que había algo que le faltaba—algún pequeño detalle que, cuando surgía la necesidad urgente, no podía encontrarse bajo su magnífica elocuencia. Si él sabía de esta deficiencia, no puedo decirlo. Creo que el conocimiento le lle-

gó al final—solo al final. Pero el desierto lo había descubierto temprano, y había tomado sobre él una terrible venganza por la invasión fantástica. Creo que le había susurrado cosas sobre sí mismo que él no sabía, cosas de las cuales no tenía concepto hasta que consultó con esta gran soledad—y el susurro resultó irresistiblemente fascinante. Resonaba fuertemente dentro de él porque estaba vacío por dentro... Bajé los binoculares, y la cabeza que había aparecido lo suficientemente cerca como para hablarle pareció de inmediato haber saltado lejos de mí, a una distancia inaccesible.

"El admirador del Sr. Kurtz estaba un poco abatido. Con una voz apresurada e indistinta comenzó a asegurarme que no se había atrevido a quitar esos—digamos, símbolos. No tenía miedo de los nativos; no se moverían hasta que el Sr. Kurtz diera la palabra. Su ascendencia era extraordinaria. Los campamentos de estas personas rodeaban el lugar, y los jefes venían todos los días a verlo. Se arrastraban... 'No quiero saber nada de las ceremonias utilizadas al acercarse al Sr. Kurtz,' grité. Curioso, este sentimiento que me invadió de que tales detalles serían más intolerables que esas cabezas secándose en los postes bajo las ventanas del Sr. Kurtz. Después de todo, eso era solo una visión salvaje, mientras que parecía haber sido transportado de un salto a alguna región sin luz de horrores sutiles, donde la pura y sencilla barbarie era un alivio positivo, siendo algo que tenía derecho a existir—obviamente—bajo el sol. El joven me miró con sorpresa. Supongo que no se le ocurrió que el Sr. Kurtz no era un ídolo para mí. Olvidó que no había escuchado ninguno de esos espléndidos monólogos sobre, ¿qué era? sobre el amor, la justicia, la conducta de la vida—o lo que fuera. Si hubiera llegado a arrastrarse ante el Sr. Kurtz, se arrastraba tanto como el más salvaje de todos ellos. No tenía idea de las condiciones, dijo: esas cabezas eran las cabezas de los rebeldes. Lo sorprendí excesivamente al reírme. ¿Rebeldes? ¿Cuál sería la próxima definición que iba a escuchar? Habían sido enemigos, criminales, trabajadores—y estos eran rebeldes. Esas cabezas rebeldes me parecían muy sumisas en sus postes. 'No sabes cómo una vida así prueba a un hombre como Kurtz,' gritó el último discípulo de Kurtz. 'Bueno, y tú?' dije. '¡Yo! ¡Yo! Soy un hombre sencillo. No tengo grandes pensamientos. No quiero nada de nadie. ¿Cómo puedes compararme con...?' Sus sentimientos eran demasiado para hablar, y de repente se derrumbó. 'No entiendo,' gimió. 'He estado haciendo todo lo posible para mantenerlo vivo, y eso es suficiente. No tuve nada que ver con todo esto. No tengo habilidades. No ha habido una gota de medicina ni un bocado de

comida para inválidos durante meses aquí. Fue abandonado vergonzosamente. Un hombre así, con tales ideas. ¡Vergonzosamente! ¡Vergonzosamente! Yo... yo... no he dormido en las últimas diez noches...'

"Su voz se perdió en la calma de la tarde. Las largas sombras del bosque habían descendido mientras hablábamos, habían ido más allá del cobertizo en ruinas, más allá de la fila simbólica de postes. Todo esto estaba en la penumbra, mientras nosotros, allá abajo, aún estábamos en la luz del sol, y la extensión del río frente al claro brillaba con un esplendor aún quieto y deslumbrante, con una curva sombría y oscurecida arriba y abajo. No se veía una alma viviente en la orilla. Los arbustos no se movieron.

"De repente, en la esquina de la casa apareció un grupo de hombres, como si hubieran salido de la tierra. Avanzaron a través de la hierba hasta la cintura, en un cuerpo compacto, llevando una camilla improvisada en su centro. Al instante, en el vacío del paisaje, surgió un grito cuya agudeza perforó el aire quieto como una flecha afilada volando directamente al corazón mismo de la tierra; y, como por encantamiento, corrientes de seres humanos—de seres humanos desnudos—con lanzas en sus manos, con arcos, con escudos, con miradas salvajes y movimientos salvajes, se vertieron en el claro por el bosque de caras oscuras y pensativas. Los arbustos se sacudieron, la hierba se balanceó por un tiempo, y luego todo quedó quieto en una inmovilidad atenta.

"'Ahora, si no les dice lo correcto, estamos todos condenados,' dijo el ruso a mi lado. El grupo de hombres con la camilla también se detuvo, a medio camino hacia el vapor, como petrificados. Vi al hombre en la camilla sentarse, flaco y con un brazo levantado, sobre los hombros de los portadores. 'Esperemos que el hombre que puede hablar tan bien del amor en general encuentre alguna razón particular para perdonarnos esta vez,' dije. Re-sentí amargamente el absurdo peligro de nuestra situación, como si estar a merced de ese espantoso fantasma hubiera sido una necesidad deshonrosa. No pude escuchar un sonido, pero a través de mis binoculares vi el brazo delgado extendido con autoridad, la mandíbula inferior moviéndose, los ojos de esa aparición brillando oscuramente en su cabeza huesuda que se movía con sacudidas grotescas. Kurtz—Kurtz, eso significa 'corto' en alemán—¿no? Bueno, el nombre era tan verdadero como todo lo demás en su vida—y muerte. Parecía medir al menos siete pies de largo. Su manto había caído, y su cuerpo emergió de él lastimoso y espantoso como de una morta-

ja. Pude ver la jaula de sus costillas agitándose, los huesos de su brazo ondeando. Era como si una imagen animada de la muerte tallada en marfil viejo hubiera estado sacudiendo su mano con amenazas a una multitud inmóvil de hombres hechos de bronce oscuro y brillante. Lo vi abrir la boca de par en par—le daba un aspecto vorazmente extraño, como si hubiera querido tragarse todo el aire, toda la tierra, todos los hombres frente a él. Una voz profunda me llegó débilmente. Debía estar gritando. Se desplomó repentinamente. La camilla tembló mientras los portadores se tambaleaban hacia adelante nuevamente, y casi al mismo tiempo noté que la multitud de salvajes se desvanecía sin ningún movimiento perceptible de retirada, como si el bosque que había expulsado a estos seres tan repentinamente los hubiera absorbido nuevamente como se aspira el aire en una larga inspiración.

"Algunos de los peregrinos detrás de la camilla llevaban sus armas: dos escopetas, un rifle pesado y una carabina ligera—los rayos de ese Júpiter lastimoso. El gerente se inclinó sobre él murmurando mientras caminaba junto a su cabeza. Lo dejaron en una de las pequeñas cabinas—solo un espacio para una cama y un par de taburetes de campamento, ya sabes. Habíamos traído su correspondencia atrasada, y un montón de sobres rasgados y cartas abiertas cubrían su cama. Su mano se movía débilmente entre estos papeles. Me llamó la atención el fuego de sus ojos y la languidez compuesta de su expresión. No era tanto el agotamiento de la enfermedad. No parecía estar en dolor. Esta sombra parecía saciada y tranquila, como si por el momento hubiera tenido su llenura de todas las emociones.

"Revolvió una de las cartas, y mirándome directamente a la cara dijo, 'Me alegra.' Alguien le había estado escribiendo sobre mí. Estas recomendaciones especiales volvían a aparecer. El volumen de tono que emitía sin esfuerzo, casi sin el problema de mover los labios, me asombró. ¡Una voz! ¡una voz! Era grave, profunda, vibrante, mientras que el hombre no parecía capaz de un susurro. Sin embargo, tenía suficiente fuerza en él—ficticia, sin duda—para casi ponernos fin a todos, como escucharás directamente.

"El gerente apareció silenciosamente en la puerta; salí de inmediato y él cerró la cortina detrás de mí. El ruso, mirado con curiosidad por los peregrinos, estaba mirando hacia la orilla. Seguí la dirección de su mirada.

"Se podían distinguir formas humanas oscuras a lo lejos, deslizándose indistintamente contra el borde sombrío del bosque, y cerca del río dos figu-

ras de bronce, apoyadas en largas lanzas, estaban bajo el sol con tocados fantásticos de pieles moteadas, guerreros e inmóviles en una calma escultural. Y de derecha a izquierda a lo largo de la orilla iluminada se movía una aparición salvaje y magnífica de una mujer."

"Caminaba con pasos medidos, envuelta en telas rayadas y con flecos, pisando la tierra con orgullo, con un ligero tintineo y destello de adornos bárbaros. Llevaba la cabeza erguida; su cabello estaba peinado en forma de casco; tenía calentadores de bronce hasta las rodillas, guanteletes de alambre de bronce hasta el codo, una mancha carmesí en su mejilla tostada, innumerables collares de cuentas de vidrio en su cuello; cosas bizarras, amuletos, regalos de hechiceros, que colgaban a su alrededor, brillando y temblando a cada paso. Debía tener el valor de varios colmillos de elefante sobre ella. Era salvaje y magnífica, de ojos salvajes y espléndida; había algo ominoso y majestuoso en su progreso deliberado. Y en el silencio que había caído repentinamente sobre toda la tierra triste, la inmensa selva, el colosal cuerpo de la vida fecunda y misteriosa parecía mirarla, pensativa, como si hubiera estado mirando la imagen de su propia alma tenebrosa y apasionada.

"Llegó al lado del vapor, se detuvo y nos enfrentó. Su larga sombra caía hasta el borde del agua. Su rostro tenía un aspecto trágico y feroz de pena salvaje y de dolor mudo mezclado con el temor de alguna resolución luchadora y a medio formar. Se quedó mirándonos sin moverse, y como la propia selva, con un aire de meditación sobre un propósito inescrutable. Pasó un minuto entero, y luego dio un paso adelante. Hubo un leve tintineo, un destello de metal amarillo, un balanceo de telas con flecos, y se detuvo como si su corazón la hubiera fallado. El joven a mi lado gruñó. Los peregrinos murmuraron a mis espaldas. Ella nos miró a todos como si su vida dependiera de la firmeza inquebrantable de su mirada. De repente, abrió sus brazos desnudos y los levantó rígidos por encima de su cabeza, como en un deseo incontrollable de tocar el cielo, y al mismo tiempo las sombras rápidas se lanzaron sobre la tierra, rodearon el río, abarcando el vapor en un abrazo sombrío. Un formidable silencio se cernía sobre la escena.

"Se dio vuelta lentamente, caminó siguiendo la orilla y se internó en los arbustos a la izquierda. Solo una vez sus ojos brillaron hacia nosotros en el crepúsculo de los matorrales antes de desaparecer.

"Si hubiera ofrecido subir a bordo, realmente creo que habría intentado dispararle,' dijo nerviosamente el hombre de los parches. 'He estado arriesgando mi vida todos los días durante las últimas dos semanas para mantenerla fuera de la casa. Un día entró y armó un escándalo por esos trapos miserables que recogí en el almacén para remendar mi ropa. No era decente. Al menos debió ser eso, porque habló como una furia a Kurtz durante una hora, señalándome de vez en cuando. No entiendo el dialecto de esta tribu. Afortunadamente para mí, me parece que Kurtz se sentía demasiado enfermo ese día para importarle, o habría habido problemas. No entiendo... No—es demasiado para mí. Ah, bueno, ya todo ha terminado.'

"En ese momento escuché la profunda voz de Kurtz detrás de la cortina: '¡Sálvame! —salva el marfil, quieres decir. No me digas. ¡Sálvame! ¿Por qué? He tenido que salvarte. Ahora estás interrumpiendo mis planes. ¡Enfermo! ¡Enfermo! No tan enfermo como te gustaría creer. No importa. Aún llevaré a cabo mis ideas—regresaré. Te mostraré lo que se puede hacer. Tú con tus pequeñas nociones de comercio—me estás interfiriendo. Regresaré. Yo...'

"El gerente salió. Me hizo el honor de tomarme del brazo y llevarme aparte. 'Está muy débil, muy débil,' dijo. Consideró necesario suspirar, pero descuidó ser consistentemente afligido. 'Hemos hecho todo lo posible por él —¿no es así? Pero no se puede disfrazar el hecho, el Sr. Kurtz ha hecho más daño que bien a la Compañía. No vio que el momento no estaba maduro para una acción vigorosa. Con cautela, con cautela—ese es mi principio. Aún debemos ser cautelosos. El distrito está cerrado para nosotros por un tiempo. ¡Deplorable! En conjunto, el comercio sufrirá. No niego que hay una cantidad notable de marfil—mayormente fósil. Debemos salvarlo, en todo caso—pero mira lo precaria que es la situación—¿y por qué? Porque el método es insalubre.' '¿Llamas a eso “método insalubre”?' dije, mirando la orilla. 'Sin duda,' exclamó acaloradamente. '¿No lo crees?'... 'Ningún método en absoluto,' murmuré después de un rato. 'Exactamente,' exclamó. 'Anticipé esto. Muestra una completa falta de juicio. Es mi deber señalarlo en el lugar adecuado.' 'Oh,' dije, 'ese tipo—¿cómo se llama?—el fabricante de ladrillos, hará un informe legible para ti.' Pareció desconcertado por un momento. Me pareció que nunca había respirado una atmósfera tan vil, y mentalmente me volví hacia Kurtz en busca de alivio—positivamente en busca de alivio. 'Sin embargo, creo que el Sr. Kurtz es un hombre notable,' dije

con énfasis. Se sobresaltó, me lanzó una mirada pesada, dijo muy tranquilamente, 'Lo fue,' y me dio la espalda. Mi hora de favor había terminado; me encontré lumped junto con Kurtz como partidario de métodos para los cuales el momento no estaba maduro: ¡era insalubre! ¡Ah! pero era algo tener al menos una elección de pesadillas.

"Realmente me había vuelto hacia la selva, no hacia el Sr. Kurtz, quien, estaba dispuesto a admitir, estaba tan bueno como enterrado. Y por un momento me pareció como si yo también estuviera enterrado en una vasta tumba llena de secretos indescritibles. Sentí un peso intolerable oprimiendo mi pecho, el olor a tierra húmeda, la presencia invisible de una corrupción victoriosa, la oscuridad de una noche impenetrable... El ruso me dio una palmada en el hombro. Lo escuché murmurando y tartamudeando algo sobre 'compañero marinero — no podía ocultar — conocimiento de asuntos que afectarían la reputación del Sr. Kurtz.' Esperé. Evidentemente para él el Sr. Kurtz no estaba en su tumba; sospecho que para él el Sr. Kurtz era uno de los inmortales. '¡Bueno!' dije finalmente, 'habla claro. Resulta que soy amigo del Sr. Kurtz — de alguna manera.'

"Declaró con bastante formalidad que, de no haber sido 'de la misma profesión', habría mantenido el asunto para sí mismo sin tener en cuenta las consecuencias. 'Sospechaba que había una activa mala voluntad hacia él por parte de estos hombres blancos que...' 'Tienes razón,' dije, recordando cierta conversación que había escuchado. 'El gerente cree que deberías ser ahorcado.' Mostró una preocupación ante esta información que al principio me divirtió. 'Mejor será que me vaya discretamente,' dijo con seriedad. 'No puedo hacer más por Kurtz ahora, y pronto encontrarían alguna excusa. ¿Qué los detendría? Hay un puesto militar a trescientas millas de aquí.' 'Bueno, en verdad,' dije, 'tal vez sea mejor que te vayas si tienes algún amigo entre los salvajes cercanos.' 'Muchos,' dijo. 'Son gente sencilla — y no quiero nada, ya sabes.' Se quedó mordiendo su labio, luego: 'No quiero que les pase nada malo a estos blancos aquí, pero por supuesto estaba pensando en la reputación del Sr. Kurtz — pero tú eres un compañero marinero y...' 'Está bien,' dije, después de un tiempo. 'La reputación del Sr. Kurtz está a salvo conmigo.' No sabía cuán verdaderamente hablaba.

"Me informó, bajando la voz, que fue Kurtz quien había ordenado el ataque al vapor. 'Odiaba a veces la idea de ser llevado — y luego otra vez... Pero no entiendo estos asuntos. Soy un hombre sencillo. Pensó que los

asustaría y se irían, pensando que estaba muerto. No pude detenerlo. Oh, tuve un tiempo terrible este último mes.' 'Muy bien,' dije. 'Él está bien ahora.' 'Sí,' murmuró, aparentemente no muy convencido. 'Gracias,' dije; 'mantendré los ojos abiertos.' 'Pero en silencio—¿eh?' instó ansiosamente. 'Sería terrible para su reputación si alguien aquí...' Prometí una discreción completa con gran seriedad. 'Tengo una canoa y tres negros esperando no muy lejos. Me voy. ¿Podrías darme algunas cartuchos Martini-Henry?' Pude, y lo hice, con la debida discreción. Se ayudó a sí mismo, con un guiño hacia mí, a un puñado de mi tabaco. 'Entre marineros—ya sabes—buen tabaco inglés.' En la puerta de la caseta del piloto se dio la vuelta—'Oye, ¿no tienes un par de zapatos que puedas darme?' Levantó una pierna. 'Mira.' Las suelas estaban atadas con cuerdas anudadas a modo de sandalias bajo sus pies descalzos. Saqué un par viejo, que miró con admiración antes de meterlo bajo su brazo izquierdo. Uno de sus bolsillos (rojo brillante) estaba abultado con cartuchos, del otro (azul oscuro) asomaba 'Inquiry de Towson,' etc., etc. Parecía considerarse excelentemente bien equipado para un nuevo encuentro con la selva. '¡Ah! Nunca, nunca volveré a encontrarme con un hombre así. Deberías haberlo oído recitar poesía—también era suya, me dijo. ¡Poesía!' Revolvió los ojos al recordar esos deleites. '¡Oh, me ensanchó la mente!' 'Adiós,' dije. Él me estrechó la mano y desapareció en la noche. A veces me pregunto si realmente lo había visto alguna vez—¿si era posible encontrarme con semejante fenómeno!...

"Cuando me desperté poco después de la medianoche, su advertencia me vino a la mente con su insinuación de peligro que parecía, en la oscuridad estrellada, lo suficientemente real como para hacerme levantar con el propósito de echar un vistazo alrededor. En la colina, un gran fuego ardía, iluminando intermitentemente una esquina torcida de la estación. Uno de los agentes, con un grupo de nuestros negros armados para el propósito, estaba vigilando el marfil; pero dentro del bosque, destellos rojos que oscilaban, que parecían hundirse y elevarse desde el suelo entre formas confusas y columnadas de intensa negrura, mostraban la posición exacta del campamento donde los adoradores de Kurtz mantenían su vigilia inquieta. El monótono golpeteo de un gran tambor llenaba el aire con golpes amortiguados y una vibración persistente. Un sonido continuo de zumbidos de muchos hombres cantando cada uno para sí una extraña encantación salía de la negra pared plana del bosque como el zumbido de las abejas sale de una colmena, y tenía un efecto extraño y narcótico en mis sentidos medio despiertos. Creo

que me quedé dormido apoyado sobre la barandilla, hasta que un estallido repentino de gritos, un estallido abrumador de un frenesí misterioso y contenido, me despertó en un asombro desconcertado. Se cortó de golpe, y el zumbido bajo continuó con un efecto de silencio audible y reconfortante. Miré casualmente dentro de la pequeña cabina. Había una luz encendida dentro, pero el Sr. Kurtz no estaba allí.

"Creo que habría dado la voz de alarma si hubiera creído en mis ojos. Pero no les creí al principio—la cosa parecía tan imposible. El hecho es que estaba completamente desmoralizado por un miedo puro y abstracto, desconectado de cualquier forma concreta de peligro físico. Lo que hizo que esta emoción fuera tan abrumadora fue—¿cómo definirlo?—el choque moral que recibí, como si algo completamente monstruoso, intolerable para el pensamiento y odioso para el alma, me hubiera sido impuesto inesperadamente. Esto duró, por supuesto, la fracción más ínfima de un segundo, y luego la usual sensación de peligro mortal, ordinario, la posibilidad de un ataque repentino y una masacre, o algo por el estilo, que vi inminente, fue positivamente bienvenida y tranquilizadora. Me pacifiqué, de hecho, tanto que no di la alarma.

"Había un agente abotonado dentro de un abrigo durmiendo en una silla en la cubierta a tres pies de mí. Los gritos no lo habían despertado; roncaba muy ligeramente; lo dejé a sus sueños y salté a tierra. No traicioné al Sr. Kurtz—estaba ordenado que nunca lo traicionara—estaba escrito que debía ser leal a la pesadilla de mi elección. Estaba ansioso por tratar con esta sombra solo por mí mismo—y hasta el día de hoy no sé por qué era tan celoso de compartir con alguien la negrura peculiar de esa experiencia.

"Tan pronto como llegué a la orilla vi un sendero—un sendero ancho a través del pasto. Recuerdo la exaltación con la que me dije a mí mismo, 'No puede caminar—está arrastrándose a cuatro patas—lo tengo.' El pasto estaba húmedo con el rocío. Caminé rápidamente con los puños cerrados. Me imagino que tenía alguna vaga noción de caer sobre él y darle una paliza. No sé. Tenía algunos pensamientos imbéciles. La vieja tejiendo con el gato se me impuso en la memoria como una persona sumamente inapropiada para estar sentada al otro extremo de tal asunto. Vi una fila de peregrinos disparando plomo en el aire con Winchesters sostenidos a la cadera. Pensé que nunca volvería al vapor, y me imaginé viviendo solo y desarmado en el bosque hasta una edad avanzada. Cosas tan tontas, ya sabes. Y recuerdo que

confundí el latido del tambor con el latido de mi corazón, y me complació su calma regularidad.

"Me mantuve en el camino, aunque— luego me detuve a escuchar. La noche estaba muy clara; un espacio azul oscuro, brillante con rocío y luz de estrellas, en el que las cosas negras se mantenían muy quietas. Creí ver una especie de movimiento frente a mí. Estaba extrañamente seguro de todo esa noche. En realidad dejé el camino y corrí en un amplio semicírculo (creo que riendo para mis adentros) para ponerme delante de esa agitación, de ese movimiento que había visto— si es que había visto algo. Estaba rodeando a Kurtz como si fuera un juego de niños.

"Me encontré con él, y si no me hubiera oído llegar, me habría caído sobre él también, pero se levantó a tiempo. Se levantó, inestable, largo, pálido, indistinto, como un vapor exhalado por la tierra, y se balanceó ligeramente, nebuloso y silencioso ante mí; mientras a mis espaldas los fuegos se alzaban entre los árboles, y el murmullo de muchas voces salía del bosque. Lo había cortado hábilmente; pero cuando en realidad lo confronté, me pareció volver a mis sentidos, vi el peligro en su justa proporción. No había terminado todavía. ¿Supongamos que empezara a gritar? Aunque apenas podía mantenerse en pie, aún había mucha energía en su voz. 'Vete—escóndete,' dijo, en ese tono profundo. Era muy terrible. Miré hacia atrás. Estábamos a unos treinta metros del fuego más cercano. Una figura negra se levantó, caminó con largas piernas negras, agitando largos brazos negros, a través del resplandor. Tenía cuernos—cuernos de antílope, creo—en la cabeza. Algún hechicero, algún brujo, sin duda: parecía suficientemente demoníaco. '¿Sabes lo que estás haciendo?' susurré. 'Perfectamente,' respondió, elevando la voz para esa única palabra: me pareció lejana y al mismo tiempo fuerte, como un saludo a través de un megáfono. Si hace un ruido estamos perdidos, pensé. Esto claramente no era un caso para golpes, incluso aparte de la aversión muy natural que tenía a golpear esa Sombra—esta cosa errante y atormentada. 'Te perderás,' dije— 'completamente perdido.' A veces uno tiene tal inspiración, ya sabes. Dije lo correcto, aunque de hecho no podría haber estado más irremediabilmente perdido de lo que estaba en ese mismo momento, cuando los cimientos de nuestra intimidad estaban siendo establecidos—para durar—para durar—hasta el final—e incluso más allá.

"'Tenía planes inmensos,' murmuró indeciso. 'Sí,' dije; 'pero si intentas gritar, te romperé la cabeza con—' No había un palo ni una piedra cerca. 'Te

estrangularé para siempre,' me corregí. 'Estaba en el umbral de grandes cosas,' suplicó, en una voz de anhelo, con una nostalgia de tono que hizo que mi sangre se helara. 'Y ahora por este estúpido canalla—' 'Tu éxito en Europa está asegurado en cualquier caso,' afirmé con firmeza. No quería tener que estrangularlo, entiendes—y de hecho, no habría sido de mucha utilidad práctica. Traté de romper el hechizo—el pesado, mudo hechizo de la selva—que parecía atraerlo a su pecho despiadado mediante el despertar de instintos olvidados y brutales, mediante la memoria de pasiones gratificadas y monstruosas. Solo esto, estaba convencido, lo había llevado al borde del bosque, a la maleza, hacia el resplandor de los fuegos, el latido de los tambores, el zumbido de extrañas encantaciones; solo esto había seducido su alma ilegal más allá de los límites de las aspiraciones permitidas. Y, ¿no ves?, el terror de la situación no estaba en ser golpeado en la cabeza—aunque también tenía una sensación muy viva de ese peligro—sino en esto, que tenía que tratar con un ser a quien no podía apelar en nombre de nada ni alto ni bajo. Tenía, como los nativos, que invocar a él—él mismo—su propia degradación exaltada e increíble. No había nada ni por encima ni por debajo de él, y lo sabía. Se había desatado de la tierra. ¡Confunda al hombre! había hecho pedazos la propia tierra. Estaba solo, y yo delante de él no sabía si estaba de pie en el suelo o flotando en el aire. He estado contándote lo que dijimos—repitiendo las frases que pronunciamos—pero ¿de qué sirve? Eran palabras comunes, cotidianas—los sonidos familiares, vagos, intercambiados en cada día de la vida. Pero, ¿y qué? Tenían detrás de ellas, para mí, la sugerencia aterradora de palabras escuchadas en sueños, de frases pronunciadas en pesadillas. ¡Alma! Si alguien alguna vez luchó con un alma, soy yo. Y no estaba discutiendo con un lunático tampoco. Créeme o no, su inteligencia era perfectamente clara—concentrada, es cierto, en sí mismo con horrible intensidad, pero clara; y en eso estaba mi única oportunidad—a excepción, por supuesto, de matarlo allí mismo, lo cual no era tan bueno, debido al ruido inevitable. Pero su alma estaba loca. Estando solo en la selva, había mirado dentro de sí misma, y, ¡por los cielos! te digo, se había vuelto loca. Tuve—por mis pecados, supongo—que pasar por la prueba de mirarla yo mismo. Ninguna elocuencia podría haber sido tan devastadora para la creencia en la humanidad como su último estallido de sinceridad. También luchó consigo mismo. Lo vi—lo escuché. Vi el inconcebible misterio de un alma que no conocía restricción, ni fe, ni miedo, y sin embargo luchaba ciegamente consigo misma. Mantuve mi cabeza bastante bien; pero

cuando lo tuve finalmente acostado en el sofá, me sequé la frente, mientras mis piernas temblaban bajo mí como si hubiera llevado media tonelada sobre mi espalda colina abajo. Y sin embargo, solo lo había sostenido, su brazo huesudo rodeaba mi cuello—y no era mucho más pesado que un niño.

"Al día siguiente, cuando nos fuimos al mediodía, la multitud, de cuya presencia detrás de la cortina de árboles había sido agudamente consciente todo el tiempo, fluyó nuevamente desde el bosque, llenó el claro, cubrió la pendiente con una masa de cuerpos desnudos, respirando y temblando de bronce. Subí un poco el vapor, luego giré río abajo, y dos mil ojos siguieron las evoluciones del demonio feroz del río que chapoteaba en el agua con su terrible cola y exhalaba humo negro en el aire. Frente a la primera fila, a lo largo del río, tres hombres, cubiertos de tierra roja brillante de pies a cabeza, caminaban de un lado a otro inquietos. Cuando nos pusimos a la par nuevamente, enfrentaron el río, golpearon sus pies, movieron sus cabezas cornudas, balancearon sus cuerpos escarlata; sacudieron hacia el feroz demonio del río un manojito de plumas negras, una piel sarnosa con una cola colgante—algo que parecía una calabaza seca; gritaron periódicamente juntos cadenas de palabras asombrosas que no se asemejaban a los sonidos del lenguaje humano; y los murmullos profundos de la multitud, interrumpidos de repente, eran como las respuestas de una letanía satánica.

"Llevamos a Kurtz a la caseta del piloto: había más aire allí. Acostado en el sofá, miraba a través de la persiana abierta. Hubo una agitación en la masa de cuerpos humanos, y la mujer con la cabeza en forma de casco y mejillas tostadas corrió hasta el borde mismo del arroyo. Extendió sus manos, gritó algo, y toda esa turba salvaje tomó el grito en un coro rugiente de articulación rápida y sin aliento.

"¿Entiendes esto?" pregunté.

"Siguió mirando más allá de mí con ojos ardientes y anhelantes, con una expresión mezclada de nostalgia y odio. No respondió, pero vi una sonrisa, una sonrisa de significado indefinible, aparecer en sus labios incoloros que un momento después se contrajeron convulsivamente. '¿No lo entiendo?' dijo lentamente, jadeando, como si las palabras le hubieran sido arrancadas por una fuerza sobrenatural.

"Tiré de la cuerda del silbato, y lo hice porque vi a los peregrinos en cubierta sacando sus rifles con un aire de anticipar una diversión alegre. Al

repentino chillido hubo un movimiento de terror abyecto a través de esa masa compacta de cuerpos. '¡No! ¡No! Los asustas,' gritó alguien en cubierta con desconsuelo. Tiré de la cuerda una y otra vez. Se rompieron y corrieron, saltaron, se agacharon, esquivaron el terror volador del sonido. Los tres tipos rojos habían caído de bruces en la orilla, como si hubieran sido abatidos muertos. Solo la mujer bárbara y magnífica no se estremeció ni un ápice, y extendió trágicamente sus brazos desnudos después de nosotros sobre el río sombrío y brillante.

"Y entonces esa multitud de imbéciles en la cubierta empezó su pequeña diversión, y no pude ver nada más por el humo.

"La corriente marrón corría rápidamente desde el corazón de las tinieblas, llevándonos hacia el mar con el doble de la velocidad de nuestro avance; y la vida de Kurtz también corría rápidamente, fluyendo, fluyendo desde su corazón hacia el mar del tiempo inexorable. El gerente estaba muy tranquilo, no tenía ansiedades vitales ahora, nos abarcó a ambos con una mirada comprensiva y satisfecha: el 'asunto' había salido tan bien como se podía desear. Vi que se acercaba el momento en que quedaría solo del grupo de 'método insalubre.' Los peregrinos me miraban con desagrado. Yo estaba, por así decirlo, contado entre los muertos. Es extraño cómo acepté esta asociación imprevista, esta elección de pesadillas impuesta en la tierra tenebrosa invadida por estos fantasmas mezquinos y codiciosos.

"Kurtz hablaba. ¡Una voz! ¡Una voz! Resonaba profundamente hasta el último momento. Sobrevivió a su fuerza para esconder en los magníficos pliegues de la elocuencia la estéril oscuridad de su corazón. ¡Oh, luchó! ¡Luchó! Los desiertos de su cerebro cansado estaban ahora atormentados por imágenes sombrías—imágenes de riqueza y fama girando obsequiosamente alrededor de su inextinguible don de expresión noble y elevada. Mi prometida, mi estación, mi carrera, mis ideas—estos eran los temas de las ocasionales expresiones de sentimientos elevados. La sombra del Kurtz original frecuentaba el lecho de muerte del vacío impostor, cuyo destino era ser enterrado prontamente en el moho de la tierra primitiva. Pero tanto el amor diabólico como el odio inhumano de los misterios que había penetrado luchaban por la posesión de esa alma saciada de emociones primitivas, ávida de fama mentirosa, de distinción falsa, de todas las apariencias de éxito y poder.

"A veces era despreciablemente infantil. Deseaba que los reyes lo recibieran en las estaciones de tren a su regreso de algún horrible lugar Ninguno, donde planeaba lograr grandes cosas. 'Les muestras que tienes en ti algo que es realmente provechoso, y entonces no habrá límites para el reconocimiento de tu capacidad,' decía. 'Por supuesto, debes cuidar los motivos — motivos correctos — siempre.' Las largas rectas que eran como una sola y misma recta, curvas monótonas que eran exactamente iguales, deslizaban el vapor con su multitud de árboles seculares mirando pacientemente a este fragmento sucio de otro mundo, el precursor del cambio, de la conquista, del comercio, de las masacres, de las bendiciones. Miraba hacia adelante — pilotando. 'Cierra la persiana,' dijo Kurtz de repente un día; 'no puedo soportar mirar esto.' Lo hice. Hubo un silencio. '¡Oh, pero te desgarraré el corazón!' gritó a la selva invisible.

"Nos detuvimos — como esperaba — y tuvimos que quedarnos para reparaciones en la cabeza de una isla. Este retraso fue lo primero que sacudió la confianza de Kurtz. Una mañana me dio un paquete de papeles y una fotografía — todo atado junto con un cordón de zapato. 'Guarda esto para mí,' dijo. 'Este tonto nocivo' (refiriéndose al gerente) 'es capaz de husmear en mis cajas cuando no estoy mirando.' Por la tarde lo vi. Estaba acostado de espaldas con los ojos cerrados, y me retiré en silencio, pero lo escuché murmurar, 'Vive correctamente, muere, muere...' Escuché. No hubo nada más. ¿Estaba ensayando algún discurso en su sueño, o era un fragmento de una frase de algún artículo de periódico? Había estado escribiendo para los periódicos y planeaba hacerlo de nuevo, 'para el avance de mis ideas. Es un deber.'

"La suya era una oscuridad impenetrable. Lo miré como se mira a un hombre que yace en el fondo de un precipicio donde el sol nunca brilla. Pero no tenía mucho tiempo para dedicarle, porque estaba ayudando al maquinista a desmontar los cilindros con fugas, a enderezar una biela doblada y en otras cosas similares. Vivía en un desorden infernal de óxido, limaduras, tuercas, pernos, llaves inglesas, martillos, taladros de trinquete — cosas que aborrezco, porque no me llevo bien con ellas. Cuidaba la pequeña fragua que afortunadamente teníamos a bordo; trabajaba penosamente en un montón de chatarra miserable — a menos que tuviera los temblores demasiado fuertes para mantenerme en pie.

"Una noche, al entrar con una vela, me sorprendió oírlo decir con un poco de temblor, 'Estoy aquí tumbado en la oscuridad esperando la muerte.' La luz estaba a un pie de sus ojos. Meforcé a murmurar, 'Oh, tonterías,' y me quedé parado sobre él como si estuviera hechizado.

"Nunca he visto antes, ni espero volver a ver, algo que se acerque al cambio que se produjo en sus rasgos. Oh, no me conmovió. Me fascinó. Fue como si se hubiera rasgado un velo. Vi en ese rostro de marfil la expresión de un orgullo sombrío, de un poder despiadado, de un terror cobarde—de una desesperación intensa y sin esperanza. ¿Vivió su vida de nuevo en cada detalle de deseo, tentación y rendición durante ese momento supremo de conocimiento completo? Gritó en un susurro a alguna imagen, a alguna visión—gritó dos veces, un grito que no era más que un aliento:

"¡El horror! ¡El horror!"

"Soplé la vela y salí de la cabina. Los peregrinos estaban cenando en el comedor, y tomé mi lugar frente al gerente, quien levantó los ojos para darme una mirada interrogante, que ignoré exitosamente. Se reclinó, sereno, con esa peculiar sonrisa suya sellando las profundidades inexpresadas de su mezquindad. Una lluvia continua de pequeñas moscas caía sobre la lámpara, sobre el mantel, sobre nuestras manos y rostros. De repente, el chico del gerente asomó su insolente cabeza negra en la puerta, y dijo en un tono de desprecio mordaz:

"Mistah Kurtz—ha muerto."

"Todos los peregrinos salieron corriendo para ver. Me quedé, y continué con mi cena. Creo que me consideraron brutalmente insensible. Sin embargo, no comí mucho. Había una lámpara allí—luz, ya sabes—y afuera estaba tan bestialmente, bestialmente oscuro. No volví a acercarme al hombre notable que había pronunciado un juicio sobre las aventuras de su alma en esta tierra. La voz se había ido. ¿Qué más había allí? Pero soy consciente, por supuesto, de que al día siguiente los peregrinos enterraron algo en un agujero fangoso.

"Y luego casi me enterraron a mí.

"Sin embargo, como ves, no fui a unirme a Kurtz en ese momento. No lo hice. Me quedé para soñar la pesadilla hasta el final, y para mostrar mi lealtad a Kurtz una vez más. Destino. ¡Mi destino! La vida es una cosa diverti-

da—ese misterioso arreglo de lógica implacable para un propósito inútil. Lo máximo que puedes esperar de ella es algún conocimiento de ti mismo— que llega demasiado tarde— una cosecha de arrepentimientos inextinguibles. He luchado con la muerte. Es el concurso más poco emocionante que puedes imaginar. Tiene lugar en una grisura impalpable, sin nada bajo los pies, sin nada alrededor, sin espectadores, sin clamor, sin gloria, sin el gran deseo de victoria, sin el gran miedo a la derrota, en una atmósfera enfermiza de escepticismo tibio, sin mucha creencia en tu propio derecho, y aún menos en el de tu adversario. Si esa es la forma de la sabiduría última, entonces la vida es un enigma mayor de lo que algunos de nosotros pensamos. Estuve a un pelo de distancia de la última oportunidad de pronunciamiento, y encontré con humillación que probablemente no tendría nada que decir. Esta es la razón por la que afirmo que Kurtz fue un hombre notable. Tenía algo que decir. Lo dijo. Desde que yo mismo había asomado la cabeza por el borde, entiendo mejor el significado de su mirada, que no podía ver la llama de la vela, pero era lo suficientemente amplia para abarcar todo el universo, lo suficientemente penetrante para atravesar todos los corazones que laten en la oscuridad. Él resumió— él juzgó. '¡El horror!' Fue un hombre notable. Después de todo, esta fue la expresión de algún tipo de creencia; tenía sinceridad, tenía convicción, tenía una nota vibrante de revuelta en su susurro, tenía la cara espantosa de una verdad vislumbrada— la extraña mezcla de deseo y odio. Y no es mi propia extremidad lo que mejor recuerdo— una visión de grisura sin forma llena de dolor físico y un desprecio indiferente por la evanescencia de todas las cosas— ¡incluso de este dolor mismo. No! Es su extremidad la que parece haber vivido. Es cierto, él dio ese último paso, él cruzó el umbral, mientras a mí se me permitió retirar mi pie vacilante. Y tal vez en esto está toda la diferencia; tal vez toda la sabiduría, y toda la verdad, y toda la sinceridad, están comprimidas en ese momento inapreciable de tiempo en el que cruzamos el umbral de lo invisible. ¡Tal vez! Me gusta pensar que mi resumen no habría sido una palabra de desprecio indiferente. Mejor su grito— mucho mejor. ¡Fue una afirmación, una victoria moral pagada por innumerables derrotas, por terrores abominables, por satisfacciones abominables. ¡Pero fue una victoria! Por eso he permanecido leal a Kurtz hasta el final, e incluso más allá, cuando mucho tiempo después escuché una vez más, no su propia voz, sino el eco de su magnífica elocuencia lanzado hacia mí desde un alma tan translúcida y pura como un acantilado de cristal."

“No, no me enterraron, aunque hay un período de tiempo que recuerdo vagamente, con un asombro estremecedor, como un paso por algún mundo inconcebible que no tenía esperanza ni deseo. Me encontré de vuelta en la ciudad sepulcral, resentido por ver a la gente apurarse por las calles para robarse un poco de dinero entre sí, para devorar su infame comida, para tragar su insalubre cerveza, para soñar sus insignificantes y tontos sueños. Se entrometían en mis pensamientos. Eran intrusos cuya comprensión de la vida me parecía una pretensión irritante, porque estaba tan seguro de que no podían saber las cosas que yo sabía. Su comportamiento, que era simplemente el comportamiento de individuos comunes y corrientes ocupándose de sus asuntos con la seguridad de una perfecta seguridad, me resultaba ofensivo, como los desfiles escandalosos de la locura frente a un peligro que es incapaz de comprender. No tenía ningún deseo particular de iluminarlos, pero me costaba no reírme en sus caras llenas de estúpida importancia. Me atrevo a decir que no estaba muy bien en ese momento. Caminaba tambaleándome por las calles—había varios asuntos que resolver—sonriendo amargamente a personas perfectamente respetables. Admito que mi comportamiento era inexcusable, pero entonces mi temperatura rara vez era normal en esos días. Los esfuerzos de mi querida tía por ‘fortalecerme’ parecían completamente fuera de lugar. No era mi fuerza lo que necesitaba cuidado, era mi imaginación la que necesitaba consuelo. Guardé el paquete de documentos que me dio Kurtz, sin saber exactamente qué hacer con él. Su madre había muerto recientemente, cuidada, según me dijeron, por su prometida. Un hombre afeitado, con modales oficiales y gafas de montura dorada, me visitó un día e hizo preguntas, al principio de manera indirecta, luego presionando suavemente, sobre lo que él llamaba ciertos ‘documentos’. No me sorprendió, porque había tenido dos disputas con el gerente sobre el tema allá. Me había negado a entregar el más pequeño fragmento de ese paquete, y adopté la misma actitud con el hombre de las gafas. Al final se volvió amenazador y, con mucha vehemencia, argumentó que la Compañía tenía derecho a cada pedazo de información sobre sus ‘territorios’. Y dijo, ‘El conocimiento de Mr. Kurtz sobre regiones inexploradas debe haber sido necesariamente extenso y peculiar—debido a sus grandes habilidades y a las deplorables circunstancias en las que se encontraba: por lo tanto—’ Le aseguré que el conocimiento de Mr. Kurtz, por extenso que fuera, no tenía relación con los problemas de comercio o administración. Entonces invocó el nombre de la ciencia. ‘Sería una pérdida incalculable si,’ etc., etc. Le

ofrecí el informe sobre la 'Supresión de Costumbres Salvajes,' con el post scriptum arrancado. Lo tomó con avidez, pero terminó despreciándolo con aire de desdén. 'Esto no es lo que teníamos derecho a esperar,' comentó. 'No espere nada más,' dije. 'Solo hay cartas privadas.' Se retiró con alguna amenaza de acciones legales, y no lo volví a ver; pero otro individuo, llamándose a sí mismo primo de Kurtz, apareció dos días después, y estaba ansioso por escuchar todos los detalles sobre los últimos momentos de su querido pariente. De paso, me dio a entender que Kurtz había sido esencialmente un gran músico. 'Tenía el potencial de un éxito inmenso,' dijo el hombre, que creo era organista, con cabello gris y largo que caía sobre un cuello de abrigo grasiento. No tenía motivos para dudar de su afirmación; y hasta el día de hoy no puedo decir cuál fue la profesión de Kurtz, si es que alguna vez tuvo alguna, cuál era el mayor de sus talentos. Lo había tomado por un pintor que escribía para los periódicos, o por un periodista que podía pintar—pero incluso el primo (que tomaba rapé durante la entrevista) no pudo decirme qué había sido exactamente. Era un genio universal; en eso estuve de acuerdo con el viejo, quien entonces se sonó ruidosamente en un gran pañuelo de algodón y se retiró en agitación senil, llevándose algunas cartas y memorandos familiares sin importancia. Finalmente apareció un periodista ansioso por saber algo del destino de su 'querido colega'. Este visitante me informó que la esfera apropiada de Kurtz debería haber sido la política 'del lado popular'. Tenía cejas tupidas y rectas, cabello erizado recortado, un monóculo en una cinta ancha y, volviéndose expansivo, confesó su opinión de que Kurtz realmente no sabía escribir ni un poco, 'pero cielos, ¡cómo podía hablar ese hombre! Electrificaba grandes reuniones. Tenía fe, ¿entiende? Tenía fe. Podía convencerse de cualquier cosa, cualquier cosa. Habría sido un espléndido líder de un partido extremo.' '¿Qué partido?' pregunté. 'Cualquier partido,' respondió el otro. 'Era un extremista.' '¿No lo creía yo también? Asentí. '¿Sabía yo, preguntó, con una repentina chispa de curiosidad, 'qué lo había inducido a ir allí?' 'Sí,' dije, y de inmediato le entregué el famoso Informe para su publicación, si lo consideraba adecuado. Lo hojeó apresuradamente, murmurando todo el tiempo, juzgó que 'serviría', y se marchó con este botín.

"Así quedé al final con un paquete delgado de cartas y el retrato de la joven. Me pareció hermosa; quiero decir, tenía una expresión hermosa. Sé que la luz del sol también puede mentir, pero uno sentía que ninguna manipulación de luz y pose podría haber transmitido el delicado matiz de veracidad

en esos rasgos. Parecía lista para escuchar sin reservas mentales, sin sospechas, sin un pensamiento para sí misma. Concluí que iría a devolverle su retrato y esas cartas yo mismo. ¿Curiosidad? Sí, y tal vez también algún otro sentimiento. Todo lo que había sido de Kurtz había salido de mis manos: su alma, su cuerpo, su estación, sus planes, su marfil, su carrera. Solo quedaban su memoria y su Prometida, y quería entregar eso también al pasado, de alguna manera, para rendir personalmente todo lo que quedaba de él conmigo a ese olvido que es la última palabra de nuestro destino común. No me defiendo. No tenía una percepción clara de lo que realmente quería. Quizás fue un impulso de lealtad inconsciente, o el cumplimiento de una de esas ironías necesarias que acechan en los hechos de la existencia humana. No sé. No puedo decir. Pero fui.

"Pensé que su memoria era como las otras memorias de los muertos que se acumulan en la vida de cada hombre: una vaga impresión en el cerebro de sombras que habían caído sobre él en su rápido y definitivo paso; pero ante la alta y ponderosa puerta, entre las casas altas de una calle tan tranquila y decorosa como un callejón bien cuidado en un cementerio, tuve una visión de él en la camilla, abriendo la boca vorazmente, como si quisiera devorar toda la tierra con toda su humanidad. Entonces vivió ante mí; vivió tanto como siempre había vivido, una sombra insaciable de espléndidas apariencias, de realidades espantosas; una sombra más oscura que la sombra de la noche, y envuelta noblemente en los pliegues de una elocuencia magnífica. La visión parecía entrar en la casa conmigo: la camilla, los portadores fantasmales, la multitud salvaje de adoradores obedientes, la penumbra de los bosques, el brillo del río entre las curvas turbias, el latido del tambor, regular y amortiguado como el latido de un corazón, el corazón de una oscuridad conquistadora. Fue un momento de triunfo para la selva, una oleada invasora y vengativa que, me parecía, tendría que detener yo solo para la salvación de otra alma. Y la memoria de lo que le había oído decir allá, con las figuras cornudas moviéndose a mi espalda, en el resplandor de las hogueras, dentro de los pacientes bosques, esas frases entrecortadas volvieron a mí, se oyeron de nuevo en su simplicidad ominosa y aterradora. Recordé sus súplicas abyectas, sus amenazas abyectas, la escala colosal de sus viles deseos, la mezquindad, el tormento, la angustia tempestuosa de su alma. Y más tarde parecía ver su comportamiento recogido y lánguido, cuando un día dijo, 'Este lote de marfil ahora es realmente mío. La Compañía no pagó por él. Lo recolecté yo mismo con un gran riesgo personal. Temo que inten-

ten reclamarlo como suyo, sin embargo. H'm. Es un caso difícil. ¿Qué crees que debería hacer, resistir? ¿Eh? No quiero más que justicia.'... Él no quería más que justicia, no más que justicia. Toqué el timbre ante una puerta de caoba en el primer piso, y mientras esperaba, parecía que él me miraba desde el panel vidriado, miraba con esa amplia e inmensa mirada que abarcaba, condenaba, despreciaba todo el universo. Me parecía oír el susurro, '¡El horror! ¡El horror!'

"El crepúsculo caía. Tuve que esperar en un salón alto con tres largas ventanas de suelo a techo que eran como tres columnas luminosas y tapizadas. Las patas y respaldos dorados y curvados de los muebles brillaban en curvas indistintas. La alta chimenea de mármol tenía una blancura fría y monumental. Un gran piano se erguía masivamente en una esquina, con destellos oscuros en las superficies planas como un sarcófago sombrío y pulido. Una puerta alta se abrió y se cerró. Me levanté.

"Ella avanzó, toda de negro, con la cabeza pálida, flotando hacia mí en el crepúsculo. Estaba de luto. Había pasado más de un año desde su muerte, más de un año desde que llegó la noticia; parecía como si ella recordaría y lloraría por siempre. Me tomó ambas manos y murmuró, 'Había oído que venías.' Noté que no era muy joven, quiero decir, no era una niña. Tenía una capacidad madura para la fidelidad, para la creencia, para el sufrimiento. La habitación parecía haberse oscurecido, como si toda la triste luz de la nublada tarde hubiera tomado refugio en su frente. Este cabello rubio, este rostro pálido, esta frente pura, parecían estar rodeados por un halo ceniciento desde el cual los ojos oscuros me miraban. Su mirada era ingenua, profunda, confiada y confiada. Llevaba su cabeza triste como si estuviera orgullosa de esa tristeza, como si dijera, 'Yo—yo sola sé cómo llorar por él como se merece.' Pero mientras aún nos dábamos la mano, tal expresión de desolación terrible apareció en su rostro que percibí que era una de esas criaturas que no son los juguetes del Tiempo. Para ella él había muerto solo ayer. Y, ¡por Júpiter! la impresión fue tan poderosa que para mí también él parecía haber muerto solo ayer, no, este mismo minuto. Los vi a ella y a él en el mismo instante de tiempo, su muerte y su tristeza, vi su tristeza en el mismo momento de su muerte. ¿Entiendes? Los vi juntos, los escuché juntos. Ella había dicho, con un profundo respiro, 'He sobrevivido', mientras mis oídos tensos parecían escuchar claramente, mezclados con su tono de desesperado arrepentimiento, el susurro que resumía su condenación eterna. Me pregun-

té qué estaba haciendo allí, con una sensación de pánico en mi corazón como si me hubiera equivocado y hubiera entrado en un lugar de misterios crueles y absurdos no apto para que un ser humano lo contemplara. Me indicó una silla. Nos sentamos. Puse el paquete suavemente sobre la pequeña mesa, y ella puso su mano sobre él. . . . 'Lo conocías bien,' murmuró, después de un momento de silencio de duelo.

"'La intimidad crece rápidamente allá afuera,' dije. 'Lo conocía tan bien como es posible para un hombre conocer a otro.'

"'Y lo admirabas,' dijo ella. 'Era imposible conocerlo y no admirarlo. ¿Verdad?'

"'Era un hombre notable,' dije, con inseguridad. Luego, ante la apelante fijeza de su mirada, que parecía esperar más palabras en mis labios, continué, 'Era imposible no — —'

"'Amarlo,' terminó ella con ansiosa certeza, silenciándome en un mudo estupor. '¡Qué cierto! ¡Qué cierto! Pero cuando piensas que nadie lo conoció tan bien como yo. ¡Tenía toda su noble confianza. Yo lo conocí mejor.'

"'Tú lo conociste mejor,' repetí. Y tal vez lo hizo. Pero con cada palabra hablada, la habitación se volvía más oscura, y solo su frente, suave y blanca, permanecía iluminada por la inextinguible luz de la creencia y el amor.

"'Tú eras su amigo,' continuó ella. 'Su amigo,' repitió, un poco más fuerte. 'Debes haberlo sido, si él te dio esto y te envió a mí. Siento que puedo hablar contigo, ¡y oh! ¡debo hablar! Quiero que tú, que has escuchado sus últimas palabras, sepas que he sido digna de él. . . . No es orgullo. . . . ¡Sí! Estoy orgullosa de saber que lo entendí mejor que nadie en la tierra, él mismo me lo dijo. Y desde que su madre murió no he tenido a nadie, nadie para, para — —'

"Escuché. La oscuridad se profundizó. Ni siquiera estaba seguro de si me había dado el paquete correcto. Más bien sospecho que quería que cuidara otro lote de sus papeles que, después de su muerte, vi al gerente examinando bajo la lámpara. Y la chica hablaba, aliviando su dolor en la certeza de mi simpatía; hablaba como los hombres sedientos beben. Había oído que su compromiso con Kurtz había sido desaprobado por su familia. Él no era lo suficientemente rico o algo así. Y de hecho no sé si no había sido un pobre

toda su vida. Me había dado algunas razones para inferir que fue su impaciencia por la pobreza comparativa lo que lo llevó allí.

"...¿Quién no era su amigo que lo había escuchado hablar una vez?' ella decía. 'Atraía a los hombres hacia él por lo mejor de ellos.' Me miró con intensidad. 'Es el don de los grandes,' continuó, y el sonido de su voz baja parecía tener el acompañamiento de todos los otros sonidos, llenos de misterio, desolación y tristeza, que había escuchado, el murmullo del río, el susurro de los árboles mecidos por el viento, los murmullos de las multitudes, el leve sonido de palabras incomprensibles gritadas desde lejos, el susurro de una voz hablando más allá del umbral de una oscuridad eterna. '¡Pero tú lo escuchaste! ¡Sabes!' exclamó.

"Sí, lo sé,' dije con algo parecido a la desesperación en mi corazón, pero inclinando mi cabeza ante la fe que había en ella, ante esa gran y salvadora ilusión que brillaba con un resplandor sobrenatural en la oscuridad, en la triunfante oscuridad de la cual no podría haberla defendido, de la cual ni siquiera podría defenderme a mí mismo.

"¡Qué pérdida para mí, para nosotros!' — se corrigió con hermosa generosidad; luego añadió en un murmullo, 'Para el mundo.' En los últimos destellos del crepúsculo pude ver el brillo de sus ojos, llenos de lágrimas, de lágrimas que no caerían.

"He sido muy feliz, muy afortunada, muy orgullosa,' continuó. 'Demasiado afortunada. Demasiado feliz por un corto tiempo. Y ahora soy infeliz para, para toda la vida.'

"Se levantó; su cabello rubio parecía captar toda la luz restante en un brillo dorado. Yo también me levanté.

"Y de todo esto,' continuó con tristeza, 'de todas sus promesas y de toda su grandeza, de su mente generosa, de su corazón noble, no queda nada, nada más que un recuerdo. Tú y yo— —'

"Siempre lo recordaremos,' dije apresuradamente.

"¡No!' exclamó. 'Es imposible que todo esto se pierda, que una vida así se sacrifique para dejar nada más que tristeza. Sabes los vastos planes que tenía. Yo también los conocía, no podría entenderlos del todo, pero otros sabían de ellos. Algo debe permanecer. Sus palabras, al menos, no han muerto.'

"Sus palabras permanecerán,' dije.

"Y su ejemplo,' susurró para sí misma. 'Los hombres lo admiraban, su bondad brillaba en cada acto. Su ejemplo— —'

"Cierto,' dije; 'su ejemplo también. Sí, su ejemplo. Lo olvidé.'

"Pero no lo olvido. No puedo, no puedo creer, aún no puedo creer que nunca lo volveré a ver, que nadie lo volverá a ver, nunca, nunca, nunca.'

"Extendió los brazos como si tratara de alcanzar una figura que se alejaba, estirándolos y juntando sus pálidas manos frente al estrecho resplandor de la ventana que se desvanecía. ¡Nunca verlo! Lo vi bastante claramente entonces. Veré este elocuente fantasma mientras viva, y también la veré a ella, una Sombra trágica y familiar, que en este gesto se asemejaba a otra, también trágica, y adornada con encantos inútiles, extendiendo sus desnudos brazos morenos sobre el resplandor del infernal arroyo, el arroyo de la oscuridad. Ella dijo de repente, muy bajo, 'Él murió como vivió.'

"Su final,' dije yo, con una ira sorda que se agitaba en mí, 'fue en todos los sentidos digno de su vida.'

"Y yo no estaba con él,' murmuró. Mi ira se desvaneció ante un sentimiento de infinita lástima.

"Todo lo que se pudo hacer— —' murmuré.

"Ah, pero yo creí en él más que nadie en la tierra, más que su propia madre, más que él mismo. ¡Me necesitaba! ¡A mí! Habría atesorado cada suspiro, cada palabra, cada signo, cada mirada.'

"Sentí como un frío agarre en mi pecho. 'No,' dije, con voz ahogada.

"Perdóname. Yo, yo he llorado tanto en silencio, en silencio. . . . Tú estuviste con él, hasta el final. Pienso en su soledad. Nadie cerca para entenderlo como yo lo habría entendido. Tal vez nadie para escuchar. . . .'

"Hasta el mismo final,' dije, temblorosamente. 'Escuché sus últimas palabras. . . .' Me detuve, asustado.

"Repítelas,' murmuró en un tono desgarrador. 'Quiero, quiero algo, algo con lo que vivir.'

"Estuve a punto de gritarle, '¿No las escuchas?' El crepúsculo las repetía en un susurro persistente a nuestro alrededor, en un susurro que parecía crecer amenazadoramente como el primer murmullo de un viento creciente. ¡El horror! ¡El horror!"

"Su última palabra, con la que vivir,' insistió. '¿No entiendes? ¡Lo amé, lo amé, lo amé!"

"Me recompuse y hablé lentamente.

"La última palabra que pronunció fue, tu nombre."

"Escuché un ligero suspiro y luego mi corazón se detuvo, se detuvo en seco por un grito exultante y terrible, por el grito de un triunfo inconcebible y de un dolor inexpresable. '¡Lo sabía, estaba segura!'... Ella sabía. Estaba segura. La escuché llorar; había ocultado su rostro en sus manos. Me pareció que la casa se colapsaría antes de que pudiera escapar, que los cielos caerían sobre mi cabeza. Pero no pasó nada. Los cielos no caen por una niñería así. ¿Habrían caído, me pregunto, si le hubiera hecho a Kurtz la justicia que merecía? ¿No había dicho que solo quería justicia? Pero no pude. No pude decirle. Habría sido demasiado oscuro, demasiado oscuro por completo. . . ."

Marlow se detuvo y se sentó aparte, indistinto y silencioso, en la pose de un Buda meditativo. Nadie se movió por un tiempo. "Hemos perdido la primera de la marea baja," dijo el Director de repente. Levanté la cabeza. El horizonte estaba bloqueado por un banco negro de nubes, y la tranquila vía fluvial que conducía a los confines de la tierra fluía sombría bajo un cielo nublado, parecía llevarnos al corazón de una inmensa oscuridad.